

EL ESPACIO *Circundante*

CONJUNCIONES LINGÜÍSTICAS
Y LITERARIAS

Javier Hernández Quezada

Julián Beltrán Pérez

Ruby Araiza Ocaño

Liliana Lanz Vallejo

(Coords.)



EL ESPACIO CIRCUNDANTE:
CONJUNCIONES LINGÜÍSTICAS Y LITERARIAS

Javier Hernández Quezada
Julián Beltrán Pérez
Ruby Araiza Ocaño
Liliana Lanz Vallejo
(Coords.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA



Universidad Autónoma de Baja California

Dr. Luis Enrique Palafox Maestre
Rector

Dr. Joaquín Caso Niebla
Secretario general

Dra. Lus Mercedes López Acuña
Vicerrectora Campus Ensenada

Dr. Jesús Adolfo Soto Curiel
Vicerrector Campus Mexicali

Dra. Haydeé Gómez Llanos Juárez
Vicerrectora Campus Tijuana

PRIMERA EDICIÓN

Este libro fue dictaminado por pares académicos.

El espacio circundante : conjunciones lingüísticas y literarias / Javier Hernández Quezada... [et al]. Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California, 2025.

1 recurso en línea, 163 p. : il. col., graficas, 22 cm.

ISBN: 978-607-640-037-1

1. Literatura - - Historia 2. Literatura hispanoamericana. 3. Historia crítica – siglo XXI - - publicaciones -. I. Hernández Quezada J. coord., II. Beltrán Pérez J. coord., III. Araiza Ocaño R., IV. Lanz Vallejo L. coord., V. Universidad Autónoma de Baja California.

PQ7081.A1 E86 2025

Corrección de estilo: Javier Hernández Quezada

Composición de portada: Miguel Alberto Ochoa

Proceso editorial: Lapicero Rojo Editorial /Miguel Alberto Ochoa García

Las características de esta publicación son propiedad de la Universidad Autónoma de Baja California

<https://www.uabc.mx/>

Todos los derechos están reservados conforme a la ley. Las características de esta edición, así como su contenido no podrán ser reproducidas o transmitirse bajo ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiadora y grabación, ni por ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del propietario del derecho de autor.

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
-------------------	---

Notas sobre “el país imaginario”, por <i>Javier Hernández Quezada</i>	15
--	----

La californidad como elemento vital para la exploración del campo literario bajacaliforniano, por <i>Luis Alejandro Zapata, Julieta López Zamora y Manuel Alejandro Sán- chez Fernández</i>	31
--	----

Tijuana: la ciudad de los no lugares. En busca de memoria y patrimonio en una urbe industrial fronteriza, por <i>David Castillo Murillo</i>	55
--	----

Inglés y estilo de vida en la frontera, por <i>Liliana Lanz Vallejo y Alfredo Martínez Alvarado</i>	87
---	----

Literatura nortea, construcción de una sintaxis del desier- to a partir de los conceptos de lengua menor y lengua ma- yor en Gilles Deleuze y Félix Guattari, por <i>Julián Beltrán Pérez</i>	113
---	-----

Parodia e ironía en <i>La putación</i> de Sergio Valenzuela, por <i>Ruby Araiza Ocaño</i>	137
--	-----

Reflexiones en torno a la desaparición forzada en la novela <i>El halcón blanco</i> , por <i>Estefanía Hernández Cerón y Al- berto Alejandro Alonso</i>	151
--	-----

INTRODUCCIÓN

Este libro busca darle continuidad a una de las variables reflexivas de nuestro cuerpo académico: el del espacio circundante. Para ser claros: el de ese espacio referencial, cotidiano, profusamente norteamericano, donde entendemos que se gestan infinitas manifestaciones propias y contextuales, a veces en tanto respuestas al viejo e insostenible centralismo y, en otras, en tanto consecuencias de una limitrofia desigual y rotunda (la de México y Estados Unidos).

Buscando indagar en las implicaciones del *locus* exterior y en las manifestaciones literarias y lingüísticas que procrea, el libro señala el modo en que buena parte de los autores analizados aluden a dinámicas significativas para la valoración de sus logros, y de forma simultánea, y en términos más amplios, el cómo los hablantes de este universo gestionan y manejan opciones comunicativas al utilizar recursos expresivos tanto del español como del inglés. En sí, este nuevo libro engloba una serie de trabajos ensayísticos que, en función del elemento clave (el espacio), dialogan y se complementan con naturalidad, mostrando la complejidad simbólica de un todo territorial que resulta determinante para entender la diversidad del país.

En el primer trabajo («Notas sobre el país imaginario»), Javier Hernández Quezada habla justamente de lo anterior cuando recupera el importante documento de Fernando Jordán *El otro México. Biografía de Baja California* y subraya que el texto del periodista sintetiza aspectos fundamentales de la realidad peninsular, en especial si pensamos

en los abordajes que precisa sobre cuestiones como los poblamientos y la frontera, la flora y la fauna, el mar y el desierto, entre otras. Interesado en señalar la impronta perceptiva de Jordán, Hernández Quezada explica aportaciones discursivas y literarias de un autor señero, volcado en demostrar la importancia que debe tener un espacio en aquel entonces desconocido (principios de la década de los 50 del siglo pasado), el cual debe ser asimilado cuanto antes al imaginario nacional.

En el siguiente ensayo («La californidad como elemento vital para la exploración del campo literario bajacaliforniano»), Luis Alejandro Zapata, Julieta López Zamora y Manuel Alejandro Sánchez Fernández señalan que la californidad es un término que se utiliza para hablar de lo que ocurre precisamente en una región diferenciada del resto del país. Y que, por sí misma, es una fuerza centrífuga que se extiende de su foco de acción principal hasta arropar, con verdadera hospitalidad, las voces que vienen de fuera y que llegan, por azares del destino o de la vida, o por decisión propia, a experimentar la realidad bajacaliforniana. Por lo cual, este ensayo busca pensar dicho término a la luz de dos figuras literarias centrales, la del poeta Rubén Vizcaíno Valencia y la del periodista Fernando Jordán. Ambos, desde sus obras particulares, construyen un conjunto de imágenes que dan forma a una idea sobre lo que esta región, diferenciada del resto del país.

El siguiente texto («Tijuana: la ciudad de los no lugares. En busca de memoria y patrimonio en una urbe industrial fronteriza»), de David Castillo Murillo, focaliza su atención en las características de esta urbe y refiere que las espacialidades múltiples que la conforman plantean rasgos de una configuración urbana bastante peculiar que ha de

ser estudiada y analizada para definir criterios nemónicos y patrimonialistas. Orientada hacia el turismo desde el principio, sugiere que Tijuana pautó un desarrollo comercial ineludible, por cuanto muchos visitantes del sur de California se desplazaban hasta la frontera en busca de esparcimiento y diversión, evidenciando así que el significado de lo tijuanense estuviera influido por tal determinación y no por otras provocadas por la historia, la cultura, el arte, etcétera.

El siguiente trabajo escrito por Liliana Lanz Vallejo y Alfredo Martínez Alvarado («Inglés y estilo de vida en la frontera»), explora la relación entre el dominio del inglés, el consumo de medios y la movilidad transfronteriza entre jóvenes universitarios de Tijuana, Baja California. Mediante una encuesta aplicada a 262 personas, se identifican patrones que vinculan el conocimiento del inglés con el estatus migratorio, la clase social, el área académica y los hábitos de entretenimiento. Aunque la mayoría ha estado expuesta al inglés desde la educación básica y consume medios en ese idioma, solo un tercio afirma dominarlo. El estudio revela asociaciones estadísticamente significativas entre el dominio del inglés y variables como tener visa, la configuración del entretenimiento, percepciones particulares sobre el aprendizaje, entre otras. Se concluye que el inglés en esta región fronteriza es una experiencia desigual, influida por el estilo de vida, el capital cultural y las posibilidades de movilidad transfronteriza, lo cual requiere enfoques interseccionales para su análisis.

Por su parte, Julián Beltrán Pérez, en su texto «Literatura nortea, construcción de una sintaxis del desierto a partir de los conceptos de lengua menor y lengua mayor en Gilles Deleuze y Félix Guattari», se cuestiona si la literatura

del norte de México puede considerarse una forma menor, lingüísticamente hablando, o que se expresa a través de una forma menor, subordinada siempre a los esquemas de una literatura nacional poco problemática en lo tocante a sus alcances, a sus acepciones. Tras tomar en cuenta las ideas de los filósofos mencionados, el autor reconoce que cada vez que se aborda esta literatura es crucial entender que nos topamos con un dilema preciso que invita a reflexionar sobre el sentido de la creación escrita más allá de esquematizaciones vigentes o propuestas esencialistas.

Ruby Araiza Ocaño, en «Parodia e ironía en *La putación* de Sergio Valenzuela», argumenta que Sergio Valenzuela Calderón (1941-2012), autor de Sonora, concibe una literatura que surge del paisaje desértico para alcanzar lo universal y generar una enorme red de referencia intertextuales. Su creación, enraizada en el contexto del norte, se distingue por una mirada crítica y desafiante que se relaciona con la tradición literaria del país y con voces de influencia internacional.

Por último, Estefanía Hernández Cerón y Alberto Alejandro Alonso, en su texto “Reflexiones en torno a la desaparición forzada en la novela *El halcón blanco*”, tienen como objetivo afirmar que la violencia, en su modalidad de desaparición forzada, es un medio que cancela la humanización de las personas, ya que su fin último no solo es hacer desaparecer los cuerpos, sino también borrar sus identidades y reducir a las víctimas a una simple cifra estadística; sin embargo, el trabajo de Salud Ochoa, *El halcón blanco* (2023), sirve para contrarrestar lo anterior, ya que permite que las los familiares de estos puedan ejercer sus sentimientos y mostrar todos los agentes que participan en el dolor.

Los autores de este libro agradecen el apoyo recibido para su publicación por parte de las autoridades de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Baja California campus Tijuana.

CA-UABC-185 LITERATURA, DISCURSO E IDENTIDAD

NOTAS SOBRE “EL PAÍS IMAGINARIO”

JAVIER HERNÁNDEZ QUEZADA

1. En las siguientes notas quiero abordar algunos temas centrales tratados por Fernando Jordán en su libro *El otro México. Biografía de Baja California* (1951). Específicamente, el tipo de anotaciones que hace sobre los paisajes, los espacios y las ciudades peninsulares al detallar las claves de ese universo impar (el bajacaliforniano), todavía poco conocido a mediados del siglo XX por el resto del país (México); el tipo de registros que propone y ayudan a su visibilidad y valorización: a su escrutinio *interno* durante una etapa de claro fortalecimiento “estatal” (Ramírez Sánchez, 2024: 29). En tal tenor, entiendo que *El otro México. Biografía de Baja California* establece mil cosas relativas a los confines de esta espacialidad, y que la escritura que suscita-expresa es sugerente (incluso portentosa), por lo que —indico— me acerco a un trabajo intelectual poco difundido fuera de nuestra entidad (Baja California), que reclama mejores tratos y —respecto al *locus* regional— pondera un abordaje totalizador. Con tal criterio, asumo que mi aproximación es parcial y no agota una materia por demás polisémica y desigual (envolvente y consuetudinaria); pero sirva para subrayar el valor de las propuestas de Jordán en su afán por adentrarse en la geografía peninsular y contar lo que más llama su atención; en su deseo expreso por fundirse con “el paisaje y la tierra” (Campbell, 2000: 12).

2. ¿Cómo describir la espacialidad bajacaliforniana?, se pregunta Jordán. ¿Aludiendo acaso a los ecosistemas naturales? ¿O más bien, considerando sus características simbólicas, las cuales hablan de que incluso en los lugares más inhóspitos del planeta aparecen comunidades humanas dignas de analizar? ¿Qué decir, igualmente, de las ciudades bajacalifornianas y del tipo de situaciones que ahí se gestan? Y, a la vez, ¿qué de sus poblaciones pequeñas, las mismas que, independientemente de sus tamaños, ofrecen dinamismos propios, útiles para comprender una imagen integral de lo nacional?

Para Jordán, responder esta clase de preguntas se vuelve fundamental desde el principio, debido a que asume algo, me parece, impostergable y muy necesario: me refiero a que su ¿relatoría? total sobre la península bajacaliforniana ha de comprender la descripción puntual de aquellos *loci* culturales donde se *exponen* vívidamente, y desde el punto de vista social, los “significados de una intempestiva y sincera respuesta” (64). A la par, de aquellos otros en los que priva el poder —absoluto— de la naturaleza, con sus urdimbres y extensiones formales (las del desierto, las de la sierra, las del mar...), capaces de mostrar “el ritmo lento de la vida” (199): esto es, “el ritmo lento” de un universo autonómico y semipoblado cuyos tiempos cíclicos no han sido determinados todavía por los de la productividad del mercado, ni tampoco por las disposiciones de la agenda política o gubernamental. En virtud de ello, comprendo la razón por la cual Jordán, en el contexto de la primera mitad del siglo pasado, alude a los rasgos de una identidad definida, aunque fragmentaria (la bajacaliforniana); pero también, a los de una materialidad geográfica-territorial (la peninsular), que es importante *normalizar*-mostrar, entre otros motivos por el *desconoci-*

miento histórico que ha existido sobre tal espacio, siempre vinculado con “la periferia y, en ocasiones, [con] la marginalidad” (Sánchez Carbó, 2018: 54).

De modo que para Jordán se vuelve relevante hablar del universo bajacaliforniano, ya que se trata de un universo aparte, lejano, en el que se detectan situaciones singulares, propias, que lo obligan a dar fe de lo que ahí sucede con normalidad. Que, incluso, lo impulsan a realizar un viaje extenuante, que le exige gran determinación y valor, debido a que hablamos de que recorrer la península es lanzarse, de verdad, a una aventura incierta donde las experiencias habituales son las del despoblado, las del apartamiento, vistas como algo iterativo que se ha de afrontar con entereza y vigor; las de la soledad, en términos de asumir que cualquier emprendimiento de este tipo conlleva el descubrimiento de que el mundo es extenso, amplio y ajeno, y que apenas contamos con unos cuantos impulsos que nos permiten avanzar y comprender que el espacio, tarde o temprano, pauta una “intensidad íntima” de notable “grandeza” (Bachelard, 2001: 220). Consecuentemente, la península bajacaliforniana se ha de mostrar de lleno, o de forma integral; se ha de difundir, con el consabido reto que entraña la representación de un *locus* desdibujado —incluso perdido— en la conciencia nacional, pero el cual es necesario vincular a las lógicas impares del paradigma mexicano, señalando “características de una península lejana, que revela otra imagen de la nación” y “de su diversidad, no atada necesariamente a los esquemas mexicanistas de un esencialismo vigente sino a aquellos que expresan lo diferencial como piedra de toque y esquema fundamental de un diálogo vinculante y transformador” (Hernández Quezada, 2023: 83).

3. Las ciudades bajacalifornianas son sugestivas, de acuerdo con lo señalado por Jordán. Y tan lo son que, en conjunto, expresan claves nodales de una identidad espacial determinadas por factores diversos: particulares formas de ser, sui generis reconocimientos del país, paisajes únicos y climas —en la mayoría de los casos— extremos. En función de ello, y siguiendo la reflexión en torno a la espacialidad peninsular, lo que dichas claves favorecen es el reconocimiento de otra(s) mexicanidad(es) existente(s), en cuanto ahí las experiencias suscitadas y las prácticas ejercidas pautan “identidades [...] *dinámicas*”, las cuales sucesivamente “cambian, se adaptan y realizan [...] ajustes internos”, sin que semejante transformación signifique un *rechazo* directo a “otras pertenencias con las que [...] se tienen muchos horizontes en común” (Díaz-Polanco, 2008: 198, 200).

Por tanto, lo anterior si favorece algo es el surgimiento de un fenómeno específico que, de acuerdo con Jordán, alude a la inmediata conformación de realidades propias con “autopercepciones y heteropercepciones, alterofobias y heterofilias” importantes de reconocer y mostrar: “Esta situación, insiste, ha sido particularmente visible en la frontera norte de México, donde ha habido un histórico desfase entre las perspectivas conformadas desde el centro del país y las posiciones legitimadas angloestadounidenses, frente a las percepciones de los residentes fronterizos” (Jordán, 1997: 288).

Así, el nexo de lo bajacaliforniano con lo mexicano se debe fortalecer de modo urgente, porque muchas de las prácticas de vida peninsulares, observa el escritor, parecen estar desconectadas del país, especialmente aquellas que se dan en las ciudades fronterizas: ciudades que han dependido del vínculo estadounidense y han convertido a su mo-

neda (el dólar) en un “Dios” (164). No obstante, señala Jordán, hay otras ciudades que *persisten*, y contra todo y contra todos parecieran aferrarse como pueden a los esquemas de la nación; o, expresado de otra forma, parecieran vivir inmersas en una realidad singular en la que jamás pierden nexos con el país, pero se ven obligadas a sobrellevar los efectos de la lejanía y la separación.

4. La ciudad más comentada y celebrada por Jordán es La Paz: ciudad que encarna lo que es, en su opinión, el territorio bajacaliforniano en cuanto belleza, clima, flora y fauna se refiere; plantea Jordán:

La bahía de La Paz es un recorte inmenso en la costa interior y meridional de la península. La cadena montañosa que a manera de espina dorsal mantiene, a despechos de los embates del mar, la fortaleza territorial, aparece aquí debilitada. Quién sabe qué escollo, qué dolorosa falla en las entrañas de la tierra le impidió levantarse y elevar su cumbre para formar relieve. La sierra, desde un poco al norte, va sucumbiendo, agotada por un esfuerzo que sostuvo casi sin interrupción desde la Alta California, y muere aquí para dejar espacio a la llanura (84).

Como planteamiento general, la descripción mimética de La Paz muestra lo desconocido, lo distante..., incluyendo a aquel tiempo ido que suscita la floración espacial de “las entrañas”, a la vez que la de sus constantes metamorfosis; o expuesto en otros términos: es como si con tal descripción —poderosa, expansiva...— Jordán plasmara “la dinámica natural de un espacio anquilosado en la prehistoria, en un tiempo ajeno al de los hombres, donde las cosas y los seres vivos, en múltiples sentidos, cobran vida por primera vez” (Hernández Quezada, 2016: 67).

Ciudad tranquila, y *convinciente*, cuyas “palmeras y laureles de la India hacen de filtro al reflejo del sol” (Jordán, 1997: 351): el registro de este *locus* es el de un escritor demasiado consciente de que la representación brindada siempre debe ser soberbia, profunda, grata; esto es, que no pase desapercibida para nadie, mucho menos para aquél que conoce poco o mal asentamientos humanos de lugares tan distantes e impolutos como los de la península y sus alrededores.

Sobre La Paz, Jordán también ha señalado su lógica de vida, describiendo los efectos habituales del clima (el calor):

En el verano, la ciudad muere todos los días. Hay cierta hora, hacia las tres de la tarde, en que el tiempo se queda detenido, sudando, y el pueblo deja dormir sus pensamientos, embotado por una marea caliente que suspende la vida. Dentro de las casas, los niños se desnudan, y hombres y mujeres se tienden a la sombra, sobre los lechos ardientes. Por las calles, todo es silencio. No sopla el menor hálito de viento y de las piedras se desprende un vaho que a la distancia distorsiona las rectas y hace aparecer árboles y casas como visiones reflejadas en espejos cóncavo-convexos. Las palmeras se duermen inclinadas y sedientas, y los laureles de la India abren sus brazos de follaje, en una inmóvil espera de aliento que parece que no llegará nunca. Frente a la ciudad, que no permite sombras.

Pegado al muelle, un barco duerme en la modorra una siesta eterna, como duerme una siesta de muerte un marinero renegrido, desnudo bajo la toldilla inútil (349).

La Paz es un espacio exigente y extremo en el que la gente se debilita, esconde y desfallece para renacer y retomar actividades después, fundamentalmente cuando los rigores del calor desaparecen y se difuminan. Pero antes, el entorno se *detiene*, como si esa “marea caliente” que no cesa y proviene del mar indicara los ritmos productivos a seguir y

las actividades generales a efectuar: como si ese “vaho que a la distancia distorsiona las rectas” se estacionara con gran naturalidad en el mismo centro de la ciudad e influyera en los destinos inmediatos y ánimos de su población.

Frente a tal suceso, Jordán menciona que los paceños se *recogen* en el lugar que pueden (en sus casas, en sus cuartos...), generando que sus actividades cotidianas se ralenticen y depuren sobremanera, y además procreen un silencio colectivo que impacta a cualquiera.

Con esto también Jordán arguye sobre los determinismos visibles de una espacialidad prístina, que rebasa por mucho los empeños modernos del confort, puesto que lo que se experimenta está fuera de control y lo único con lo que los paceños cuentan, para sobrellevar los fastidios del calor, es refugiarse en sus casas o bajo la sombra refrescante del macizo y la arboleda.

El resto de su descripción paceña revela los siguientes motivos que sintetizo así: principalmente Jordán destaca el aspecto marino y su influjo habitual, indicando el arribo de los veleros y la llegada de los pescadores como expresiones recurrentes de una actividad vital, tal vez la única posible en tal espacialidad. Igualmente, describe fenómenos *salvíficos*, o particulares, como los del “viento-vida”, llamado “Coromuel” (350); o como los de los jardines de las casas y los bellos ocasos del día, por ya no hablar de actividades laborales bastante rentables en su momento (vgr. el comercio lucrativo de perlas)...

En manos de Jordán, la invocación de La Paz es soberbia. (¡Y relacional!) A la vez, es objetiva (verista), esencialmente porque se trata de esa referencia urbana en la que sus dinamismos frecuentes revelan secretos de una mexicanidad desconocida que conviene describir con profusión,

de tal modo que su reconocimiento no caiga en saco roto y visibilice la existencia de un espacio alterno y semivirgen determinado por los flujos del mundo natural (en especial el mar).

5. En *El otro México. Biografía de Baja California*, la mención de ciudades poco o mal conocidas también es importante. Tal es el caso de Tijuana, Mexicali y Tecate, de las que se subrayan nuevos y llamativos aspectos, debido a que se habla de localidades ubicadas en la zona norte peninsular y de que sus desarrollos materiales han dependido del contacto permanente con el estado de California: un estado colindante, limítrofe, que dado los alcances de su poderío económico y comercial define procesos sociales y esquemas de vida no verificables en ninguna otra región del país.

Esto explica un hecho: que Jordán enfatice las implicaciones habituales de nuevas versiones de la mexicanidad, o que, en opinión, están en camino de serlo. Huelga insistir: nuevas versiones que le suscitan muchas, demasiadas, preguntas, singularmente aquellas relacionadas con el papel rector del Estado mexicano y sus esquemas de integración.

Descrita como antítesis del paradigma centrípeto, Tijuana es una ciudad *sui generis*. O sea, una ciudad que, para Jordán, representa algo así como esa realidad descontrolada-desquiciante donde se pierden aspectos esenciales del país y, en su defecto, se ganan aquellos que resultan lacerantes e indignos (la prostitución, el vicio...); como esa espacialidad limítrofe, alejada de la mano del Dios-Estado postrevolucionario, y la cual gira, obsesivamente, alrededor del modelo estadounidense: un referente poderoso extendido hacia al sur; un referente atractriz que lo abarca todo, posibilitando que la realidad tijuanense-mexicana corra

riesgos de desaparecer o de *pervertirse* por y para siempre; apunta Jordán, a este respecto:

Todavía hasta hace muy poco las llamaban Sodoma y Gomorra. Eran sitios de pecado, donde el vicio se nutría de opio, las inquietudes se ahogaban en alcohol y las ambiciones se decidían sobre el tapete verde de las mesas de juego. Se traficaba con la salud y las leyes. El contrabando era oficio de todos. La prostitución creció como planta en invernadero. El “estado seco” implantado en Estados Unidos se ahogó con el aguardiente que vertieron Sodoma y Gomorra al otro lado de la frontera. Los norteamericanos fueron los clientes, chinos los empresarios y mexicanos los organizadores. Así se hicieron Tijuana y Mexicali. Hace treinta años, poco más o menos (escribo en 1950) (143).

El planteamiento jordaniiano señala cómo “la fiebre del vicio” estadounidense y “el olvido del gobierno central” (143) motivaron el rápido crecimiento de estas ciudades, notoriamente el de Tijuana: una ciudad que explica el por qué “vivir principalmente de la explotación del vicio” facilitó, entre otras cosas, *recoger* “las ganancias”, fortalecer “en ellas su comercio” e *instalar* “algunas industrias” (166). Situación pues que, desde luego, no sucede en la portuaria ciudad de La Paz, en cuanto a entender que lo que en ese *locus* se ha gestado es el nexa espectacular y determinante de lo marítimo-prehistórico, evidenciando sus formas poderosas y sobrehumanas, y no las de ese “turismo loco y generoso que derrocha sus dólares por unas horas de placer” (166).

6. Para Jordán, la recuperación espacial del mar y el desierto bajacalifornianos es vital: concebidos como elementos fundamentales y distintivos del mundo peninsular-natural, admiten la existencia de ecosistemas cerrados que guardan infinidad de secretos y matices.

Sobre el Golfo de California, el escritor expresa que se está frente a uno de los portentos de la creación, dado que es “de una singular belleza” y su

idea vino a nacer precisamente sobre sus aguas; pero como su encanto, singular es su comportamiento. Esto no se refiere solamente a sus extrañas coloraciones, que varían con las estaciones y aun con los días, y que recorren toda la gama que va del azul más transparente al rojo que motivó para él un especial nombre; ni a sus profundidades abisales, que dicen mucho (a los oceanógrafos) de la historia de los fondos oceánicos; ni siquiera a su extraordinaria fauna, que la distingue bien de otros mares. Tiene, aparte de éstas, otras particularidades que hacen pensar que el Mar de Cortés se formó con el exclusivo propósito de ser el más original de los golfos en los siete mares (85).

También, sobre el desierto Jordán plasma elocuentes palabras que refieren interés por describir, quizá, el elemento más llamativo e imponente de la geografía peninsular y que reclama divulgación nacional:

El desierto peninsular, que cubre el 90 por ciento de su superficie, es un desierto amigable y generoso. Puede ser como el Sahara en determinados sitios (junto al delta del golfo de Cortés o en el codo de Vizcaíno), o como el de Arabia, que se cubre de flores en primavera; o ser una inmensa llanura de tierra vegetal, rica en limo, como sucede en los llanos de Hiray; o un infinito campo de maleza perfumada, como ocurre más al sur, entre La Paz y San José del Cabo. Pero toda su sedienta superficie se ofrece con una sobrecogedora ternura que puede manifestarse ya en la belleza simple de su flora,

en la abundante e inquieta vida animal, en los colores de su paisaje o en el aroma penetrante de sus matorrales (244).

Como se observa, las descripciones de Jordán son hondamente afectivas. (¡Y efectivas!)

Trabajadas con esmero y atención, hablan con calidez de “una tierra incógnita que lo increpa [como escritor] y que, más allá de la parquedad y aislamiento que implica, le ofrece motivos suficientes para comprender el valor de su singularidad y atracción” (Hernández Quezada, 2023: 83); huelga decir, el “valor” de su redescubrimiento, a la postre incentivado por un genuino interés por extender límites de la nación y señalar asignaturas pendientes de un proyecto político integrador.

7. En lo referente a la labor descriptiva de Jordán es notorio, también, que el escrutinio espacial de la fauna y la flora suponga la iteración de un discurso ecológico que subraya el siguiente aspecto: el de que, pese a los rigores insufribles del clima, la vida siempre cobra visible notoriedad, demostrando así la existencia de poderosas dinámicas de resistencia y adaptación.

Muchos finalmente son los animales y las plantas que en ese *locus* se desenvuelven, aptos para sobrevivir a condiciones extremas; cosa que obliga, en efecto, a pensar en el asunto innegable de que Baja California es una tierra difícil, de exigencias extremas, pero en la que, a pesar de las circunstancias, la vida surge sin distinción, incluso sobreponiéndose a la “aridez” que persiste durante “gran parte del año” (369).

Los animales y las plantas, de esta suerte, van y vienen, aparecen y desaparecen, favoreciendo el recuento vital de

una territorialidad complicada, en la cual coexisten seres no humanos que se adaptan al entorno de modo particular. La animalidad y la flora jordanianas amplifican, por consiguiente, un relato extensivo de lo bajacaliforniano que, a la vez que indica múltiples matices de la biodiversidad, enfatiza vigores y poderíos de una materia orgánica habilitada para enfrentar condiciones extremas, según se lee en las siguientes líneas donde se habla de los elefantes marinos y otras especies que habitan en las aguas cálidas del Golfo de California:

Ante los elefantes marinos se precisan dos sensaciones: una de asco y otra de compasión. La primera, porque estos bichos gigantes, grasosos, torpes y perezosos, despiden una insoportable peste y siempre están cubiertos de moscas. Se siente piedad por ellos, porque no es posible encontrar otro animal tan indefenso e inadapitado [...] La transparencia de las aguas de la isla me ha permitido ver a cardúmenes enteros nadar ágiles en torno a los elefantes para arrancarles de la piel pequeños trocitos o exudaciones (182).

Igualmente, Jordán se detiene en la animalidad terrícola que prolifera en medio de una flora y vegetación específicas, propias de la península:

Y en los bosques de cirios o cardones, sobre los penachos de las palmas, entre la muralla infranqueable de las chollas y las pitahayas, o la perfumada alfombra de los pastizales en el extremo sur, vive una fauna característica también del desierto. Fuera de las ciudades, donde cada poblador es cazador, pululan las liebres y los conejos, las ratas de campo y los juancitos, los más simpáticos y vanidosos roedores que puedan encontrarse en todo el país. Estos juancitos son unas ardillas minúsculas, de un jeme de altura, que corren a salto sobre las piedras, cruzan veloces los caminos y cavan sus madrigueras al pie de los cardones (250).

A la vez, encontramos anotaciones como la siguiente que demuestran el sentido ecológico-naturalista de la pluma jordaniana:

los cardones muestran una estructura elevada y recia, hecha a base de gran diámetro, rectos y estriados. Tienen un tronco erguido del cual arrancan, a diferentes alturas, los brazos que se desarrollan paralelos al tronco principal. Otras veces los brazos derivan todos a la misma altura del tronco, repartidos en su amplio diámetro, y lo rodean formando un inmenso ramillete, a manera de muchos dedos en plegaria (244).

Para Jordán, las plantas endémicas y los animales típicos de la región adquieren un estatus extraordinario, porque con su acercamiento ha asumido plenamente la resistencia y complejidad del ser no humano en un territorio indómito y agreste. Por tal motivo, con su reflexión, Jordán no busca sólo enumerar las especies vivientes, ni tampoco eludir los efectos que tal entidad genera en un acercamiento a lo peninsular: volcado como pocos en la interiorización poliédrica de lo geográfico-bajacaliforniano, distingue los modos de convivencia, los lazos que se entretajan entre las especies para subrayar, al final, la riqueza vital de un universo desconocido que él capta y precisa como si se le fuera la existencia y algo más.

8. *El otro México. Biografía de Baja California* es un libro fundamental para valorar la escritura de un autor de no ficción que encuentra en el viaje su principal experiencia. Palabras más, palabras menos...: se trata de una obra maestra, o de algo parecido, que resalta la particularidad de ese *locus* nacional frente a las insoportables y frecuentes

deficiencias que, en términos informativos, lo han tergiversado-minimizado. Ante tal ignorancia, *El otro México. Biografía de Baja California* surge como respuesta al vacío, y Jordán se presenta como escritor contundente y vigoroso que se adentra en el cosmos de una espacialidad única con el fin de exhibirla desde sus entrañas.

Esto, para él, supone un añadido, y una motivación, en términos de ir más allá de lo que se sabe y mal conoce, y concentrarse en los esfuerzos de una indagación poderosa que busca decirlo todo: o más bien, que busca captarlo todo, hasta el punto de lograr que el lector entienda que existe “*otro*” país, u *otra* parte del país, que urge valorar de principio a fin.

El resultado de tal empresa es el libro en cuestión, y queda en nosotros recuperar sus aportaciones formales y discursivas a efectos de disfrutar la valía de una de las estampas más fascinantes y duraderas que se han concebido sobre el *locus* peninsular.

Terminamos con esta idea: *El otro México. Biografía de Baja California* es un libro fundamental, necesario, para comprender lo que es el país, y hacer nuestra la idea de que se vuelve urgente ampliar los márgenes de su representación, a sabiendas de que sólo de ese modo podremos comprender las verdaderas manifestaciones de su diversidad; de que se vuelve urgente revelar otras narrativas, una vez que es claro que los discursos reduccionistas impuestos obedecen a intereses particulares, o agendas centrípetas, que desdibujan y tergiversan la verdadera y poco sistematizada imagen de la nación.

Referencias

- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura de México, 2001.
- Campbell, Federico. *Transpeninsular*. Joaquín Mortiz, 2000.
- Díaz-Polanco, Héctor. *Elogio de la diversidad*. Fondo Editorial Casa de las Américas, 2008.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores, 1996.
- Hernández Quezada, Francisco Javier. *Entornos y periferias*. Universidad Autónoma de Baja California, 2016.
- Hernández Quezada, Francisco Javier. “La península de Jordán”. *Humanitas. Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios*, vol. 3, núm. 5, 2023, pp. 77-99. <https://re-vhumanitas.uanl.mx/index.php/r/article/view/60>
- Jordán, Fernando. *El otro México. Biografía de Baja California*. Universidad Autónoma de Baja California, 1997.
- Ramírez Sánchez, Xóchitl. “Antropología en México: la distancia entre el proyecto estatal y los encuentros cercanos con la realidad”. En Laura R. Valladares de la Cruz, Martha Patricia Castañedo Salgado y Adriana Aguayo Ayala (editoras). *Antropologías hechas en México*, vol. I. México: Asociación Mexicana de Antropología / Universidad Autónoma Metropolitana, 2024, pp. 29-54.
- Sánchez Carbó, José. *Mapa literario de identidades. Formas de (des)integra el espacio en el relato hispanoamericano*. Universidad Veracruzana, 2018.

LA CALIFORNIDAD COMO ELEMENTO VITAL PARA LA EXPLORACIÓN DEL CAMPO LITERARIO BAJACALIFORNIANO

LUIS ALEJANDRO ACEVEDO ZAPATA

JULIETA LÓPEZ ZAMORA

MANUEL ALEJANDRO SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

*Para mi amigo Jesús Briones, en Chihuahua,
y para la señora Luz López Garaizar, en Mexicali,
Baja California, con afecto, respeto y agradecimiento*

En busca de la californidad

*el desierto está lleno de cascabeles
de salamandras al filo del paisaje*

JORGE ALVARADO ROBLES

En este encuentro de voces, la de Rubén Vizcaíno Valencia y la de Fernando Jordán, se alcanza a observar una convergencia cifrada en afinidades estéticas que nos habla de una parte de la realidad mexicana que se define por lo que no es respecto al resto del país. Ambos colaboran en la construcción de un imaginario literario en el que se dejan marcas, palimpsestos, que luego son posibles de seguir por quienes se afincan en estos territorios y experimentan una realidad múltiple, compleja y en constante tensión. Hablo, por supuesto, de mi propio caso, en el que la californidad

se me ofrece como un elemento vital para explorar el campo literario bajacaliforniano, y lo que en él ocurre. Dicho esto, me parece conveniente abrir desde este momento el siguiente paréntesis.

La mexicanidad o lo mexicano es un tema que tengo afincado en la mente desde que leí, hace ya bastantes años, el libro *Los hijos de Sánchez*, del antropólogo estadounidense Oscar Lewis. En él, se daba la voz y la palabra a cinco figuras de lo que podemos denominar como una familia de clase media baja o baja disfuncional, tal cual: los Sánchez: Jesús, Manuel, Roberto, Consuelo y Marta. Esta lectura me supuso un punto de encuentro con mi propia realidad, y la de mi familia, pero también me impulsó a pensar en temas que cifraban nuestra conducta a la luz del entendimiento de quiénes somos. Pregunta alambicada en la que reparamos más a menudo de lo que se piensa, pero socializamos menos de lo que tendríamos que hacer, ya sea en espacios académicos o domésticos.

Porque la mexicanidad es algo que se da por hecho. Que se tiene y con lo que se carga día con día, en una infinita plasta de experiencias humanas que pasan, sin que lo sepamos, por los mismos códigos que son explorados, con distinta mirada, por antropólogos de todas partes del mundo, incluido México. Quizá sea ahora el momento y el lugar para decir que a esta lectura la secundaron otras más, por la misma línea, que fueron replanteando una misma y constante reflexión: la de la identidad y sus problematizaciones¹.

¹ Por ejemplo, *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, imprescindible y clásico; y *La jaula de la melancolía*, de Roger Bartra. Luego me enteré de un texto que da pie al del Premio Nobel de Literatura de 1990, titulado *Perfil del hombre y la cultura en México* (1934), de Samuel Ramos; y han ido apareciéndome al paso textos como *El mexicano, psicología de sus motivaciones* (1959), de

Ante este panorama, me preguntaba si la cultura es la cultura que se piensa desde el epicentro cultural de nuestro país y sus periferias, que son todo lo que no es la Ciudad de México; o si es lo que ocurre, pongamos, en dos penínsulas, una de las cuales es mi lugar de nacimiento; o si ambas penínsulas quedaban lejos, en los extramuros de un eje que, sin querer, las excluía, pero en las que *pasaban cosas distintas a las del centro*.

Esto, que es de un subjetivismo tremendo, tiene, sin embargo, sus bemoles. Desde la forma de hablar, hasta la gastronomía, pasando por la historia local de cada entidad, puede decirse que México es muchos pequeños países. Una comarca amplia y generosa compuesta de grupos humanos distintos entre sí, pero cobijados bajo un mismo proyecto nacional que, sin embargo, desde el punto de vista del imaginario, ha fallado. Esto es así porque a nuestro país se lo imagina en términos homogéneos que, sin embargo, sólo disfrazan una percepción que, pese a estar encubierta, es bastante clara: el norte es el futuro, el centro la coyuntura de la identidad y el sur un asunto pendiente². Porque, aunque ambas penínsulas son antiguas, la primera tiene un pasado-presente que se le palpa: el pasado maya; y la segunda tiene un pasado cochimí o paipái un tanto ensombrecido, pero aún latente.

Santiago Ramírez, entre otros. La veta sigue en exploración.

² Semo Caley, citado por Gabriel Careaga, habla en *Historia del capitalismo en México*, de estos tres lugares ya desde el México colonial o Nueva España: “Así, en el norte predominan la minería y la ganadería extensiva, casi no existe la comunidad agraria; en el centro coexisten comunidades agrarias desarrolladas e importantes ciudades españolas; en el sur, la comunidad tradicional domina y está frecuentemente aislada: la colonización es escasa y la minería casi inexistente” (1974: 42). Menciona esto sólo para confirmar cómo, desde entonces, en el imaginario el país son tres regiones diferenciadas.

Ahora bien, en cuanto a la literatura, suceden cosas distintas: mientras que en la península yucateca, pensando en su poesía y siendo francamente reduccionista, es habitual que aparezca una palmera, un henequén o una apelación directa a aquel pasado mitificado, en la poesía bajacaliforniana asoma una duda, una dubitación, una especie de búsqueda de certezas que, sin embargo, no se encuentran con facilidad; y en ese destino cifra su verdadera caracterología. La literatura bajacaliforniana es una afrenta constante contra un destino que apenas se delinea en un paisaje más bien agreste y misterioso. La literatura yucateca tiene un pasado-presente del que abreva a la mínima y máxima provocación. Su búsqueda es más bien un encuentro, un destino. En la otra, su búsqueda es más bien una pérdida, una duda, una dubitación; nunca una certeza.

Para no caer en verdades de Perogrullo ni lidiar gratuitamente con una subjetividad que, francamente, se me antoja insostenible cuando busca cifrar un camino “seguro” al análisis y la interpretación, conviene pensar en términos de creación de imágenes. Porque quien busca la californidad debe situar su pensamiento, al menos en su forma inicial, en las obras de quienes, siendo foráneos, la edificaron literariamente. Hablo, por supuesto, de Rubén Vizcaíno Valencia y de Fernando Jordán, pero hablo también de una palabra cuya carga semántica no puede ser más estimulante, tomando en cuenta que Baja California conserva su carácter insular que la mantiene ajena a otros sucesos que no sean los propios de una región fronteriza (reverbera ahora una frase escuchada en la película *Bardo. Falsa crónica de unas cuantas verdades* (2022), de Alejandro González Iñá-

ritu, en la que se nos dice que Amazon compró el estado de Baja California”)³.

Yo he dicho que este estado mira de cara al futuro. Tal vez no tenga de otra. Y tal vez nosotros no tengamos de otra que mirarlo de este modo. Pero somos mexicanos y no estamos contentos con nuestro lugar en el mundo⁴ ni con nuestro pasado⁵, por eso estamos obsesionados permanentemente con lo que nos circunda, que son tantas cosas... Así, la californidad se nos ofrece como una membrana que se traspasa a medida que se piensa en cosas que exceden lo estrictamente mexicano. ¿Es entonces la californidad un término que se opone a otro, al de mexicanidad, en este caso? Creo que de entrada no, pero nos arroja en fracciones de segundo a otras latitudes, a otros escenarios donde la pa-

³ En una entrevista de 2022 al director mexicano, se le pregunta acerca de esta escena y él dice un tanto titubeante y nervioso: “Pues sí, es un miedo al futuro y eso va a pasar muy pronto. Y la gente lo va a recordar”, véase en esta liga del minuto 1:20 al 1:25: <https://www.youtube.com/watch?v=DpSPqGy02ss> como en una especie de presagio o vaticinio.

⁴ Santiago Ramírez escribe en 1973: “El mexicano se mueve en un territorio inhóspito, carente de seguridad; piso prestado, abonos que le brindan un anhelo de seguridad mensual con fraccionadores disolutos. Pero a pesar de todo siente que su territorio es de él. Espacio mamado a rajatabla pero a pesar de todo espacio vital. No es sustituible por condominios americanos o por departamentos a la manera de Canadá; este territorio tan debatido requiere un marco de agresión. El cemento, la religión, los héroes cinematográficos, el programa de radio y la imagen preferida, su caja tonta, la televisión, no son sino profilaxia a su tragedia” (2006: 21). Nótese que este marco de agresión bien puede hacer referencia a un patriotismo que se diluye conforme más “se sube” a los territorios del norte del país.

⁵ “La sociedad mexicana es el resultado de hechos violentos y agresivos como la Conquista [...] De esta forma, el día que Tenochtitlán fue destruida, se inició un desarrollo social que va a configurar, tres siglos más tarde, lo que será la sociedad mexicana” (1974: 40-41), escribe Gabriel Careaga. Desde aquí el imaginario se enuncia como una fricción permanente que nos invita a mirar atrás no sin prever ciertos cuidados.

labra se reviste de colores inusitados, de sensaciones que no son las que hallaríamos en el corazón de la antigua Tenochtitlán, eso es claro. En todo caso, tal vez la californidad sea un concepto antitético.

En este punto es donde me encuentro con las obras y figuras de autor de Rubén Vizcaíno Valencia y Fernando Jordán. Hablar de ellos es contraponerlos, pero también complementarlos, amén de sus evidentes diferencias generacionales, como se puede ver partiendo de sus fechas de nacimiento, pero pensando sobre todo en sus afinidades estéticas, aunque cada uno haya cultivado géneros literarios y periodísticos contrapuestos; pero ambos habitaron la palabra de cara a una región que se enuncia desde el peso semántico, como dijimos, del término californidad. Como si uno, Vizcaíno Valencia, meditara acerca de ello, como efectivamente lo hizo; y el otro corporizara esa meditación previa, convirtiéndola en acción, como se ve reflejado en una obra que recorre con visión peculiar estos territorios que, hasta hace poco, eran relativamente desconocidos. Ambas esferas suponen dimensiones desde la cual el término californidad llega a nosotros como una presencia que puede o no tomar cuerpo, hecho que ya depende de cada interlocutor, de cada forastero que pueda o no vivirla, más allá de sus experiencias inmediatas en Baja California (“Norte” y Sur).

Ahora bien, la imagología, que es una subdisciplina de la literatura comparada, ha tenido en México poco campo de acción, aunque parece que es momento de recuperar sus objetivos básicos para ponerlos al servicio de términos como el de la californidad, que dan como resultado un conjunto de imágenes que se amalgaman unas a otras en un incesante bucle de significados donde

Jordán refiere la imagen llamativa de Baja California a partir de 1) recorrer sus caminos y brechas, sus valles y sierras, sus desiertos y mares, y 2) concebir una especie de producto cultural que, en lo especial, muestra las claves fundamentales de ese espacio extraño y lejano para el resto de México, donde la sensación de soledad y vacío se multiplican con creces y obligan a cualquiera a fundirse — constantemente — con el paisaje (Hernández Quezada, 2023: 80).

Uno de estos objetivos es situar, como dice Andreas Kurz, su utilidad en un mundo como el nuestro, que la hizo caer en desgracia “debido a su ideologización, a su inmersión en un discurso nacionalista extremista que dejó de estudiar la producción de imágenes en textos ficticios para dedicarse al desarrollo de sus propias imágenes prejuiciadas” (2020: 7). Con esto, entendemos que es momento de alejarnos del cultivo de imágenes prototípicas sobre nosotros mismos (léase la mexicanidad como lo propio y la californiidad como lo ajeno, o como lo opuesto)⁶ y sobre los otros. Porque el objeto de la imagología es “la reconstrucción de un imaginario social a partir de las imágenes que un texto encierra” (Pérez Gras, 2016: 11). Veamos, pues, algunas de esas imágenes a partir de la obra literaria de Rubén Vizcaíno Valencia, y de la obra periodístico-antropológica de Fernando Jordán, aunque una se engendre desde la meditación, como dijimos, y la otra desde la acción, y lo hagan desde géneros distintos.

⁶ Pérez Gras: “En rigor, la imagología es una disciplina que colabora con la lectura hermenéutica de textos que surgen de la convivencia o del conflicto entre dos o más culturas/etnias/comunidades/géneros/clases, en los que se construye una imagen del Otro y su mundo” (2016: 12).

La esfera de la meditación

*Entre las piedras de La Rumorosa,
crecen versos.*

RUBÉN VIZCAÍNO VALENCIA

No fueron pocos los poemas que Vizcaíno Valencia ofrendó a esta región, pero me parece que el punto fuerte o coyuntural se remonta a un texto que fue recuperado en una edición reciente de literatura bajacaliforniana titulado *La Bajacaliforniada. Antología de textos literarios publicados por la UABC, 1957-2006*, aparecido justo en 2006. El título, que es por demás emblemático, o que apuesta por una idea sustancial que cobija textos de diversa índole y género, abre, como no podía ser de otro modo, después de los prólogos de rigor, con la “Carta abierta a los profesionistas e intelectuales de Baja California”, de Rubén Vizcaíno Valencia. La primera versión data de 1957⁷, cuando el autor contaba los 38 años; y la segunda de 1962, cuando ya tenía los 43. Estos datos no serían importantes sino fuera porque reflejan la sesuda, constante y permanente reflexividad literaria y ensayística de su autor. En este texto, fundamental para comprender lo que bulle en aquella época en una región diferenciada del resto del país, se respira un aire de solicitud presurosa y bienaventurada que invita curiosamente a la acción. Y esta acción sólo puede ser labrada desde un conocimiento directo de la realidad bajacaliforniana, porque es evidente que lo que no se conoce, no se puede saber; o no se puede saber, en efecto, lo que no se conoce. Y para

⁷ Interesante que el texto se publique un año después de la muerte de Jordán, acaecida en circunstancias hasta el día de hoy extrañas un 14 de mayo de 1956.

conocer algo, por más nimio que sea, hay que “vivirlo”, con todo lo que eso signifique. Veamos cómo abre el texto:

Conocer nuestra realidad social, planear nuestro desenvolvimiento en todos los órdenes de la cultura y prever nuestro futuro, deben ser preocupaciones para todo intelectual que viva en el nuevo Estado (...) El intelectual, cualquiera que sea éste, se debe a los demás, en el mismo grado que cualquier otro hombre; adeuda a la comunidad humana parte de lo que es, y él mismo no es sino el soporte vivo de una tarea que no acaba nunca y que lo alude constante en todo momento (2006: 21).

Es claro que para el poeta nacido en Comala, Colima, la tierra bajacaliforniana significó algo más profundo que su simple tránsito o destino, o el lugar de trabajo y de adopción; significó, como es evidente, la oportunidad para trazar unas líneas que perfilan una actitud, cuyo soporte se alhoja en una conciencia de que lo está ocurriendo, tiene que ser dirigido, vivido, construido o edificado desde un propósito inflexible. A eso, en parte, vamos a llamar californidad, un espíritu o forma de ser, una *actitud*, como dije, que es, en suma, *necesaria*; en una palabra: *vital*. Tras esto, se encumbra una obra poética que, según consta en la antología preparada por Víctor Soto Ferrel, inicia en 1970, pero porque Vizcaíno Valencia no logró conservar “al parecer, poemas de los que afirmaba haber escrito en su temprana juventud” (2017: 9), esto es, durante los años cincuenta, especialmente a partir de 1952, que es justo cuando arriba a Baja California.

Dado a buscar referencias de lo que ya asoma en su “Carta abierta...”, es fácil percatarse de su “obsesión literaria” por Baja California, —por lo que en ella ocurre y ocurrió—, más a sabiendas de que fue testigo de su reca-

tegorización de territorio a estado mexicano. Es por ello que esta década, los setentas, es donde se pasa del lenguaje prosístico al lenguaje poético. Ya en los títulos de poemarios cortos como “Poemas cromáticos (Hacia una teoría de los colores en plantas, animales y seres humanos de la Península de Baja California)”, vemos cumplirse este vínculo a una territorialidad de incesantes significados. El título ya nos pone de manifiesto una visión panteísta de que lo que ocurre en la región es algo diferenciado. Y más allá de que podamos o no estar de acuerdo en el sentido de que cada lugar de este vasto territorio llamado tierra es, si se quiere, poetizable, estamos más bien ante una idea puesta en acción, ante un principio, si se quiere el primer principio contemporáneo de lo que podemos llamar una imagología de la poética de la californidad.

Se la descubre y se la invita a conocerla a través de un lenguaje poético que “transforma las ideas que se tienen sobre los objetos y las personas en el plano simbólico” (Gras, 2016: 14). Al menos, así me gusta pensar la poética de la californidad: como una invención más bien afincada en una imagología que dota de personalidad a una literatura regional que, en ese sentido, se basta a sí misma, pero que, por esa misma razón, está siempre dispuesta a cobijar, a recibir, y con ello, a transformar lo que se cobija y recibe. Sí, la californidad es un espacio de transformación permanente. Lo que se escribe y lo que se vive en estas regiones lejanas de las capitales culturales del país (pienso no sólo en la Ciudad de México, sino en Guadalajara, Monterrey, Puebla, e incluso Mérida), sólo puede ser explicado mediante un afán inflexible de conocimiento poético como el que emprende Vizcaíno Valencia; conviene, en este sentido, enmarcar su figura de autor como la del forastero que

observa lo que los locales no ven; o la del trashumante a cuyas visiones fotografiables sabe acercarse mediante la meditación, la contemplación y la palabra.

También hay que decir que la californidad para Vizcaíno Valencia es un acto político. Ya la “Carta abierta...” pone de manifiesto un rigor que recuerda, por mucho, a las meditaciones sociológicas, históricas y poéticas de un Octavio Paz buscando explicarse a México; algo que recientemente también ha hecho, desde el cine, Alejandro González Iñárritu; y algo que hacemos inconscientemente todos los que, desde acá, miramos como detrás del muro habitan los escombros de la modernidad. Sí, la californidad es una visión y un acto combativo que responde a una presión invisible, como si de una frecuencia radial se tratara, de permanente azoro. No se la piensa hasta que se la vive; no se la padece, hasta que nos increpa. El gran muro de la división entre México y Estados Unidos es de un peso simbólico tremendo, creo yo, no tanto para nosotros, quienes estamos del otro lado; ni para nuestros parientes y hermanos y hermanas, padres, hijos o madres, que están del otro; o para nuestros amigos norteamericanos, como Oscar Lewis, que se han preocupado y ocupado por entender a sus vecinos; sino para el mundo.

Entonces, la californidad, en boca de Vizcaíno Valencia no puede ser sólo, como se ha dicho, un acto contemplativo que responde a una experiencia multicromática; es, desde luego, un posicionamiento político que busca explicar el lugar de California en el mundo. Pero no de la California estadounidense ni de la California mexicana: sino de la California tal como nació en el imaginario colectivo a partir quizá del siglo XI, que es cuando aparece citada en la *Can-*

*ción de Rolando*⁸ y como expresión de Lo Uno⁹. Lo indivisible. Creo, desde luego, que ese lugar es irrecuperable, pero sigue viviendo en forma mitificada y atávica. Claro, la californidad responde a un latido ancestral que todavía se siente y se presiente en horas de sueño y vigilia. Como si reclamara su estado de localidad rota, de territorio dividido, de irresponsabilidad política. Y es que, si lo dudamos, allí tenemos el muro que nos indica que no: que California son dos lugares distintos, que el planeta Tierra necesita de fronteras y de trazos como los de la Muralla China, que responde, ¿quizá?, a los mismos patrones de conducta que tiene el ser humano con base en el “Divide y vencerás”.

Este arranque de aparente nacionalismo, en realidad, es sólo fruto de una misma y única reflexión que se prolonga del pasado al presente, y del presente al futuro; futuro en el que imaginamos una segunda caída del Muro de Berlín, pero ahora teniendo como protagonista a la frontera mexicana. Frontera que será derribada, para que con ello se integren no dos naciones, sino una gran nación que sim-

⁸ En *El otro México. La península de Baja California*, de Fernando Jordán, el epígrafe de la primera parte del libro es tomado de una de las estrofas del también llamado “Cantar de Roldán”, poema épico de tradición francófona: *Muerto está mi sobrino que conquistó tantas tierras, / y ahora los sajones se rebelaron contra mí, / y los húngaros y los búlgaros y tantos otros, / los romanos, los de Pulla y los de Palermo / y los de África y los de Calíforne.*

⁹ “Lo uno”, según el Diccionario de filosofía (1999) de José Ferrater Mora, es, desde luego, muchas cosas; basta buscarlo como entrada para que asomen diversos significados que se atribuyen al término; aquí, en este caso, lo pienso únicamente como lo unitario, como la unidad, en un sentido llano; también como lo contrapuesto a “lo múltiple”: “La contraposición de lo múltiple a lo uno y el predominio del último sobre el primero fueron dos temas capitales en la filosofía de Parménides y de los eleatas, los cuales consideraron que sólo lo Uno es objeto de saber; la multiplicidad y la variedad son objetos de la opinión y de la sensación” (p. 240).

plemente sea la humana. Pero basta de utopías o guiones flojos de ciencia ficción, veamos cómo Vizcaíno Valencia combate desde su poesía este espacio roto, edén pervertido por el demonio de la política económica:

No somos patio
ni callejón trasero
de esta California, norteamericana:
Somos más bien
sus cimientos:

¿Historia, no es eso? (2017: 61).

¿Verdad poética o ficción histórica? ¿Qué es la historia sino la recuperación de una memoria que nos pertenece a todos? La modernidad miente cuando dice que se aleja del pasado porque busca perfeccionar el presente. El poema habla de ello, la California mexicana no es lo que el imaginario contemporáneo busca sedimentar en los habitantes del siglo XX y XXI. *Debilita moralmente a un pueblo, y así será más fácil gobernarlo*. O como escribió Sun Tzu: “Es mejor conquistar un estado que destruirlo” (2008: 15). El muro es eso. Un símbolo de opresión moral. Un recordatorio de conquista. Pero también, como no puede ser de otra manera, un símbolo de resistencia y un recordatorio de que mañana habrá justicia. Justicia moral, desde luego. ¿O no es eso lo que exploraba Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*? ¿No es eso a lo que se estuvo refiriendo cuando buscó las raíces de esta tortura psicológica a la que el mexicano ha sido sometido desde hace siglos? Es rico buscar en la historia de México el producto del porqué nos sentimos rotos. Claro, menos rotos nos sentimos cuando poseemos más y mejores bienes materiales; cuando nacemos en cuna de

oro; cuando aseguramos la posteridad de nuestras generaciones. No es sólo que México sea un país económicamente desigual, es que moralmente (y sistemáticamente) ha sido deprimido; se ha usado contra él una fuerza invisible basada en prejuicios de clase y color de piel. Esa ficción, tan convincente, es la que nos ha debilitado. Y, a veces, hasta nos ha hecho igual a quienes actúan así. Por eso es que, a este respecto, la voz lírica del poeta se enarbola:

¡Eh, tú!,
autómata sombrío
que miras con desprecio
mi persona,
Eh, tú que me consideras hombre de segunda
porque hiedo a sudor
y saben a sal mis lágrimas:
Tú,
robot,
¡Muéstrame tus credenciales!

Apártate
miserable bebedor de dinero.
Las minúsculas algas
tienen creencias más humanas
que las tuyas.

¡Apártate!: cosa, objeto, chatarra, maloliente,
apártate!
Deja colmar mi fe
en el ansia humana y en la gloria de Dios.

¡Apártate de mi vista: Autómata! (2017: 62-63).¹⁰

¹⁰ Tanto este poema como el anterior pertenecen a la obra que lleva por título “Visita al país de las máquinas”, fechado en la primavera de 1971, con clara referencia al país vecino y a lo que Vizcaíno Valencia allí encontró.

Vizcaíno Valencia toma muy en serio su responsabilidad como agente de cambio, ese concepto que se suele escuchar muy a menudo estos días. Porque la californidad también es eso, no solamente un recordatorio antiquísimo de lo que alguna vez fue Lo uno, y no lo múltiple, sino una dimensión virtual que transforma, que cambia, que reconduce, y la que mejor nos sitúa de cara a otro término, el de mexicanidad. ¿La mexicanidad es parte de la californidad? ¿O será al revés? ¿La californidad forma parte de la mexicanidad? ¿Qué son finalmente la contigüidad de ambas? Más que un enfrentamiento, porque no lo hay, ambas responden a una imagología de la identidad humana. Pero si hablamos de imagologías, las de Fernando Jordán trazan una arista nunca suficientemente explorada, pero siempre provechosa.

La esfera de la acción

¡Por fin! ¡Mi bote está listo! Si todo resulta conforme con los cálculos, cuando el lector se encuentre leyendo esto yo estaré en el mar, frente a alguna isla, confiando en el viento y en Neptuno.

FERNANDO JORDÁN,
Mar roxo de Cortés. Biografía de un golfo

En efecto, Jordán fue, como Vizcaíno Valencia, un hombre de acción, por lo que se puede decir también que fue, como Vizcaíno Valencia, un hombre meditativo. Pero las meditaciones de ambos, me parece, surgen de una raíz distinta. Mientras que el primero parte de un principio más bien relacionado con los viajes de descubrimiento de otras

tierras del siglo XVI y XVII¹¹, el segundo parte de un principio que, me atrevo a pensar, surge durante sus estudios de filosofía y derecho en la UNAM, donde es discípulo de Agustín Yáñez y Samuel Ramos; donde asiste a las cátedras de José Gaos en las que es usual oír hablar acerca de la identidad del ser mexicano, como escribe Víctor Soto Ferrel en el prólogo a su antología poética (2017: 10). Por lo tanto, son hombres de acción con raíces distintas, y con intereses distintos. Pero ambos, como queda claro, hombres que van en busca de la californidad.

Con el fin de hilar una idea previa al párrafo anterior, la que cifra cierta conducta política de Vizcaíno Valencia, no menos “radical” es Fernando Jordán en su empresa perio-

¹¹ Karina Flores Acevedo, citada por Hernández Quezada, dice que Jordán se inspiró “en las historias de aventuras de Joseph Conrad o en las obras de Julio Verne” (2023: 82). La cita procede de su tesis de maestría titulada “Imágenes y representaciones de los pobladores del norte en las obras de Fernando Jordán: *El otro México. Biografía de Baja California y Crónica de un país bárbaro*”. Por su parte, Felipe Gálvez, en la notable introducción que hace a la obra *Mar rojo de Cortés. Biografía de un golfo*, ofrece un panorama amplio sobre los precursores que tuvo Jordán en su empresa náutica; rescato solamente dos: el libro *Enchanted Vagabonds* (1938), de Dana Lamb y June Cleveland; y *Sea of Cortez: A Leisurely Journal of Travel and Research* (1941), de John Steinbeck y el biólogo Ed Ricketts. Y bueno, el mismo Jordán habla de una serie de libros escritos en inglés que hablan sobre aventuras en el mar californiano; veamos: “[...] ese mar, como esa península de la cual toma nombre, es la región más desconocida y abandonada del país. Exceptuando a los escasos hombres que viven a sus orillas o exploran parcialmente su potencialidad económica, nadie, en el resto de México, conoce el menor dato sobre su realidad. No hay mucha culpabilidad en ello, porque tampoco hay literatura alguna al respecto. Pero eso sí... ¡qué bien la conocen los estadounidenses! Y cuánta literatura —aunque incompleta— se puede encontrar en idioma inglés. No tengo aquí a la mano una bibliografía del Mar de Cortés; pero, de memoria, puedo mencionar cuatro o cinco títulos de los doce o quince libros escritos, por lo menos, sobre el golfo. [...]. No me preguntéis, por supuesto, cuáles títulos se encuentran en español. Para ser breve y conciso diré de una vez que ni uno solo” (1995: 38-39). De ahí también cierta urgencia por escribir uno en español y desde una mirada endémica, por decirlo así, competente a su identidad como mexicano.

dístico-testimonial; leamos: “No me gusta que piensen que el *Urano* es un barco sin nacionalidad y mucho menos que se imaginen que puede ser estadounidense” (1995: 154)¹². Sí, estas son palabras escritas por el periodista mexicano en su libro *Mar Roxo de Cortés. Biografía de un golfo*, que apenas apareció completo en 1995, pero que data de su aventura náutica de 1951, con un epígrafe de André Gide, un prólogo de Felipe Gálvez y un relato-espejo-autobiográfico de José Héctor Salgado (quien fuera muy cercano al autor, dado que la madre del primero fungió como comadrona en el parto del segundo) titulado “Líneas de flotación”, que se integra como apéndice al libro.

Me atrevo a decir, más allá de lo que viene a continuación, que algunas de las páginas más bellas que yo he leído de la literatura de viajes, como no le molestaría, quizá, al propio Jordán que de él se dijera, están escritas en esta obra. Como prueba el apartado “Nuestro mundo”, donde el autor experimenta algo que sólo puede interpretarse como desapego del mundo social; veamos:

El pensamiento de la guerra, que a menudo me asaltaba en la ciudad, aquí ha pasado a ser un recuerdo tan lejano que ya no implica temor; la situación política de México, con sus problemas profundos de desorganización, corrupción e impreparación, son fantasmas de otra época mía, y su presencia ya no alcanza a turbarme ni a causarme inquietud o indignación. Aún para la nostalgia no hay hueco en nuestra sensibilidad (126-127).

¹² El libro muestra una expedición de Jordán a bordo de un barco pequeño, de dimensiones realmente estrechas, con el que se propone conocer el golfo de California o Mar de Cortés. Esto sucede el 3 de mayo de 1951: “Siento la necesidad de explicar lo que representa para un hombre de 31 años una expedición como la que intento [...]. Finalmente, quiero hacer hincapié en la necesidad, en la obligación ineludible de conocer el Golfo de California, cuyas riquezas inexploradas son el más preciado filón en todo el litoral mexicano” (1995: 30).

Tenemos, entonces, dos asuntos que son uno solo: por un lado, un exacerbado nacionalismo de época, que no se parece, por supuesto, a lo que pueda ser un exacerbado nacionalismo contemporáneo del mundo de hoy; y por otro, una preocupación social que encuentra su asidero en un destino, que es el del mundo, que apenas se había librado de los estragos y consecuencias de la Segunda Guerra Mundial (de 1939 a 1945). ¿Es legítimo pensar que la empresa de Jordán se funda en el terror súbito que se produce cuando el mundo entra en la llamada era atómica? En otro grado, preocupan a Jordán las cuestiones relacionadas con su propio país, México, al que acusa de corrupto, desorganizado e ignorante. Caigamos en cuenta que estamos en el corazón mismo del priísmo más recalcitrante, cuyos presidentes fueron, en esa época, Manuel Ávila Camacho (de 1940 a 1946), Miguel Alemán Valdés (de 1946 a 1952) y Adolfo Ruiz Cortines (de 1952 a 1958). Así que el párrafo de Jordán da la sensación de que la inmersión en la californidad nos habla de una realidad aparte, indisociable de su propia naturaleza, que avanza a otro ritmo, que no parece enfocarse más que en una especie de eterno presente.

El Urano, que fue como Jordán bautizó a su pequeña embarcación, es un símbolo de la lucha del hombre contra la naturaleza. Pero esta lucha no es negativa, no es impositiva, es una lucha por entender algo: “Nuestro problema máximo, por ahora, es vivir” (127). Casi como en una acuarela metafísica, vemos a la pequeña embarcación enfrentarse, tal cual, a la lucha por la sobrevivencia. ¿Y qué buscaba Jordán con ello? Sobrevivir, sin más. Y narrar, por supuesto. Esa narración es la que llega hasta nosotros, trepidante, en el algoritmo de la naturaleza humana. Esa pe-

queña embarcación es lo único que tiene el Hombre en busca de aventura como traducción de batalla, de afrenta, de resignificación. Al final, el retorno a la imagología se nos presenta nuevamente: “Hay obras que presentan las *images y mirages* [espejismos] como principios semánticos constructivos: diarios de viaje en primer lugar (...) pero también una buena parte de la literatura biográfica y autobiográfica” (Kurz, 2020: 9; corchete nuestro). Pero, como advierte el teórico austríaco, ninguna imagen es fiel a la realidad ni es auténtica, así que la imagología finalmente es la recreación de un constructo pensado por un arquitecto muy hábil, minucioso, asertivo, competente en el uso de la palabra escrita o de la expresión textual: el escritor, anfitrión de poderes secretos.

A manera de conclusión

- Bueno, aquí está tu corresponsal.
—Mi corresponsal de guerra. Y ahora andas de cineasta.
—No tanto. Lo que quería era venir a la Baja.
—A la Baja California, no le digas como los gringos.

FEDERICO CAMPBELL

Transpeninsular

Hablé, al principio, del campo literario bajacaliforniano, por decirle de este modo, abrevando de la terminología de Pierre Bourdieu. Dije, seguidamente, que tras los rastros ominosos de la californidad tenemos dos puertas de entrada o compuertas textuales al paraíso de las significaciones

sobre Baja California: la que nos proporciona la obra poética de Rubén Vizcaíno Valencia y las que nos entregan las obras de exploración del periodista Fernando Jordán. Ambos, contemporáneos a un tiempo, fueron seres inconformes, de tesitura nerviosa, con propósitos inflexibles, como también dije, que hicieron de la palabra el instrumento para bregar a favor de una imagen que es la sucesión paulatina de numerosas y quizás infinitas imágenes que se extrapolan unas a otras, de lo onírico a lo real, de lo social a lo político, de lo subjetivo a lo corporizado, en fin, de la literatura a la realidad. Sin que ambos se lo propongan, dejan huellas sólidas en el camino que se emprende en pos de esa búsqueda. Como ejemplo concreto de los resultados de ese trazado precursor de imagologías tenemos la obra *Transpeninsular*, de Federico Campbell, cuya edición del año 2000 en Punto de lectura le agrega la siguiente leyenda: “Un extraño recorrido por tierras enigmáticas”. Y que es la ficcionalización de un fragmento de la vida de Jordán como viajero, escritor y suicida.¹³

Y porque claro, la californidad es aprovechable como etiqueta comercial, que es otra de sus aristas. Es incluso aprovechable desde el punto de vista turístico, donde la tierra extraña se enarbola como una entidad enigmática, y por ello, comerciable. ¿Quién no querría visitar tierras vedadas al grueso de la población? ¿O no impulsó la búsqueda del oro esas primeras empresas navegantes de los viajeros españoles del siglo XVI y XVII? El oro simboliza no sólo fortuna, sino poder. Sin embargo, en asuntos li-

¹³ Una de las imágenes reiterativas en esta novela es la del jepp descendiendo a lo largo de la brecha peninsular, como escribe Campbell, por lo que me lleva a pensar en la californidad como una imagen reiterativa de algo inasible, en realidad, pero presente de forma continua a través de diversos medios, pero que nos habla de una sola y perturbadora imagen múltiple que se repite.

terarios, la cuestión afortunadamente radica en otra cosa. Desde el punto de vista de la imagología como una vía para continuar explorando las voces que componen este campo literario bajacaliforniano, la californidad se parece bastante a la búsqueda de El Dorado, esa ciudad fantasma del Perú que se nos antoja posible, pese a ser escurridiza. La invitación está abierta. Jordán simpatiza con la idea del navegante; Vizcaíno Valencia con la idea del profeta. Así, estos dos rostros se unifican en una nueva imagen que es la de quien mira hacia adelante, hacia el futuro, evocando aquel llamado atávico del pasado, donde Lo uno ya no es, y lo múltiple parece insuficiente, experiencia de la que se derivan imágenes que nos imantan en la naturaleza de la que partieron al haber sido engendradas.

Mayo de 2025

Referencias

- Careaga, Gabriel. *Mitos y fantasías de la clase media en México*. Editorial Joaquín Mortiz, 1978 [1974].
- Campbell, Federico. *Transpeninsular. Un extraño recorrido por tierras enigmáticas*. Punto de Lectura, 2005 [2000].
- Ferrater Mora, José. *Diccionario de filosofía*. Editorial Sudamericana, 1964.
- Hernández Quezada, Javier. “La península de Jordán”. *Humanitas*, núm. 5, vol. 3, 2023, pp. 77-99.
- Jordán, Fernando. *Mar rojo de Cortés. Biografía de un golfo* [Felipe Gálvez, pról. y notas]. México, Instituto Sudcaliforniano de Cultura (Archivo histórico Pablo. L. Martínez), 1995.

-
- _____. *El otro México. La península de Baja California*. Gobierno del Territorio de Baja California, 1968.
- Kurz, Andreas. *Historia de una infamia editorial*. Universidad Autónoma de Querétaro, 2020.
- Pérez Gras, María Laura. “Imagología: La evolución de la disciplina y sus posibles aportes a los estudios literarios actuales”. *Enfoques*, No. 1, volumen XXVIII, 2016, pp. 9-38.
- Ramírez, Santiago. *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. Random House Mondadori, 2006 [1974].
- Trujillo Muñoz, Gabriel; Norzagaray Norzagaray, Ángel (coord.). *La Bajacaliforniada. Antología de textos literarios publicados por la UABC, 1957-2006*. Universidad Autónoma de Baja California, 2006.
- Tzu, Sun. *El arte de la guerra* [Trueba Lara, José Luis, pról. y notas]. Editorial Porrúa, 2020.
- Vizcaíno Valencia, Rubén. *Antología poética 1970-1983* [Soto Ferrel, Víctor, pról.]. Secretaría de Cultura/Centro Cultural Tijuana, 2017.

Bibliografía consultada

- Bautista Naranjo, Esther. “(Re)pensar la Imagología en el siglo XXI. ¿Un camino de ida y vuelta? [Introducción]”. *Identidad y Alteridad en la literatura y en las artes Nuevos estudios sobre Imagología / Identité et Alterité dans la littérature et dans les arts. Nouvelles études d’Imagologie*, Bautista Naranjo, Esther (ed.). Editorial Comares, 201 pp.
- Ceballos Ramos, Enrique; Valdez Galván, Jaime, (comp.). *De Comala a Tijuana. Centenario de Rubén Vizcaíno Valencia (1919-2019)*. Archivo Histórico del municipio de Colima, 2020.

- Clavijero, Francisco Xavier. *Historia de la antigua o Baja California*. Editorial Porrúa, 1990 [1970].
- Hernández Quezada, Javier. *Lo mexicano en Paradiso*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), 2007.
- Marida Boadas, Aura; Navas de Pereira, Grauben Helena; Plaza, Jefferson; “La imagología literaria: una propuesta de aplicación”. *Núcleo*, 32-33, 2015-2016, pp. 137-170.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, 1980 [1950].
- Peyrot G., M. *Un viaje a Baja California*. Editorial Litorales, 1968.
- Rodríguez, Rafael M. (comp.). 1848-1998. *Génesis de una frontera*. Arquetipos Editores, 1998.
- Ruiz Dueñas, Jorge. *El desierto jubiloso*. Instituto Sudcaliforniano de Cultura (Archivo Histórico Pablo L. Martínez), 2013.
- Tibón, Gutierre. *Aventuras en México. 1937-1983. Con los elogios de los Estados desde Aguascalientes hasta Zacatecas, dos incursiones en el ExMéxico y un índice de más de 2600 nombres*. Editorial Diana, 1983.
- Trujillo Muñoz, Gabriel. *Los veneros de la memoria. Pioneros de las artes históricas en Baja California*. Gobierno del Estado de Baja California, 2024.
-
- _____. *Biblioteca Clásicos Cachanillas Tomo II*. México, Ediciones ILCSA, 2010.
- Walther Meade, Adalberto. *Origen de Mexicali*. Universidad Autónoma de Baja California, 1991.

TIJUANA: LA CIUDAD DE LOS NO LUGARES. EN BUSCA DE MEMORIA Y PATRIMONIO EN UNA URBE INDUSTRIAL FRONTERIZA

DAVID BENJAMÍN CASTILLO MURILLO

Introducción

Los centros de población de Baja California tienen su origen en el sistema misional establecido en primera instancia por los padres de la Compañía de Jesús encabezados por Juan María de Salvatierra, quienes lograron establecer la primera misión californiana en Loreto en 1697. De ahí se estableció un sistema misional que atraía a los nativos nómadas de la región, y era defendido por soldados establecidos en guarniciones militares denominadas presidios, (Del Río, 2000; Piñera, León Portilla, 2010). Dicho sistema misional fue presidido por jesuitas (1697-1768); franciscanos (1768-1771); y dominicos (1771-1840) respectivamente. Eventualmente algunas misiones de la Alta California dieron origen a ciudades como Los Ángeles, San Diego, y San Francisco. Sin embargo, los asentamientos en Baja California siguieron siendo más bien precarios.

Una vez consumada la independencia de México, se promulgó la ley de colonización que tuvo como objetivo poblar las vastas tierras californianas, para el desarrollo de ranchos. La intención era incentivar la productividad de la tierra por parte de colonos civiles, para dejar atrás de manera definitiva el modelo misional, (Zepeda, 2002: 178). En ese contexto, las autoridades civiles concedieron el ran-

cho Tía Juana a Santiago Argüello, teniente de la compañía presidial de San Diego, el 24 de marzo de 1829; era equivalente a 105 33 hectáreas. Luego vino la guerra del 47 con Estados Unidos, y tras el tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848, dicho rancho quedó dividido justo a la mitad por la línea fronteriza que divide a México de la Unión americana. La parte mexicana del rancho siguió siendo propiedad de Argüello, mientras que la otra mitad del lado estadounidense dio origen a un poblado conocido como Tía Juana, (Piñera, 2006: 311).

El rancho mexicano de Argüello, es el que dio origen a la actual ciudad de Tijuana, y el establecimiento de una aduana en 1874 habría de contribuir de manera notable a su desarrollo, y a darle su condición de espacio fronterizo, (Padilla, 2002: 212). La aduana en la zona del rancho Tijuana logró atraer a familias que dieron forma a un incipiente caserío. De igual manera el desarrollo de ciudades estadounidenses como San Diego influyeron en el desarrollo de Tijuana, pues era frecuente que sus habitantes cruzaran la frontera para venir a las aguas termales de Agua Caliente hacia fines del siglo XIX. En tanto, el rancho Tijuana, entró en litigio, lo que derivó en su fraccionamiento, para su posterior venta, dando origen al primer cuadro de la ciudad hacia 1891, donde destaca la calle Olvera, hoy avenida Revolución.

Las fracciones del rancho que heredaron los descendientes de Argüello fueron vendidas a ciertos personajes como Alejandro Savin, quienes impulsaron el comercio orientado a los turistas californianos a través de las llamadas *curios store*. De tal suerte que a principios del siglo XX, Tijuana ya tenía una vocación turística bien delineada, pues los estadounidenses llegaban a ver carreras de caballos, peleas de

box, comprar curiosidades, y bañarse en las aguas termales, además de jugar y beber sus cantinas (Piñera, 2006: 398). Luego llegaron empresas más grandes de California a fundar galgodromos, e hipódromos con hoteles y casinos (408).

Otro hecho que alimentó esta tendencia, fue la promulgación de la ley *Volstead* en 1919 que prohibía la producción, el transporte, venta y consumo de bebidas alcohólicas en Estados Unidos. Esta ley seca entró en vigor en 1920 y propició que las ciudades fronterizas de México, y particularmente Tijuana se convirtieran en abastecedoras de licor para los estadounidenses. Esto incentivó la proliferación de centros de diversión en la entonces pequeña población. De esta etapa, data el desarrollo del complejo turístico de Agua Caliente (1928) que llegó a ser conocido como el “Montecarlo de las Américas,” (Gómez Estrada, 2002; Ortiz Villacorta, 2004: 31).

Esta época fue clave para el desarrollo de Tijuana, por la gran afluencia de turismo y crecimiento demográfico, que terminó debido a la derogación de la ya mencionada “ley seca” en 1933, y con la llegada de la gran depresión, y el ascenso al poder de Lázaro Cárdenas, quien prohibió los casinos y juegos de azar en todo el territorio nacional. Para suplir los ingresos por turismo, se autorizó en esos mismos años la llamada zona libre que incentivó el comercio entre Tijuana y California. Luego, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial era frecuente que los militares estadounidenses acudieran a la ciudad fronteriza prodiga en todo tipo de diversiones; al mismo tiempo el programa bracero (1942-1965) (Zenteno, 1995: 113) aceleró la expansión demográfica en Tijuana, al ser hogar temporal de

aquellos que querían buscar una oportunidad de trabajo al “otro lado.”

Hacia 1965 termina el programa “Bracero” por lo que miles de mexicanos tuvieron que regresar de la Unión Americana mientras otros seguían llegando a Tijuana, por lo que el gobierno federal implementó el programa de industrialización fronteriza (PIF). Con ello se promovió la instalación de empresas extranjeras para aprovechar la importación y exportación de productos libres de aranceles, y se buscó darles empleo a los jornaleros recién llegados (Zenteno, 1995: 117). A pesar de los buenos resultados en cuanto a la generación de empleos, el desarrollo industrial de Tijuana se vio frenado con la recesión de Estados Unidos en la década de los setentas. No obstante, nuevos factores reactivaron la economía en la década siguiente, gracias al repunte económico en Estados Unidos, y a una mejor política cambiaria que le imprimió a la ciudad un acelerado crecimiento económico, que además impulso el turismo, el comercio y la industria de la construcción (Zenteno, 1995: 117).

Gracias a estas condiciones, continúan llegando migrantes de México, y de centro y Sudamérica, en busca mejores oportunidades. Algunos han llegado con la idea de intentar cruzar de manera clandestina a Estados Unidos en busca de un mejor futuro, y al no lograrlo han hecho de Tijuana su nuevo hogar. Todos estos elementos van configurando una ciudad en crecimiento constante desde los ochentas hasta la actualidad, donde florece un mundo de obreros, migrantes que buscan el sueño americano, polleros, migras, y familias que viven de este lado, y del otro. Tijuana aún hoy sigue siendo conocida por su leyenda negra que algo tiene de verdad (Berumen, 2003). Tampoco puede sosla-

yarse el problema de la violencia asociada al narcotráfico que detona sobre todo entre 1980 y 2024. Todo eso es cierto, aunque puede verse el otro lado de la moneda, en las oportunidades que ofrece la ciudad en términos laborales gracias a su todavía pujante economía.

Una ciudad en busca de su pasado y su patrimonio

Este breve preámbulo histórico sirve para explicar la naturaleza misma de una ciudad fronteriza como Tijuana, y su relación con el patrimonio. En una ciudad como Tijuana que tiene a lo sumo un poco más de 100 años de antigüedad, ¿Qué tipo de patrimonio histórico puede haber? Si nos remitimos al espacio más antiguo de la ciudad, en la zona centro se observan pocos espacios patrimoniales. Al respecto la Secretaría de cultura de Baja California tiene un listado patrimonial que es integrado por: el Parque Teniente Miguel Guerrero de Tijuana.- (31 enero 2014); el Ex-Palacio Municipal de Tijuana.- (31 enero 2014); la Ex-Escuela Álvaro Obregón de Tijuana (Casa de la Cultura de Tijuana).- (31 enero 2014); el “Burrocebra, Binomio Carreta-Burro”, Tijuana, B.C. (04 mayo 2018), y la Colección Fotográfica de Harry W. Crosby (18-junio-2021).¹⁴

El Artículo 3 de la Ley de Preservación del Patrimonio Cultural del Estado de Baja California publicada en el Periódico Oficial del Estado el 18 de Agosto de 1995, y modificada el 6 de noviembre de 1998, y 12 de septiembre de 2012, considera bien patrimonial, “Prevía declaratoria correspondiente, al conjunto de bienes y expresiones artísticas e intelectuales desarrollados en la entidad; la suma de obras de relevancia histórica, estética, arquitectónica, ur-

¹⁴ La lista puede consultarse en <http://www.icbc.gob.mx/Secciones/PatrimonioCultural>

banística, científica y tecnológica; el compendio de manifestaciones y prácticas sociales significativas desde el punto de vista de los valores y tradiciones populares, así como los bienes y zonas paleontológicas, arqueológicas, históricas y naturales de importancia para los habitantes del Estado”.¹⁵ Al respecto las autoridades competentes en la gestión del patrimonio cultural se integran en el Consejo del patrimonio cultural de Baja California, órgano pericial y de consulta adscrito al Instituto de cultura de Baja California, y en las comisiones de preservación del patrimonio domiciliado en cada municipio del Estado y bajo supervisión del Instituto de Cultura de Baja California (ICBC).

Incluso existen algunas políticas culturales desarrolladas desde instituciones que han sido y son pilares de la cultura bajacaliforniana, como la propia Universidad Autónoma de Baja California fundada en 1957; el Centro Cultural Tijuana (CECUT); El Programa Cultural de las Fronteras (PCF) que se puso en marcha en 1983; el Instituto de Cultura de Baja California (ICBC) organismo estatal creado en 1989, y el Instituto de Arte y Cultura Municipal (IMAC) fundado en 1999. A estas instituciones habría que agregar los esfuerzos de asociaciones civiles que buscan preservar la memoria histórica del Estado como La Sociedad de historia de Tijuana, El seminario de historia de Baja California, y las instituciones que reciben subvenciones públicas, como los archivos municipales y el Instituto de investigaciones históricas de la propia UABC fundado en 1975 gracias a la gestión de David Piñera y de Miguel León Portilla (Gruel Sánchez y Méndez Medina, 2023).

¹⁵ La lista puede consultarse en <http://www.icbc.gob.mx/Secciones/PatrimonioCultural>

No obstante, los esfuerzos institucionales desplegados, y sus enormes aportes al seno de la cultura estatal, las problemáticas y retos de una ciudad como Tijuana son enormes, pues dado su crecimiento hacia la zona este existe una clara necesidad de mayores espacios patrimoniales, al mismo tiempo hay una imposibilidad de sumar más espacios a la lista patrimonial debido a que se encuentran en manos de particulares. La idea es que historia y patrimonio siempre van de la mano, pues la difusión de la historia de la propia entidad y sus municipios constituyen una memoria patrimonial.

Cabe mencionar que existen esfuerzos particulares por difundir la historia de Tijuana y la necesidad de cuidar su patrimonio en redes sociales y en los medios locales. Tal es el caso de la promoción que realiza Fernando Escobedo, y Armando Aviakiam del emblemático Hotel Cesar del centro de Tijuana, donde se inventa la ensalada Cesar, platillo emblemático de la gastronomía local. También destaca a nivel divulgativo el canal en la plataforma *You tube* “Tijuana en el tiempo,” que ha dedicado varios capítulos a espacios emblemáticos de la ciudad, entre las que destaca el reportaje sobre la historia del centenario parque Teniente Miguel Guerrero; el dedicado a la estatua del padre Kino situado en Zona Río, del escultor Antonio Castellanos; otro dedicado al busto de Francisco Villa en el fraccionamiento de la Mesa, o el reportaje dedicado al arco, o acueducto situado sobre el Bulevar Díaz Ordaz, realizado por el arquitecto Enrique Luna Herrera hacia 1973.¹⁶

De igual manera, en el canal de *Tijuana en el Tiempo* existen reportajes sobre la historia del Auditorio de Tijuana

¹⁶ La dirección del canal *Tijuana en el tiempo* es: <https://www.youtube.com/@TijuanaenelTiempo911>

“Fausto Gutiérrez Moreno” inaugurado hacia 1960, y cuya obra estuvo a cargo del Ing. Juan Ojeda, de Roberto Salgado, y de Carlos Rubio Parra.¹⁷ También aparece en dicho canal el anuncio de un pequeño documental sobre la historia del Casino Agua Caliente, en colaboración con Fernando Escobedo y Armando Aviakiam anunciado como de próxima aparición;¹⁸ la historia del monumento a Cuauhtémoc obra del escultor Alfonso Casas Rubias instalado sobre el Paseo de los Héroes hacia 1975, así como la reseña de la instalación en 1981 del monumento a Abraham Lincoln sobre la misma vialidad, obra de Humberto Peraza, como símbolo de buena voluntad entre Tijuana y San Diego.¹⁹

Además, *Tijuana en el tiempo* elabora reportajes sobre la historia del parque museo Mexitlán, y se incluyen historias de las primeras colonias de Tijuana, así como semblanzas de la evolución histórica y urbanística de la ciudad. En este rubro destaca el capítulo sobre la desaparición de “Cartolandia” como parte de las obras de la canalización del Río Tijuana entre 1971 y 1974, que dio paso a la modernización del primer cuadro de la ciudad durante el gobierno de Luis Echeverría.²⁰ De hecho con la canalización se origina el Paseo de los Héroes en zona Río, donde se encuentran las glorietas con los monumentos al jesuita Eusebio Francisco Kino, al padre Hidalgo, al ya mencionado Cuauhtémoc, a

¹⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=scA7M-twTYE>

¹⁸ <https://www.youtube.com/watch?v=ISGAn7AzoMs>

¹⁹ <https://www.youtube.com/watch?v=65Q1aEb0-OY>

²⁰ <https://www.youtube.com/watch?v=CjidaUz3Yk0>

Lincoln, al general Ignacio Zaragoza, y a Lázaro Cárdenas respectivamente.²¹

Por lo anterior, lo que salta a la vista es que en Tijuana hace falta en primer lugar un inventario de los lugares patrimoniales de acuerdo a la legislación vigente, de hecho existen muchos espacios públicos, plazas, monumentos, y edificios que son de facto patrimonio de la ciudad y del Estado, y en todo caso habría que proteger los espacios privados susceptibles de ser considerados como patrimoniales. Este inventario patrimonial nos remite a lo que el historiador francés Maurice Agulhon (1994) llama el decorado urbano y la imaginiería cívica, pues plazas, monumentos, estatuas, nomenclaturas y edificios públicos integran la representación de un régimen político, y una idea de la historia de la nación.

En el caso de Tijuana, podemos ver al menos tres grandes ciclos de decorado urbano o estética urbana con su correspondiente desarrollo de infraestructura: el primero iría de 1920 a 1960, que es el de la vieja Tijuana, la del centro con sus turistas, curios, hoteles y casinos; la segunda etapa iría de 1960 al 2000 que es la del nacionalismo posrevolucionario, en la que se tuvo mayor conciencia patrimonial, y que hizo de la Zona Río una réplica del Paseo de la Reforma en la ciudad de México; y una tercera etapa que tiene su origen en el Programa maquila iniciado en 1965 hasta la fecha, que hizo de toda la Mesa de Otay un gigantesco parque industrial. Cabe destacar que es hacia 1977 cuando se instala el primer parque industrial denominado Ciudad

²¹ Al respecto véase el espléndido documental *Tijuana y su Río*, de Gabriel Arvizu sobre la canalización del Río Tijuana y la urbanización de los terrenos rescatados. Presentado el 8 de mayo de 2008 como tesis profesional en la Universidad de las Américas Puebla, para obtener el grado en licenciado en Ciencias de la Comunicación.

Industrial Nueva Tijuana (CINT), y de ahí en adelante este modelo se ha replicado sobre todo hacia la zona este de la ciudad.

Desde la década de 1980 las administraciones municipales, estatales, y federales se han concentrado en crear infraestructura para una ciudad en crecimiento industrial acelerado. Al respecto se puede ver el informe del Instituto Metropolitano de Planeación de Tijuana 2025, en donde se enumeran los servicios prestados en el área de salud, vivienda, infraestructura y movilidad, seguridad, educación y cultura, además de atención a la diversidad y a la inclusión.²²

En este caso, solo rescataré lo relativo a los servicios culturales del citado informen, pues tiene que ver con espacios patrimoniales, entre los que destacan El museo de historia de Tijuana, el Archivo histórico de la ciudad y las exposiciones en las galerías de la ciudad, además de la cartelera cultural del IMAC. Una interpretación somera de estos documentos, es que el esfuerzo permanente de las administraciones de los tres órdenes del gobierno está en el rubro de seguridad, infraestructura y movilidad, educación y servicios siendo un área pendiente la creación de una mayor red patrimonial para la ciudad, con miras a mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

Los no-lugares

La orientación industrial de la ciudad le dio su sello distintivo, y abrió todo un mercado de oportunidades para oleadas sucesivas de migrantes que han encontrado en Ti-

²² Puede consultarse en https://implan.tijuana.gob.mx/indicadores/pdf/Tijuana_Como_Estamos_2025.pdf; y así mismo el Pla estratégico municipal 2023-2037 en https://implan.tijuana.gob.mx/pdf/PEM_23-37_MII.pdf

juana, la fuente de su sustento, y esa oferta laboral debería de ir acompañada por una mayor oferta patrimonial. Por patrimonio no se alude aquí simplemente a los edificios antiguos de la ciudad, que debido a la naturaleza de Tijuana existen aquí en número exiguo, sino me remito al concepto de patrimonio en un sentido amplio, que incluye o debería de incluir espacios naturales, áreas deportivas, museos comunitarios, bibliotecas, y plazas públicas.

Es verdad, existen algunos parques que son enclaves fundamentales para la recreación y promoción del deporte en la ciudad, como el mismo Teniente Guerrero, el parque de la Amistad en la zona de Otay fundado en 1978, el parque Morelos fundado en 1987 ubicado sobre el bulevar insurgentes, y la reserva territorial de la UABC ubicada en la zona de la mesa de Otay. A esos parques hay que agregar el Esperanto situado alrededor de la presa Abelardo L. Rodríguez, y que se encuentra aún en construcción prometiendo ser el más grande el Estado, para atender justamente a la zona de la ciudad que está en mayor crecimiento y demanda de infraestructura pública. Entonces, ¿con esto basta? o ¿estamos pidiendo demasiada historia y patrimonio a una ciudad que tiene poco más de 100 años?

Habitar Tijuana, es habitar una ciudad fronteriza muy propia del capitalismo tardío, situada en la periferia del sistema mundial, por lo que mantiene características un tanto cuanto sombrías; aquí predomina lo precario y lo funcional. Aquí no hay ruinas majestuosas; ni plazas con fuentes; o calles empedradas como en las ciudades coloniales; ni palacios o museos como los que tiene la ciudad de México. No tiene la imagen de una gran urbe capitalista como Nueva York, construida y promovida por películas como *Manhattan* de Woody Allen, y que tienden a ser versiones

un tanto cuanto edulcoradas de la ciudad como reclama la banda Mecano en su clásico No hay Marcha en Nueva York.

Es verdad, Tijuana no tiene el glamour de las urbes mencionadas, pues en efecto prevalece en el imaginario colectivo la representación de una ciudad fronteriza marcada por la constante de la yerba, polvo, y plomo como reza el corrido de Los Cadetes de Linares. La fenomenología de lo tijuanense ha sido ya capturada por Heriberto Yépez en su *Tijuanologías* (2006), donde glosa pródigamente la percepción que han tenido múltiples autores sobre el curioso carácter de la ciudad donde comienza la patria. En dicho texto desfilan desde autores locales como el escritor Rafael Saavedra, y Federico Campbell, hasta el gran cronista de la vida nacional Carlos Monsiváis; además se incluyen teóricos como Néstor García Canclini entre otros, que ven a Tijuana como un gran “laboratorio” cultural de la modernidad tardía.

Yo mismo recuerdo mis días de infancia como un curioso observador de una urbe marcada por la velocidad del tráfico, por los migrantes esperando a cruzar por la “Liber” al otro lado, una vez librada la vigilancia de la *border patrol*, profusa de taquerías, y cuyo destino comercial era Plaza Río, la primera de tantas fundada en 1986 y quintaescencia de la vida cotidiana tijuanense, además del cruce al otro lado. Un amigo de la ciudad de México me decía, cuando pienso en Tijuana me imagino una escena de *Star Wars*, en la que Luke Skywalker entra a la Cantina de *Mos Eisley* en el planeta *Tatooine*, en donde no hay ley ni orden, un viejo oeste galáctico.

No obstante, al margen de recuerdos y percepciones, la realidad objetiva se impone, y entre cantinas, cruces al otro

lado con papeles y sin papeles, calafías, y otros lugares *non santos*, la maquila se abre paso en Tijuana desde la década de 1970. En este punto, la ciudad corre el riesgo de convertirse en un espacio proletarizado, en donde solo viven o sobreviven los obreros de las fábricas que proliferan en la ciudad. La creación del corredor 2000 Tijuana-Rosarito es parte de esta expansión maquiladora, y fue contemplado en el Plan de Desarrollo Estatal 1996-2001, con una extensión de 42 kilómetros; según una nota periodística de *La voz de la frontera* del 4 de agosto del 2019, la obra entró en operación hacia el 2006 durante el sexenio de Vicente Fox, pero nunca se terminó de acuerdo al proyecto inicial que contemplaba 8 carriles para la vía pública. Además no tiene alumbrado público en gran parte del bulevar, ni señalamientos de velocidad por lo que hasta la fecha son muy frecuentes los accidentes de tránsito; y por otro lado si bien el bulevar 2000 ha generado una integración entre Tijuana y Rosarito, a lo largo de su extensión ha proliferado los modelos habitacionales para trabajadores desarrollados por los grandes consorcios de la construcción, sin contemplar si quiera el tema del paisaje urbano y de la convivencia social.

Es de notar que desarrollos habitacionales como el fraccionamiento Natura ubicado justo sobre los alrededores del Bulevar 2000, requiere una mayor infraestructura patrimonial, que incluya no solo servicios y seguridad, sino lugares de convivencia y desarrollo cultural que hagan contrapeso a la alta proletarianización de esas zonas habitacionales en la que viven miles de obreros de las maquiladoras. Cualquiera que haya circulado por dicha vialidad habrá experimentado un cierto desasosiego, pues es imposible caminarlo; está pensado y diseñado para los miles de automóviles que circulan a diario por ahí, y que solo hacen alto para entrar en sus

respectivos fraccionamientos de destinos o privadas, o bien para hacer “vida” en algunas de las plazas comerciales de la zona que son el sello característico de la ciudad.

De ahí que los grandes bulevares de la ciudad parecen constituir un gran circuito hecho solo para automóviles y transporte público que solo se detienen en dos lugares emblemáticos de Tijuana: el fraccionamiento y sus privadas, y la plaza comercial. Estos espacios parece que solo se orientan al consumo y la movilidad al trabajo. Como señala Marshall Berman, siguiendo a Le Corbusier, el hombre moderno es el hombre del automóvil, no el de la calle como quiso Baudelaire (2004: 167).

Así prisioneros de estos circuitos deambulamos por una ciudad organizada para el trabajo y el consumo, donde todo es efímero, donde todo lo sólido se desvanece en el aire. En este sistema lo que se produce es la despersonalización del individuo, puesto que la calle y el barrio, son sustituidos por el bulvar que se convierte en un dispositivo generador de tráfico, y fuera del circuito urbano lo que existe son colonias ganadas a base de voluntad y necesidad a la compleja orografía de la ciudad que se caracteriza por sus cañones y cerros.

Al decir de Berman, la trágica ironía de la modernidad y sus comodidades, es que su triunfo ha contribuido a destruir la vida urbana (2004: 169). Es cierto, en Tijuana siempre hay trabajo, pero ¿y qué más? Cómo circulamos en la ciudad, cómo nos apropiamos de forma cotidiana del espacio, si no es esquivando el tráfico salvaje, o padeciendo la nula movilidad de la hora pico, además del congestionamiento provocado por aquellos que diariamente cruzan al “otro lado;” y por los tractocamiones que van de sus

fábricas a la garita para cruzar de manera incesante las mercancías al gran mercado estadounidense.

La vida industrial nos invade en la ciudad, no deja respiro ni espacio para una visión citadina más amable, y saludable; la ciudad se expande por y gracias al capitalismo que rige las vidas de todos los habitantes de la misma, incluso de aquellos que no tiene que ver con la maquila, pues al final toda la movilidad se compromete en amplias zonas de la ciudad debido a la proliferación de pesados remolques que terminan por paralizar las principales arterias de la urbe fronteriza. Algunos dirán que ese es el precio a pagar por la modernización industrial, y por volverse una ciudad extensión de la fábrica, en realidad una parte de la ciudad es eso, una simple extensión de la fábrica.

En lugar de espacios para hacer vida comunitaria o simplemente tomarse una pausa en este vértigo citadino, lo que tenemos en Tijuana son No lugares, para retomar el concepto del antropólogo francés Marc Augé (2000). Los No lugares, no tiene pasado, ni futuro, sólo representan el aquí y el ahora del andén para tomar el pasaje hacia otro No lugar. Los No lugares carecen de una carga emotiva, no tiene aura patrimonial, solo están ahí para cumplir su función, y una vez eliminados nadie los recordará, y tampoco se espera que estén ahí para que alguien los recuerde.

Los No lugares simplemente “son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta” (2000: 41). Por ejemplo, para Augé, París se ha ido transformando en una gran ciudad museo, sí es verdad, tiene mucho patrimo-

nio, pero la ciudad luz no se dedica a contemplar el pasado, sino a trabajar y a mover a sus habitantes a gran velocidad a través de circuitos de productividad, como la autopista, el tren, el andén, el supermercado, el aeropuerto, y el bulevar. Ninguno de estos espacios es patrimonio del ciudadano, sino del mercado como bien señala Pierre Bourdieu al hablar de la lógica de los bienes raíces, que se rige por la búsqueda exclusiva de la ganancia en la venta de casas (2006).

Como dice Marshall Berman de manera incesante en su texto, el *leit motiv* del capitalismo es que todo lo sólido se desvanece en el aire, el dinamismo incesante de la industrialización termina por colonizar todo el espacio urbano para volverlo funcional al sistema productivo, y lo que no es desechado. El propio Berman alude al urbicidio que sufrió Nueva York con la destrucción del sur del Bronx durante la década de los sesentas, y que se debió en parte a una lógica de modernización productiva, misma que impulsó antes la destrucción de los antiguos barrios de París durante la era de Haussman, para construir una extensa red de bulevares como ha documentado notablemente David Harvey (2006).

Por su parte en su texto clásico sobre la vida y muerte de las ciudades americanas, Jane Jacobs (2011) protesta en contra de ciertos procesos urbanísticos que lentamente han barrido con la vida comunitaria, y con las formas de convivencia social típicas de los barrios americanos. Para Jacobs, el urbanismo funcional pensado por autores como Le Corbusier terminaron por hacer de las ciudades modernas, lugares fríos, impersonales, miserables, e inseguros. En su lugar, debería de haber espacios residenciales más heterogéneos, no por ello menos funcionales, diría Jacob, incluso más orgánicos. En suma, Jacob cuestiona acremen-

te todo el desarrollo urbanístico de la posguerra que hoy padecemos, paradójicamente la teoría urbanista moderna, nos dice Jacob está pensada desde una perspectiva científica y no humanista, creando esos espacios urbanos que parecen contenedores de mercancía en los que se supone deben vivir seres humanos.

Por eso Michel De Certeau se pronunciaba a favor de ocupar el espacio urbano, como parte de una estrategia consciente del sujeto que se revela en contra de un sistema urbanístico que se desdobra en dispositivos panópticos (1996: 108). En el caso tijuanense, esos dispositivos se materializan en las llamadas privadas o fraccionamientos cerrados, que constituyen una expresión de la inseguridad latente que se ha vivido durante décadas en la ciudad. Es común que el acceso a los numerosos fraccionamientos y a las propias privadas estén bajo control de guardias o de mecanismos remotos de apertura, dotados de cámaras de vigilancia como rasgos de un desarrollo urbano panóptico fallido, porque esos lugares solo sirve como dormitorios supuestamente seguros para aquellos que están destinados a trabajar, y consumir, desplazándose por bulevares y avenidas altamente congestionadas de forma cotidiana. Este modelo de urbanización propio de las ciudades fronterizas del norte de México, y sus efectos ha sido estudiado por Jesús Ángel Enríquez Acosta (1997, 2010), dejando entrever que es la inseguridad el principal factor que guía este estilo de vivienda. Este fenómeno no es exclusivo de Tijuana, y en realidad es un modelo de suburbio ya extendido a nivel global, que tiende a separar en clases a la población de una ciudad, al mismo tiempo que aísla, segrega, fragmenta y excluye a sus habitantes, como señalan Ellin Nan (1995) y Amendola (2000), respectivamente.

El otro espacio predilecto para el consumo es la plaza comercial, el *Mall*, herencia del *American Way of Life*, donde se condensa en un mismo No lugar, el exhibicionismo, el fetichismo, el voyeurismo, y el narcicismo del que somos presas en esta era del vacío, como señala Lipovestky. Ir de *Shopping* a las plazas comerciales, si es que no se cruza al otro lado, es una forma de gestionar el tiempo de ocio en la ciudad, y a decir de Inés Cornejo (2007), el centro o plaza comercial condensa múltiples experiencias y etiquetas, como objeto-monumento, micro-ciudad, catedral del consumo, ciudad perfecta, en donde uno puede descubrir que en realidad dicho espacio está vacío, repleto de cosas, pero completamente vacío, en donde uno siempre encuentra siempre las mismas cosas, y el mismo vacío.

Aquí en Tijuana, lo cotidiano se resuelve en esquivar el tráfico, y evitar el congestionamiento, y en huir hacia algunos pocos oasis que posee la ciudad-maquila. Sobre las vías del subdesarrollo perenne, Tijuana ofrece la fuerza laboral al capital, y queda muy atrás la vieja ciudad de cantinas, y casinos; y del nacionalismo revolucionario con su Paseo de los Héroes vigilado por el último Tlatoani mexicana, Cuauhtémoc. Incluso numerosos autores contemporáneos observan a Tijuana con gran curiosidad, a veces un tanto morbosa, pero no por su patrimonio, sino por su peculiar apariencia. Parecen decirnos que vivir en Tijuana no es tan malo, porque tiene algo *Kitsch* en su paisaje urbano, no obstante al margen de estas lecturas lo que prevalece realmente como imagen de la ciudad, o estructura visual, para retomar la noción clásica del urbanista Kevin Lynch (1960; 1998), es el circuito de avenidas que conecta los parques industriales con los fraccionamientos cerrados, las plazas y las viejas colonias de la ciudad.

Al margen de estas perspectivas, lo que nos hace falta a quienes habitamos la urbe fronteriza son espacios para mejorar la calidad de vida, y son esos espacios los que deben ser patrimonializables. Dicho de otra forma, tenemos patrimonio, y lugares patrimonializables, pero no en número y tamaño como el de otras grandes urbes con gran infraestructura y un legado histórico, lo cual resulta lógico debido a la muy reciente fundación de la urbe fronteriza. Entonces ¿se trata solo de esperar a que la ciudad envejezca? o bien ¿debemos resignarnos a vivir en un entorno hostil, carente de vida? Si no tenemos suficiente patrimonio para hacer de la ciudad industrial un mejor lugar para vivir, habría que inventarlo.

De la invención de las tradiciones nacionales, a la conciencia presentista

El historiador inglés Eric Hobsbawm habló en su momento de la invención de la tradición en el contexto de la formación de los Estados nacionales en el siglo XIX. Es decir en nuestras sociedades modernas hay una serie de prácticas que parecen ser muy antiguas y venidas de una historia remota, pero que en realidad son muy recientes. Hobsbawm señala que la tradición inventada implica “un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado” (2012: 8). En este caso, “Inventar tradiciones, como se asume aquí, es esencialmente un proceso de formalización y ritualización, caracterizado por la referencia al pasado, aunque solo sea al imponer la repetición” (8).

Por supuesto que las tradiciones no necesariamente pueden volverse patrimonio, pero muchas de ellas sí son consideradas patrimonio cultural intangible, al respecto Hobsbawm señala que “Estas tradiciones inventadas parecen pertenecer a tres tipos superpuestos: a) las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales; b) las que establecen o legitiman instituciones, estatus, o relaciones de autoridad, y c) las que tienen como principal objetivo la socialización, el inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones relacionadas con el comportamiento” (16). En términos más claros, Hobsbawm considera que los rituales cívicos inventados por el Estado nacional, son parte de una “tradición” inventada, y cita el caso de la tercera república francesa en la que se inaugura la manía de erigir monumentos entre 1875-1914, siendo el sello de los municipios radicales la imagen de Marianne, la figura alegórica de la república francesa representada por una mujer que porta un gorro frigio.

Como ha dicho Agulhon, la ciudad se viste con los ropajes de la memoria, a través de plazas, nomenclaturas de calles y edificios, monumentos y estatuas, pues luego de la lucha política en el marco nacional, el bando ganador de la contienda política utiliza estos objetos como símbolos históricos que reivindican los hechos gloriosos del pasado, de la nación, y terminan por volverse herencia para los que vienen atrás, o sea patrimonio. De hecho, en la propia Francia de la segunda mitad del siglo, se atestigua el advenimiento de una era de la conmemoración y de una fiesta patrimonialista. Su principal heraldo es sin duda Pierre Nora, quien en su monumental *Les Lieux de mémoire*, da cuenta de cómo lentamente se va sustituyendo a la historiografía

profesional, por la pulsión conmemoracionista del Estado francés. Para Nora, la memoria es una condensación de la experiencia colectiva, que se aleja de la reconstrucción del pasado incompleta, problemática, e indirecta realizada por el historiador (1992: 21). La colectividad necesita, a decir de Nora, de un lugar en donde anclar esa memoria que actúa a espaldas de la historia, pues la historiografía ha ido perdiendo peso en las sociedades modernas. En su lugar queda la costumbre de celebrar, ritualizar, honrar y recordar lo pasado sin que estas prácticas heterogéneas pasen por el rasero de la academia.

En sus ensayos introductorios a *Les Lieux de mémoire*, Nora señala que “Los lugares de memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, de que hay que crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, labrar actas, porque esas operaciones no son naturales” (25). Lo que constituye ese lugar de memoria son los restos, dice Nora, y eso es justamente lo que ahora se vuelve patrimonio. Antes el patrimonio era la herencia de los padres, y luego de la Convención del Patrimonio mundial de 1972 se pasó de valorar a los monumentos históricos como patrimonio, a considerar prácticamente toda actividad como patrimonio, y eso incluye a las tradiciones culturales intangibles.

A pesar de esta distinción tan amplia de lo patrimonial, los lugares de memoria están muy ligados a la difusión de una idea del pasado por parte del Estado nacional, y son a decir de Nora, otra historia asociada a ciclos de rememoración instaurados por el propio Estado que prescinde del historiador. Nora mismo habla de grandes acontecimientos que marcan el rumbo de una comunidad nacional y que casi siempre generan un espacio simbólico, un lugar-me-

morial. Los lugares de memoria se identifican por ser aquellos espacios en los que se le rinde culto a los muertos, y lo relacionado con el patrimonio, es “todo lo que administra la presencia del pasado en el presente” (35). Incluso Nora, coincide con Hobsbawm en que ante la necesidad política en la coyuntura de la formación del Estado nacional, hubo que inventar un pasado rápidamente (40). De ahí en adelante, toda memoria patrimonial se va traslapando en el propio espacio urbano, al pasar de un régimen político a otro. Por lo tanto un lugar de memoria debe cumplir a decir de Nora con tres cualidades “Son lugares, efectivamente, en los tres sentidos de la palabra, material, simbólico y funcional, pero simultáneamente en grados diversos” (33).

En ese horizonte, Nora recupera en su proyecto la noción de memoria-patrimonio, cuyo eje fue desarrollar “el inventario de los principales «lugares», en todos los sentidos de la palabra, en los que se había anclado la memoria nacional, una amplia topología de la simbólica francesa” (104). Con su obra, Nora da un paso más allá de Hobsbawm y de Agulhon, pues une en una misma dimensión, patrimonio, memoria y espacio, al señalar que los lugares de memoria se vinculan con la memoria nacional gracias a que tienen una dimensión simbólica y están al servicio del calendario estatal de conmemoraciones.

En efecto, las conmemoraciones detonan una explosión cíclica de rituales y festejos en plazas públicas que cubren como avalancha el hexágono francés, seguida por múltiples exposiciones, obras de teatros, memoriales, además de una creciente panteonización de personajes que engrosan la lista de héroes nacionales a los que se les rinde culto mediante los homenajes oficiales. Agreguemos dice Nora, los aniversarios que también se traducen en actos políticos de

reivindicación atravesados por las luchas en el campo de la memoria que libran en la Francia de la posguerra, Gaullistas y nacionalistas de Vichy.

A decir de Nora, la conmemoración patrimonialista se apodera del escenario cultural francés, llueve sobre mojado, pues se suceden uno detrás de otro aniversarios, bicentenarios, y nuevos aniversarios que sobrecargan el escenario público, al que se agrega la heroicización del héroe muy propia de esta reiteración conmemoracionista que parece ser el sello de la Francia de la posguerra ansiosa por conmemorar lo conmemorado.

Estas conmemoraciones oficiales terminan por volverse mecanismos de autoafirmación y representación de lo nacional. Por ejemplo en la Francia decimonónica puede observarse “Como la conmemoración clásica sobre la ceremonia, el patrimonio se había cristalizado, desde hacía un siglo y medio, en el «monumento histórico», testimonio irrecusable de un pasado superado y amenazado que la colectividad nacional reconocía y designaba así como representativo de su identidad” (188). Para Pierre Nora, la eclosión conmemorativa es el signo del agotamiento del proyecto nacional que está muerto, y no volverá.

Cuando Nora dirige su obra en la década de 1980, el momento nacionalista está en crisis o absorbido por los proyectos globalistas, lo que sumió a la historia en una profunda crisis de relevancia social, primero porque el destino de la nación que hunde sus raíces en un pasado muy remoto, se compromete con el derrumbe de los proyectos emancipatorios de la modernidad, y solo deja activo un presente extendido en el que el ciudadano abandona la historia, y se deja llevar por lo inmediato regresando a los viejos hábitos de la memoria. Lo nacional se descompone en lo global,

transnacional, digital, virtual que es efímero, y el consumo inmediato y desechable. La memoria de lo nacional que sustituye a la historia nacional, es el signo de la transición de una historia nacional a una conciencia temporal que Françoise Hartog ha denominado presentista (2007).

El modelo nacionalista francés se exportó al resto del mundo, y para el caso mexicano, el siglo XIX delinea el nuevo Estado nación en el que van competir distintas versiones del pasado “nacional.” Como dice Edmundo O’ Gorman (2018), el mexicano debió renunciar a su herencia monárquica que prevaleció en la antigua Nueva España durante tres siglos de dominación hispánica. Lo más natural, nos dice O’ Gorman, hubiera sido continuar con una tradición monárquica en la nueva nación, pero una facción de la elite criolla decidió inventar una nueva comunidad, y una nueva tradición política siguiendo el ejemplo estadounidense y francés. En eso consistió el trauma de la historia nacional, pues quisimos seguir siendo fieles a una tradición, a una herencia, y al mismo tiempo buscamos abrazar la modernidad de la América inglesa.

Luego de múltiples experimentos políticos y varias intervenciones extranjeras, la república y sus tradiciones, junto con su panteón de héroes se abrieron paso a sangre y fuego. Ya durante el Porfiriato triunfa una idea de república, con sus lugares de memoria y su culto a los héroes entre los que destacan Hidalgo, y Juárez. Mientras que los villanos de la historia nacional fueron los contrarios a la idea republicana de gobierno: Iturbide, Santa Anna, La iglesia católica, y Maximiliano. Como señala Florescano (1997; 2002) el Estado mexicano se define políticamente como una república laica con su división de poderes, y una idea de nación mestiza impulsada por sus intelectuales como Riva

Palacio, Molina Enríquez, Gamio y Vasconcelos, quienes excluyeron el elemento nativo de su visión nacionalista.

A esta primera concepción de lo nacional devenida en hegemónica habría que agregar las impronta del nacionalismo revolucionario que acentúa su versión mestizofila de lo nacional reduciendo a las etnias originarias a un papel ornamental en la memoria nacional, o incluso idealizado como sucede con la mestizofilia divulgada por el mismo Vasconcelos y otros intelectuales ligados a la Revolución mexicana, donde la eclosión de lo rural y lo popular alcanza lo patrimonial al decorarse múltiples edificios y plazas con toda clase de elementos simbólicos que recuerdan el triunfo del pueblo sobre la dictadura porfirista. La exaltación de lo rural, de lo mestizo y popular será la nueva imagen de la patria, ya durante el periodo del nacionalismo revolucionario que tendrá su apogeo entre 1940 y 1970 aproximadamente (Basave, 2011; Palacios, 1999).

Retomando la idea del decorado urbano de Tijuana, habría que decir que esa huella nacionalista es lo que permanece en su forma espacial y por lo tanto patrimonial ya referenciada en los apartados anteriores. Lo que permanece en la región como expresión de una memoria nacional determinada por un calendario cívico, por una serie de espacios simbólicos, y por un conjunto de tradiciones pretenden evidenciar lo nacional aquí en la frontera, donde empieza la patria.

La principal herencia nacionalista entonces se manifiesta en un culto republicano a los héroes que nos dieron patria, junto a los desfiles del 16 de septiembre, y del 20 de noviembre, la ceremonia del grito, el culto a la bandera, la recitación de su juramento, y la entonación del himno nacional en ceremonias cívicas (Florescano, 2000; 2005). Así

mismo estas expresiones nacionalistas se pueden observar en particular en las escuelas públicas de la región donde se honra a la patria según las efemérides oficiales mediante las ceremonias ya referidas, además de estudiar el presente bajacaliforniano y la historia nacional a través de los libros de texto gratuitos.

Si bien como he venido señalando hasta aquí, Tijuana es una urbe definida como fronteriza e industrial que tiene patrimonio histórico, cultural y natural, en definitiva necesita seguir ampliando el abanico de bienes patrimoniales pues en esta coyuntura específica enfrenta la erosión de la memoria regional y nacional. Es verdad que hay un esfuerzo constante y palpable en la construcción y promoción de una identidad regional a través de la historia que arranca a instancias del entonces gobernador de Baja California Braulio Maldonado, quien promovió el primer congreso de historia regional en 1956, continuado por el ya mencionado Instituto de investigaciones históricas de la UABC, a instancias de David Piñera y de Miguel león Portilla coadyuvando desde entonces a formar una identidad regional que devino en estatal, siguiendo el modelo de Luis González y González. Para tales efectos, el mismo Piñera dirigió la mayor empresa de síntesis de la historia de la región hasta la fecha: *Visión histórica de la frontera norte de México* (1987).

No obstante, y a pesar de estos esfuerzos, parece ocurrir en México, una réplica del caso francés en donde predomina la memoria conmemoracionista, en términos ritualistas. A decir de Enrique Florescano, desde 1960 enfrentamos en nuestro ejemplo, la evanescencia y colapso de las imágenes de la patria y de la nación, y yo agregaría por extensión de sus políticas patrimoniales. Hay en este plano una crisis nacionalista que ya han visualizado algunos autores como

Roger Bartra y Claudio Lomnitz, que se ha agudizado al correr de la décadas; hoy lo que tenemos es una inercia nacionalista que sigue un guión republicano y laico, que dicta el orden y la representación de la memoria nacional y sus conmemoraciones y espacios patrimoniales a lo largo y ancho del país, pero que luce desgastado, cuando no rebasado en nuestro actual horizonte.

El problema en Tijuana es que tenemos pocos lugares de memoria, y escaso patrimonio, y solo nos queda como verdadera herencia una inercia nacionalista y regionalista, mientras proliferan los no-lugares. Estos espacios se caracterizan por ser huecos, anónimos, y efímeros, y constituyen la extensión de una lógica de consumo y productividad; al mismo tiempo que generan una experiencia de habitar la ciudad definida por lo impersonal, lo anónimo, la proletarización y la inseguridad. Parece como si Tijuana fuese condenada a trabajar incesantemente, priorizando siempre el consumo y la producción.

La calidad de vida de una ciudad se mide por su infraestructura, servicios, seguridad, áreas verdes, acceso a vivienda y oferta educacional y cultural. En todos estos rubros hace falta un mejoramiento, si bien el panorama no es tan oscuro, estamos pues frente a una crisis que parece ser sistémica. Ante el agotamiento de una conciencia histórica, emerge una conciencia presentista que impone un nuevo decorado urbano y una gestión del espacio condicionada la productividad y los intereses del mercado. Los factores que han determinado el abandono de lo patrimonial y lo histórico como claves para un desarrollo urbano en Tijuana no están del todo claras, ni siquiera en México, pero este proceso se va acentuando con la crisis nacionalista y del Estado nacional, a la par de la desregulación de los mercados,

y la influencia del proyecto globalizador en las políticas públicas nacionales.

Tijuana misma está atravesada por lo transnacional, por ser el umbral o antesala de otros mundos; quiero enfatizar que la crisis de lo nacional impacta directamente en la dimensión patrimonial en la escena local, pues sin una política nacionalista y patrimonialista, el desarrollo urbano queda a merced de los intereses del mercado que define el modelo urbano. Precisamente crear espacios de recreación, áreas verdes y recintos culturales son parte de una infraestructura urbana que se vuelve patrimonializable, y al mismo tiempo deberíamos de preparar a las nuevas generaciones para el cuidado de dicho patrimonio.

Esta conciencia patrimonial no es natural, es algo que debemos producir tal y como señala la historiadora neerlandesa María Grever al señalar que es fundamental enseñar en la escuela pública a valorar el patrimonio. No solo se trata de recordar el pasado en su forma de memoria identitaria o patrimonial sino de darle a esa memoria patrimonial un filo crítico. La idea es recordar críticamente el pasado, para conectarlo con las problemáticas de nuestro presente. Para Grever, la memoria patrimonial enseña que la conformación nacional tiene diferentes fuentes étnicas, y que en el caso neerlandés, el comercio de esclavos dejó descendientes entre la población actual, pero que dicho comercio no fue ético ni justo con aquellos seres humanos que fueron esclavizados. Desde esta perspectiva, el patrimonio serviría por ejemplo para ver cómo ha cambiado la perspectiva que tenemos hoy en día sobre diversos hechos del pasado en el presente (Von Boxtel, Grever y Klein, 2015: 46).

Las estatuas por ejemplo erigidas a antiguos comerciantes de esclavos, deberán ser entendidas como producto de

su tiempo, o incluso personajes tradicionales como *Zwarte Pieten*, representado como el ayudante “negro” de Santa Claus, han sido objetos de acres controversias. Estos debates se han replicado en las Californias a propósito de la canonización de fray Junípero Serra, considerado por los grupos nativos como un símbolo de la esclavitud y del imperialismo hispánico, mientras que para los católicos, Serra es el apóstol de California, fundador de 21 misiones y civilizador de estas tierras. Lo claro es que esta forma de educación patrimonial busca salir de las conmemoraciones clásicas de la memoria nacional, y de las inercias nacionalistas como las que imperan en muchas naciones de Occidente.

En suma, tenemos patrimonio pero necesitamos crear más para tener una mejor calidad de vida, y para enseñar a las nuevas generaciones a preservarlo, no solo el de carácter histórico, también debe ser incluido el natural ahora que el agua escasea en nuestra región. Estas intenciones suponen un reto mayúsculo, la enseñanza de la historia y el patrimonio se han relacionado con la formación de una identidad estatal y nacional, no obstante hoy en día estas materias deberían reorientarse a forma una conciencia ciudadana comprometida con el cuidado del medio ambiente, y de la infraestructura urbana, pues esa es la tendencia internacional. Si se quiere, esta propuesta es un tanto romántica, pero el idealismo sigue siendo una forma de resistencia frente a las imposiciones sistémicas.

Como ha dicho el propio Pierre Nora, y Françoise Hartog, hoy en día experimentamos una crisis de la conciencia histórica, y por ello no existe en el horizonte una idea patrimonial, sólo prevalece una concepción materialista y funcionalista del espacio urbano. El reto pues, consiste en

enseñar historia y crear patrimonio en una era en donde todo lo sólido se desvanece en el aire.

Referencias

- Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, 2000.
- Amendola, Giandomenico. *La ciudad posmoderna*, Madrid, Celeste Ediciones, 2000.
- Agulhon, Maurice. *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, Instituto Mora, 1994.
- Basave, Agustín. *México Mestizo: Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia*, FCE, 2011.
- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, 2004.
- Berumen Humberto Félix, Tijuana la horrible: entre la historia y el mito. UABC/Plaza y Valdés, 2003.
- Cornejo Portugal, Inés. *El lugar de los encuentros. Comunicación y cultura en un centro comercial*, UIA, 2007.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano I. Artes del hacer*. UIA/ITESO, 1996.
- Del Río, Ignacio. *Breve historia de Baja California sur*. El Colegio de México, 2000.
- Enríquez Acosta, Jesús Ángel. "Ciudad de muros. Socialización y tipología de las urbanizaciones cerradas en Tijuana." *En Frontera norte*, vol.19 no.38 México jul/dic. 2007.
- Enríquez Acosta, Jesús Ángel. *Entre el miedo y la distinción. Los fraccionamientos cerrados en la frontera noroeste de México*. Cengage Learning Editores, 2010.
- Ellin, Nan. *Architecture of Fear*. Princeton Architectural Press, 1995.

- Florescano, Enrique. *Etnia, estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas en México*. Aguilar, 1997.
- . *La bandera mexicana: breve historia de su formación y simbolismo*. Taurus, 2000.
- . *Historia De Las Historias De La Nación Mexicana*, Taurus, 2002.
- . *Imágenes de la patria a través de los siglos*, Taurus, 2005.
- Gómez Estrada, José Alfredo. *Gobierno y casinos. El origen de la riqueza de Abelardo L. Rodríguez*, Instituto Moral UABC, 2004.
- Gruel Sandez, Víctor Manuel, y Méndez Medina Diana. “El Seminario de Historia de Baja California: historia profesional e institucionalización regional en México, 1980-2000” (pp. 19-53). En Diana L. Méndez y Sara Musotti (coord.). *Tendencias en la historiografía bajacaliforniana del siglo XXI* [recurso electrónico]. Universidad Autónoma de Baja California, 2023.
- Hartog, Françoise. *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias de tiempo*. UIA, 2007.
- Harvey, David. *Paris, capital de la modernidad*. Akal, 2006.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence. *La invención de la tradición*. Crítica, 2012.
- Jacob, Jane. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Capitán Swing, 2011.
- León-Portilla, Miguel y Piñera Ramírez, David. *Baja California. Historia breve*. FCE, 2010.
- Lynch Kevin (2008). *La imagen de la ciudad*, Gustavo Gili.
- Martínez Zepeda, Jorge. “Fundación de ranchos y colonización civil en la frontera, 1822-1848”. En Catalina Velázquez Morales. *Baja California: un presente con historia, tomo I*. UABC, 2002.

- Nora, Pierre. *Pierre Nora en Le Lieu de mémoire*. Trilce, 1992.
- O'Gorman, Edmundo. *La supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*. UNAM, 2018.
- Ortiz Villacorta, Mario. *Breve Historia de Tijuana*. Ed. Ilc-sa, 2004.
- Palacios, Guillermo. *La pluma y el arado: los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934*. El Colegio de México, 1999.
- Padilla Corona, Antonio. "Escenario político en el partido norte, 1848-1882". En Catalina Velázquez Morales. *Baja California: un presente con historia, tomo I*. UABC, 2002.
- Piñera Ramírez, David. *Los orígenes de las poblaciones de Baja California. Factores externos, nacionales y locales*. UABC, 2006.
- Von Boxtel, Carla; Grever, Maria y Klein, Stephan. "Heritage as a Resource for Enhancing and Assessing Historical Thinking". En Kadriye Ercikan y Peter Seixas. *New Directions in Assessing Historical Thinking*. Routledge, 2015.
- Yépez, Heriberto. *Tijuanologías*. Libros del umbral/UABC, 2006.
- Zenteno Quintero, Rene Martin. "Del rancho de la Tía Juana a Tijuana: una breve historia de desarrollo y población en la frontera norte de México". *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 10, 1. Enero-abril, 1995.

INGLÉS Y ESTILOS DE VIDA EN LA FRONTERA

LILIANA LANZ VALLEJO

ALFREDO MARTÍNEZ ALVARADO

Introducción

El inglés es la lengua más aprendida en el mundo. Tan es así que la cantidad de hablantes de segunda lengua del inglés triplica la cantidad de hablantes nativos concentrados en Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, Australia, Irlanda y Nueva Zelanda, los países angloparlantes. Esto, por supuesto, no es una casualidad. Según cálculos de la Universidad de Winnipeg, el inglés es asignatura obligatoria en el sistema educativo de 146 países en el mundo y optativa en el de 41 otros (University of Winnipeg). Se reporta que existen 1,528 millones de hablantes de inglés como segunda lengua, mientras que solo existen 390 millones de hablantes nativos de inglés a nivel mundial (Eberhard et al., 2025). Esto supera al chino mandarín que, aunque tiene 941 millones de hablantes nativos, solo cuenta con 199 millones de hablantes de segunda lengua. Si los cálculos de Ethnologue son correctos, entonces el inglés es hablado por aproximadamente el 18% de la población mundial.

Se entienden por “bilingües” a las personas que hablan dos o más lenguas —o dialectos— en sus vidas cotidianas (Grosjean, 2010: 4). Existen muchas razones por las que las personas son bilingües. Una de ellas es la educación,

como se sugirió anteriormente; pero también la migración; la influencia de los padres, familiares, parejas o amigos; el consumo de medios de comunicación; las exigencias del trabajo; el contacto con personas de otras culturas; la contigüidad de países o regiones donde se hablan más de una lengua, entre otros (Mackey). La proximidad geográfica, por caso, es uno de los factores que se consideran más determinantes, aunque no lo es del todo y asumirlo así podría ser engañoso.

En la actualidad, el contacto lingüístico supera cualquier geografía gracias a la globalización y las formas masificadas de comunicación. Los medios masivos de comunicación y de entretenimiento introducen dinámicas lingüísticas complejas que también calan hondo en la vida cotidiana de muchas personas. Considérense las series, películas, canciones y videojuegos estadounidenses en inglés, por ejemplo, mediante el que millones de personas alrededor del mundo entran en contacto con la cultura norteamericana y se familiarizan con sus repertorios lingüísticos y semióticos trans-territorialmente. Esto último, aunque ha sido mencionado como factor circunstancial en los estudios de bilingüismo (Fishman, 2001; Grosjean, 2010; Mackey, 2001), apenas está siendo estudiado en mayor profundidad desde disciplinas como la sociolingüística y los estudios culturales.

En Tijuana es sencillo dejarse impresionar por lo que se percibe como un muy dominante papel del inglés; sin embargo, se podrá notar que, aunado a esa dinámica, coexisten muchas otras igualmente complejas que podrían pasar desapercibidas. En este capítulo, se explorará el papel de los medios masivos de comunicación, el consumo de entretenimiento y el peso de la clase social y el estatus migratorio en relación con el dominio del inglés en esta frontera en el

contexto universitario de la Universidad Autónoma de Baja California.

El inglés en Tijuana

Es cierto que el inglés tiene un papel muy particular en la ciudad de Tijuana. En algunas zonas, por ejemplo, abundan letreros y anuncios en inglés o se puede escuchar a personas hablando inglés en las plazas y supermercados, dependiendo su giro comercial. Con ello, cualquiera puede llevarse la falsa impresión de que en Tijuana abundan también los hablantes de inglés o que la mayoría de la población lo domina porque en la ciudad hay muchas oportunidades de interacción con los estadounidenses y su cultura. ¿Pero es verdaderamente así? ¿Acaso todos los tijuanenses tienen las mismas oportunidades de interacción con la frontera sencillamente por residir justo al lado de los Estados Unidos?

Un estudio realizado por Bustamante en seis ciudades mexicanas donde se habla inglés —tres fronterizas, dos turísticas y dos del interior del país— concluyó que la identidad étnica y el apego a valores tradicionales mexicanos se atribuían más a “diferencias de clase social dentro de una misma ciudad que a la proximidad geográfica con Estados Unidos de la residencia habitual de los entrevistados” (Bustamante, 2004: 177). Se sugiere con ello que, independientemente de la ciudad, las clases altas son las más inclinadas a destinar recursos para aprender inglés, sobre todo porque perciben como asequible hacer diversas actividades en Estados Unidos o en el extranjero; al contrario, por ejemplo, de alguien que considera que tiene pocas oportunidades de visitar o desarrollarse allá.

Una muestra clara del impacto de las clases sociales en la adquisición del inglés es la preferencia de la clase alta por las escuelas privadas, que todavía se destacan por conceder una mayor importancia y esfuerzos por inculcar el inglés en comparación con las escuelas públicas en México. Un estudio realizado en Oaxaca que analiza si el programa nacional de enseñanza del inglés en escuelas públicas de México realmente contribuye a la movilidad social de estudiantes de clase trabajadora —en comparación con escuelas privadas de clase media— concluye que este no garantiza por sí mismo la movilidad social, sino que se integra a pedagogías estratificadas según clase social, reproduciendo desigualdades ya existentes (Sayer, 2018). El estatus socioeconómico influye inclusive cuando se trata de la metodología utilizada para aprender inglés. Otro estudio en Asturias, España, investiga si el estatus de los estudiantes influye en su desempeño académico en programas bilingües tipo CLIL (*Content and Language Integrated Learning*) y demuestra que no solo influye significativamente en el rendimiento académico, sino que ese efecto persiste incluso en diferentes pedagogías que pretenden subsanar esas limitaciones (Fernández Sanjurjo et al., 2018).

La cuestión de la clase social también impacta sobre el tipo de estatus migratorio que cada habitante de Tijuana y de la frontera tiene. Para cruzar a la frontera, es necesario contar ya sea con ciudadanía americana, permiso de residencia o algún tipo de visa que faculte para viajar, estudiar o trabajar; pero son solo las clases altas y media-altas las que consiguen reunir los requisitos para obtener estos permisos, de ahí que tantas personas se queden varadas en la frontera o que traten de ingresar a Estados Unidos clandestinamente. Así como el dominio del inglés, se suele sobredimen-

sionar la cantidad de mexicanos fronterizos que pueden cruzar la frontera legalmente. Para ponerlo en perspectiva: estadísticas del Departamento del Estado de Estados Unidos reportan que se ha emitido un total de 1,252,746 visas de no inmigrante tan solo en el consulado de Tijuana en los últimos 10 años (U.S. Department of State). Asumiendo que esas visas se quedaron entre los aproximados 3.7 millones de mexicanos que residen en Baja California (INEGI, *Panorama sociodemográfico de Baja California 2020*) y que todas ellas continúan vigentes, significa que el 33% de la población bajacaliforniana cuenta con visa para cruzar a los Estados Unidos. Esto sin considerar el 3.52% de su población que nació en Estados Unidos y cuenta con la doble ciudadanía mexicana-estadounidense (INEGI). De nuevo, no es entonces una mayoría la que puede cruzar a los Estados Unidos aun residiendo en la frontera más transitada del mundo.

En este sentido, el contacto mismo con Estados Unidos está distribuido de manera desigual entre los habitantes de la ciudad, en función de estos estatus migratorios, estatus social y, sobre todo, en función de cómo imaginan el campo de lo posible e imposible en cuestión de su movilidad, aspiraciones y proyectos personales en el extranjero.

Por supuesto, no todo contacto con los Estados Unidos y su cultura implica tránsito a ese país. En Tijuana, las industrias de turismo, salud, bienes raíces y servicio al cliente requieren personal bilingüe para atender a clientes norteamericanos, lo que implica que existen muchas empresas y negocios donde se habla inglés en el día a día. Las escuelas, por su parte, desde la etapa básica hasta la superior, imparten clases de inglés como segunda lengua y lengua extranjera como parte obligatoria de sus currículos.

Además, las plataformas de streaming, el internet, los canales de televisión abierta, las estaciones de radio, los videojuegos, las redes sociales y otros medios de comunicación permiten consumir contenido y entretenimiento estadounidense en inglés o ponerse en contacto con personas de cualquier parte del mundo de manera continua y sin salir de casa. Ante esto, pareciera que no es necesario cruzar a los Estados Unidos ni ponerse en contacto directo con estadounidenses para mantener contacto con el inglés y la cultura estadounidense en la cotidianidad tijuanense. ¿Será posible entonces que, a pesar de que el contacto con los Estados Unidos está distribuido desigualmente por la clase social y el estatus migratorio, el inglés esté más al alcance de todos o, al menos, de la mayoría? ¿Y qué tanta relación tiene el estatus migratorio con el aprendizaje del inglés y el contacto con la cultura estadounidense?

Método

Se llevó a cabo un estudio en el que se invitó a personas egresadas y potenciales a egresar de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (FHyCS) de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) a contestar una encuesta en torno a sus experiencias personales y académicas con el inglés, su relación con los Estados Unidos, sus hábitos de consumo de entretenimiento y sus actitudes lingüísticas frente al inglés y otras lenguas extranjeras. A los efectos de este capítulo, me concentraré en los tres primeros puntos. Para el análisis de los datos se utilizó el programa IBM SPSS Statistics 21. Se calcularon frecuencias y porcentajes de cada variable categórica y se llevó a cabo un análisis de significancia estadística para evaluar su asociación empleando la prueba de chi-cuadrada, que es

adecuada para determinar si existe una relación significativa entre las variables categóricas. Se consideró como válido un valor de p menor a 0.05, lo que indica una asociación estadísticamente significativa entre las variables analizadas.

¿Por qué se optó por analizar el bilingüismo español-inglés entre personas egresadas y potenciales a egresar de la universidad? Porque, en México, se asume que los estudiantes que están por concluir sus estudios universitarios deben dominar un nivel intermedio de inglés para obtener su título universitario. El 70% de las universidades del país exigen al menos un nivel B1 o B2 —según el Marco Común Europeo— para obtener un título de licenciatura; para técnico superior universitario, usualmente se pide A2 (IMCO-COMCE). En México, la enseñanza del inglés ha sido obligatoria desde los niveles de preescolar y primaria desde el 2009 (mediante un plan piloto cuya consolidación se alcanzó en 2018). Si bien estas fechas son recientes, cabe añadir que, en México, el inglés se ha enseñado en nivel preparatoria desde 1941, y de manera obligatoria en las secundarias desde 1993 (Crhova et al., 2020).

Así, el sistema educativo mexicano ha establecido expectativas en cuanto al dominio de inglés que los estudiantes deben alcanzar en cada nivel educativo. Por caso, se espera que los estudiantes avancen de manera progresiva en su dominio del inglés, sentando las bases durante el preescolar, alcanzando el nivel A1 —de acuerdo al Marco Común Europeo— para 4.º de primaria; A2, para 6.º de primaria, y B1, para 3º de secundaria. A partir de ahí, cada institución de educación media superior y superior establece sus propios niveles requeridos de inglés.

Partiendo de lo anterior, se asume que los estudiantes que acaban de egresar o están a punto de egresar de sus

carreras universitarias deberían estar culminando, en este punto de sus vidas, la promesa que todos esos años de formación obligatoria en inglés les proveyó y acreditar el inglés para su egreso o titulación con relativa facilidad; al fin y al cabo, deberían a estas alturas contar con los conocimientos y los recursos para hacerlo. Sin embargo, la realidad resulta muy diferente.

La encuesta contó con 116 reactivos: 43 de ellos relacionados con la experiencia de los colaboradores con el inglés y la cultura estadounidense, 69 en torno a actitudes lingüísticas y 5 en relación con sus experiencias acreditando el inglés como lengua extranjera en UABC. Esta fue aplicada, del 30 de julio de 2024 al 10 de abril de 2025, a 808 personas: 642 personas egresadas de la FHycS (desde el periodo 2023-2 hasta 2024-2) y 166 estudiantes potenciales a egresar en 2025-1.

Dada la manera en que se compartió la encuesta, se obtuvo una muestra no probabilística por conveniencia, al contar con los datos y los contactos de esa población de estudiantes y personas egresadas en particular. La ventaja de esta muestra es que se trata de personas que tienen la experiencia del egreso y la acreditación del inglés fresca en su memoria, por lo que, en teoría, les sería más fácil y accesible compartir sus experiencias con la lengua. Aunque la encuesta fue anónima, se habilitó la opción para que no se pudiera llenar la encuesta dos veces, lo que garantiza que no se cuente con respuestas duplicadas.

Resultados y análisis

Se obtuvieron las respuestas de 262 personas en total: 232 egresadas y 30 potenciales a egresar, lo que supone una muestra representativa del 32.4% de la población meta. El

nivel de confianza de la muestra es de 95% y su margen de error es 5%.

Tabla 1. Representatividad de la muestra de estudio.

Respuestas	Muestra	% de muestra	Población	Representación de la muestra
Estudiantes potenciales a egresar 2025-1	30	11.5%	166	18%
Egresados(as) 2023-2, 2024-1 y 2024-2	232	88.5%	642	36.1%
Total	262	100%	808	32.4%

De las personas que contestaron la encuesta, 174 (66.4%) son de género femenino y el resto (33.3%) del masculino. Se trató, en su mayoría (80.2%), de jóvenes entre 22 y 26 años de edad. El 7.2% tenía entre 27 y 29 años de edad; el 8.3% era mayor de 29 años y el 4% tenía 21 años. El 76% de quienes colaboraron ha vivido en la ciudad de Tijuana toda su vida. Esto es interesante porque implica que la contigüidad con los Estados Unidos ha sido una constante en su experiencia cotidiana y no una novedad o algo reciente. El 15% ha vivido en la ciudad por más de 10 años; el 3.5%, entre 5 y 10 años; y el resto, menos de 5 años. Todas las personas que contestaron residen en Baja California: 237 de ellas (90.5%), en Tijuana; 17 (6.5%), en Rosarito; 6 (2.3%), en Tecate, y solo una persona en Ensenada y otra en San Diego.

De las 262 personas que contestaron, 251 (95.8%) son de nacionalidad mexicana; 10 (3.8%), de doble ciudadanía, y una persona era de otra ciudadanía diferente a la mexicana y estadounidense. El porcentaje de personas de doble ciudadanía en esta muestra resulta interesante porque, en

proporción, coincide con lo encontrado en las estadísticas de la doble ciudadanía en el estado de Baja California, lo que sugiere que es representativo. Solo el 2% (7 personas) ha tenido experiencia estudiando algún nivel educativo en Estados Unidos. Otras 7 personas (2%) han trabajado allá y 2 personas (0.8%) trabajan actualmente allá. A pesar de lo anterior, la mayoría (66%, que equivale a 173 personas) tiene familia en Estados Unidos.

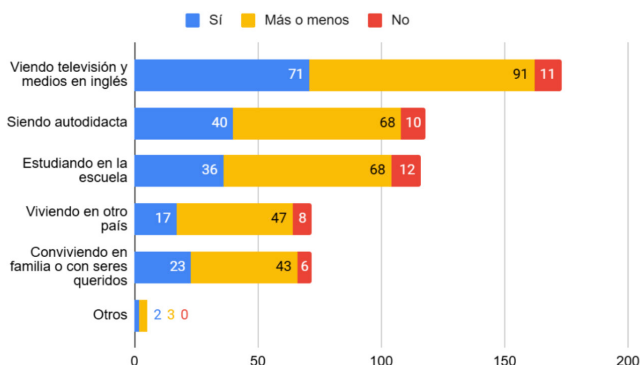
Se trató, en resumen, de jóvenes entre 22 y 30 años de edad residentes en Baja California —aunque la mayoría en Tijuana— que estudiaron su carrera en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, que han vivido en Tijuana una buena parte de su vida o al menos 5 años y que cuentan con la ciudadanía mexicana. Su experiencia estudiando y trabajando en Estados Unidos es mínima o nula, pero más de la mitad cuenta con familia allá.

De los 262 colaboradores, 79 (30.2%) afirmaron sí saber inglés, 157 (59.9%) afirmaron saberlo más o menos y 26 (9.9%) afirmaron no saber inglés. Esto implica que un 69.8% de los colaboradores no se atreven a afirmar categóricamente que sí saben inglés. Esta pregunta —la de “¿Sabes inglés?”— fue la más productiva para hacer cruces y correlaciones con otras variables en este estudio.

Se les pidió a quienes dijeron sí saber inglés que eligieran las maneras en que lo aprendieron, con la libertad de marcar más de una opción. Así, el 74.7% de las 79 personas que saben inglés aseguró haberlo aprendido en la escuela; el 68.4%, de la televisión; el 17%, de sus papás. Las categorías de “consumiendo contenidos en inglés”, “escuchando música en inglés”, “videojuegos y mangas” y “en Estados Unidos” recibieron un 10% cada una; y solo 5% y 3.8% contestaron que leyendo en inglés y de contenido en in-

ternet respectivamente. Sin embargo, al preguntar a todos los colaboradores —supieran o no inglés— cuál consideran que es la mejor forma de aprender, un 90% de quienes saben inglés y un 66% total de la muestra afirmaron que viendo televisión y medios en inglés. Esto contrasta significativamente con el tan solo 45.5% de quienes saben inglés y el 44.2% total de la muestra que afirmaron que lo mejor es estudiándolo en la escuela. En otras palabras, aunque la mayoría reporta haberlo aprendido estudiando, esto no implica que sea su método más recomendado para aprender. De hecho, una (ligeramente) mayor cantidad de personas reportó que es preferible ser autodidacta.

Gráfica 1. En tu percepción, ¿cuál es la mejor forma de aprender inglés? Cruce con “¿Sabes inglés?”

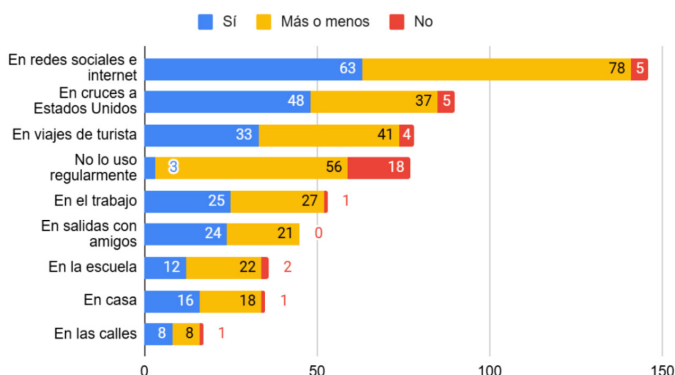


Este dato deja en evidencia el papel del consumo mediático en la relación de estos jóvenes con el inglés, que se percibe mayor que el papel que juega la escuela y los estudios.

Se indagó, además, en qué contextos los colaboradores usaban el inglés. Aquí, para hacer el cruce, se consideró a

quienes declararon sí saber inglés, por un lado, y a quienes declararon saberlo más o menos y no saberlo, por el otro.

Gráfica 2. ¿En qué contextos usas regularmente el inglés?
Cruce con “¿Sabes inglés”

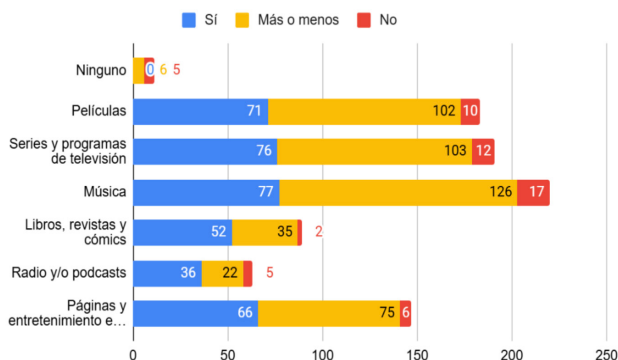


Destaca que el uso más frecuente del inglés en la cotidianidad de estas personas egresadas y potenciales a egresar es en las redes sociales e internet, con más de la mitad de la muestra (55.7%). De ahí, el segundo uso más frecuente (34.3%) fue en cruces a Estados Unidos y (29.8%) en viajes de turista. Llama también la atención que solo el 20% de los colaboradores usan el inglés en el trabajo y, de ellos, poquito más de la mitad asegura saber inglés más o menos y uno asegura no saberlo. Por otra parte, queda en evidencia que la rotunda mayoría de las personas que aseguran no usar el inglés son aquellas que declaran saberlo más o menos o no saberlo. El 40% de quienes dijeron más o menos o no saber inglés tampoco lo usa regularmente. El análisis de los colaboradores que no usan inglés reveló una rela-

ción negativa con el conocimiento de la lengua. Los datos indican que las personas que no saben inglés tienen más probabilidades de no usar la lengua. El p-valor de <0.001 refuerza la idea de que la falta de conocimiento o confianza con la lengua está estrechamente asociada con su no uso.

Se preguntó además a los colaboradores qué medios solían consumir en inglés.

Gráfica 3. ¿Qué medios sueles consumir en inglés? Cruce con “¿Sabes inglés?”

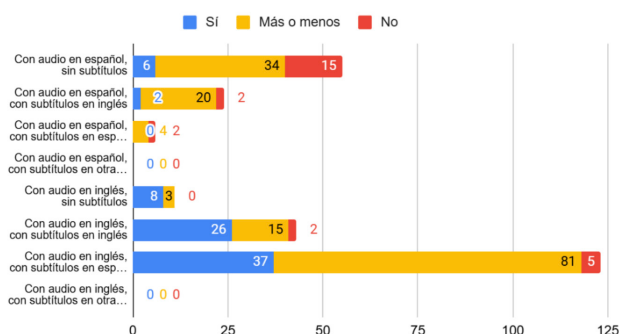


El medio más consumido en inglés, en general, es la música. 84% de los colaboradores escuchan música en inglés. De ahí le siguen las series y programas de televisión (73%); las películas (69.8%); las páginas y el entretenimiento en internet (56%); libros, revistas y cómics (34%); y, por último, radio o podcasts (24%). Solo el 4% de los colaboradores aseguraron no consumir ningún medio en inglés. Llama la atención que la mayoría consume medios en inglés de manera regular, sobre todo música, películas, series televisivas y páginas de internet. Queda claro el peso de estos

medios en el uso del inglés entre esta población y, al menos desde su percepción, es el evento al que más atribuyen su aprendizaje, más aún que la escuela, como se ilustró en unas gráficas más arriba.

Se indagó, además, la configuración con la que los colaboradores consumen medios audiovisuales —series de televisión, películas y videos— cuyo idioma original es el inglés.

Gráfica 4. ¿Cómo prefieres configurar tu entretenimiento?
Cruce con “¿Sabes inglés?”



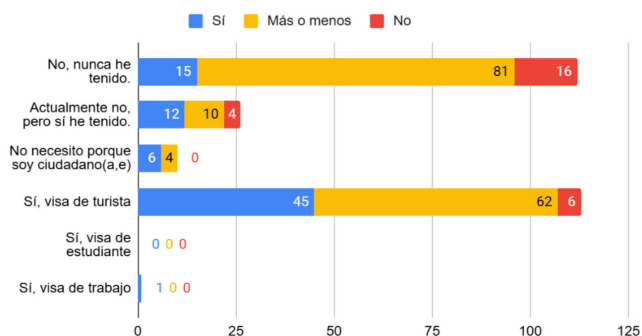
El 46.9% ve el entretenimiento con audio en inglés y subtítulos en español, independientemente de su dominio del inglés; y el 21% lo ve doblado al español sin subtítulos. Aquí destaca que más de la mitad de quienes dijeron no saber inglés sintonizan sus videos doblados al español y sin subtítulos, lo que restringe todavía más su contacto con el inglés. En cambio, solo 21.6% de quienes más o menos saben inglés y el 7.6% de quienes sí lo saben hacen lo mismo. Por su parte, el 86% de las personas que dijeron sí saber inglés ven su entretenimiento con audio en inglés, sea o no con subtítulos. El análisis muestra una relación

significativa entre saber inglés y la preferencia por configurar las series, películas o videos originales en inglés. Los resultados obtenidos en la prueba de chi-cuadrada muestran un valor de 68.128 con 10 grados de libertad, y un p-valor de <0.001 , lo que indica que existe una relación estadísticamente significativa entre estas dos variables. Estos resultados destacan que las personas que saben inglés tienen una mayor tendencia a configurar contenido audiovisual en inglés, lo que puede estar relacionado con una mayor exposición y práctica del idioma. Por otra parte, la preferencia de configuración está directamente relacionada con la percepción que los colaboradores tienen de que ver la televisión es la mejor forma de aprender inglés. Los resultados de la prueba de chi-cuadrada indicaron un valor de 45.462 con 5 grados de libertad y un p-valor de <0.001 , lo que sugiere que existe una asociación estadísticamente significativa entre ambas variables.

Por otra parte, se preguntó a los colaboradores si cuentan o no con visa o algún tipo de permiso para cruzar a los Estados Unidos. Fue casi la misma cantidad de personas la que reportó tener visa de turista (42.7%) que la que reportó nunca haberla tenido (43.1%). El 9% reportó no tener visa actualmente, pero haberla tenido en el pasado; el 3.8% que reportó tener doble ciudadanía precisó que no necesita visa para cruzar y solo una persona reportó tener visa de trabajo. Al respecto, cabe señalar que el hecho de que se trate de un grupo de personas adultas con educación superior hace que la muestra, en tanto estatus migratorio, no sea representativa necesariamente de lo que pasa en la ciudad, sino de personas con el suficiente capital social y económico para estudiar una carrera en Tijuana. En otras palabras, por tratarse de una población educada, es proba-

ble que esté seleccionada positivamente para tener mayor acceso a Estados Unidos, en comparación con otras personas adultas sin el mismo nivel educativo. Cabe aclarar, además, que se trata de una universidad pública que, aunque matricularse en ella conlleva un costo, no lo es tanto como el que implica en una universidad privada en la región. Por lo tanto, sería posible que personas egresadas y estudiantes de universidades privadas estén todavía más positivamente seleccionadas. Aun así, destaca la cantidad de personas universitarias que no cuentan con la oportunidad de cruzar a los Estados Unidos.

Gráfica 5. ¿Tienes visa para cruzar a Estados Unidos?
Cruce con “¿Sabes inglés?”

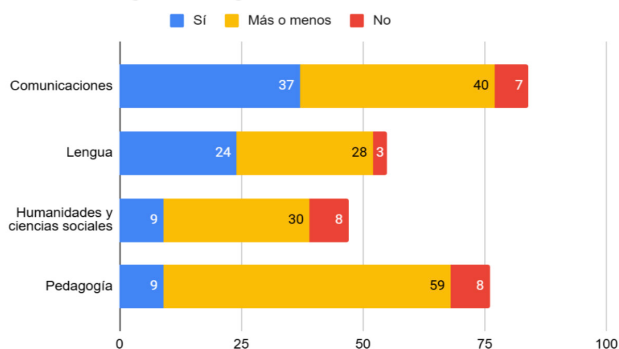


Resulta interesante ver cómo, entre las personas que saben más o menos inglés o no lo saben, el 47% tiene o ha tenido acceso a los Estados Unidos, frente al 80% de personas que sí saben inglés que lo ha tenido. El análisis revela una relación significativa entre tener una visa para cruzar a los

Estados Unidos y la percepción de saber inglés. Los resultados de la prueba de chi-cuadrada muestran un valor de 22.8 con 2 grados de libertad y un p-valor menor a 0.001, lo que sugiere que las personas con visa tienden a reportar un mayor dominio del inglés. La dirección de esta relación está por verse, pues es probable que la confianza con el inglés lleve a buscar el contacto con los Estados Unidos, pero también es probable que sea al revés. Es importante considerar que la posesión de una visa está vinculada a requisitos económicos y sociales, lo que implica que las personas que obtienen este documento generalmente han tenido que demostrar estabilidad económica para los criterios del Departamento de Estado de los Estados Unidos, un factor que podría influir indirectamente en su capacidad de aprender o practicar inglés.

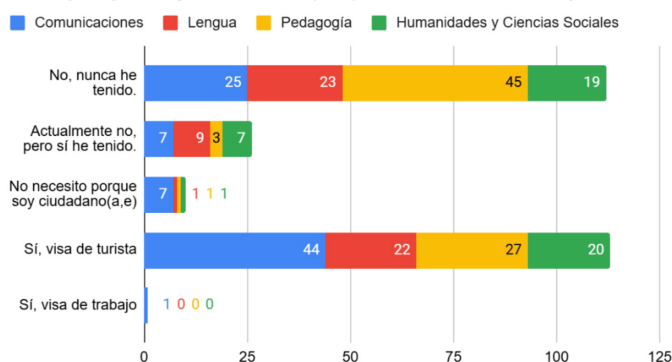
Se agrupó a los participantes de acuerdo a su área de formación. Las personas egresadas y potenciales a egresar de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación conformaron su propia categoría, en el área de “Comunicaciones” (32% de la muestra); las de Lengua y Literatura de Hispanoamérica y Docencia de la Lengua, en “Lengua” (21%); las de Sociología, Historia y Filosofía, en “Humanidades” (18%); y las de Asesoría psicopedagógica y Docencia de la Matemática, en “Pedagogía” (29%).

Gráfica 6. Área de formación. Cruce con “¿Sabes inglés?”



De este análisis resultó que el área de formación también está significativamente correlacionada con la percepción de saber inglés o no. Fue el área de Comunicación la que mayor proporción (44%) tuvo de personas egresadas y potenciales a egresar que declararon saber inglés. De ahí siguieron las de Lengua (43%), Humanidades y ciencias sociales (19%) y Pedagogía a la última (9%). Estas últimas dos áreas fueron también donde una mayor proporción de personas dijo no saber inglés. Lo que es más: las personas egresadas y potenciales a egresar del área de Comunicación reportaron un mayor acceso a los Estados Unidos en comparación con las personas del resto de las áreas. Además, la mayoría de las personas con doble ciudadanía fueron de Comunicación.

Gráfica 7. ¿Tienes visa para cruzar a Estados Unidos?
Cruce con área de formación.



El análisis mostró una relación significativa entre tener visa y el área de formación de los participantes. La prueba de chi-cuadrada arrojó un valor de 10.2 con 3 grados de libertad y un p-valor de 0.017, lo que indica que existe una asociación estadísticamente significativa entre estas dos variables. De nuevo, la dirección de la relación entre estas variables —saber inglés, tener visa o acceso a EUA y el área de formación— es difícil de precisar. El dominio del inglés puede estar atado a la clase social y esta a su vez motivar aspiraciones profesionales específicas. A su vez, es posible que las epistemologías disciplinares, así como las tendencias teóricas y metodológicas de cada área, alienten la inclinación por aprender y practicar inglés.

Tabla 2. Tabla de covarianzas.

Variable independiente	Variable dependiente	Chi-Cuadrada	Grados de libertad	Asociación lineal por lineal	p-valor
Percepción: TV como mejor forma de aprender inglés	¿Sabes inglés?	31.1	2	20.7	<0.001
Tener visa	¿Sabes inglés?	22.8	2	14.3	<0.001
No usar inglés	¿Sabes inglés? *	10.4	1	10.3	<0.001
Configuración de entrenamiento	¿Sabes inglés?	68.1	10	28.2	<0.001
Configuración de entrenamiento	Percepción: TV como mejor forma de aprender inglés	45.5	5	27.9	<0.001
Tener visa	Área de formación	10.2	3	9.1	0.017
Área de formación	¿Sabes inglés?	29.7	6	22.3	<0.001

Nota: *La frecuencia esperada no cumplió con el criterio de más del 20% con un conteo mínimo de 5 individuos en todas las celdas.

Queda claro que algunos elementos en el estilo de vida cotidiana de las personas, como el acceso a los Estados Unidos, los hábitos de consumo mediático y la vocación o el área de formación profesional, están relacionados positiva y significativamente con el inglés en el caso de estos jóvenes profesionistas de Tijuana.

Discusión

En Tijuana, las experiencias con el inglés son muy diversas, a pesar de la contigüidad de la ciudad con los Estados Uni-

dos. Aunque entre las personas encuestadas solo 7 (2.7%) declararon nunca haber estudiado inglés y 11 (4.2%) haberlo estudiado hasta la licenciatura, y a pesar de que 98 (37.4) lo estudiaron toda su vida o desde la primaria hasta la preparatoria, 89 (34%) lo estudiaron desde la secundaria y 35 (13.3%) desde la preparatoria, solo una tercera parte se sintió lo suficientemente segura como para asegurar que sí sabe inglés. Más de la mitad de la muestra, en cambio, dijo saberlo más o menos y un 10% dijo no saberlo.

No obstante, la gran mayoría está en contacto con la cultura estadounidense a partir de los medios de comunicación y productos de entretenimiento, particularmente la música, las películas, las series televisivas y las páginas de internet. Este fenómeno es algo que pasa en el resto del país y del mundo. Los medios de comunicación son una forma de socialización importante para las personas y, mediante ellos, la cultura estadounidense se distribuye en múltiples países, difundiendo con ellos sus valores estéticos e ideológicos, así como su lengua. Por ejemplo, (Peterson, 2019) relata cómo los estudiantes universitarios de Finlandia conocen todo de Estados Unidos a partir del consumo de películas hollywoodenses, la industria de la televisión y otros medios, lo que les lleva a aprender inglés más por placer que por obligación. El caso de Finlandia, sin embargo, es diferente, porque en países europeos pequeños las personas suelen tener la idea de que *necesitan* aprender inglés para comunicarse fuera de su país, donde es poco probable que otras personas conozcan su propia lengua. Sin embargo, hay algo que esta autora describe que podría aplicar al caso de los estudiantes tijuanenses: “Para las generaciones más jóvenes en muchas partes del mundo, estas experiencias con el inglés, tanto formales de dominios académicos

como informales de dominios personales, hacen una especie de sándwich de la lengua que presiona por ambos lados” (4). Esta noción del sándwich, que puede ser entendida como una ambivalencia por el papel del inglés, puede explicar en cierta medida la inclinación que la juventud siente por el entretenimiento estadounidense, al mismo tiempo que reconocen la necesidad que tienen de dominar el inglés para reunir el requisito de la lengua con la universidad y, a su vez, cumplir las expectativas del campo laboral en el contexto de la globalización.

En este sentido, el inglés en los medios de comunicación parece estar mucho más distribuido que el propio contacto con el inglés mediante las escuelas y el acceso a los Estados Unidos. Esto deja en evidencia cómo la contigüidad geográfica con los Estados Unidos, si bien supone una ventaja en cuanto al contacto con la lengua, está desigualmente distribuida, pesando más la clase social y el estatus migratorio que permite o no la movilidad transfronteriza.

Conclusión

Dado el cada vez mayor reconocimiento de que el inglés es una llave para entrar a la economía mundial, en muchas sociedades el conocimiento del inglés se considera crítico para el progreso continuo en el sistema educativo o para el acceso a trabajos mejor pagados. Esto deriva en una importante fuente de desigualdad social y económica porque las personas ya tienen accesos diferenciados al inglés con base en sus redes sociales [y circunstancias] (Park y Wee, 2012: 10).²³

²³ Traducción mía. En el original se lee: “*Due to the growing recognition that English is a key to the global economy, in many societies, knowledge of English is considered critical for continued progress upstream in the education system or access to better-paying jobs. This serves as an important source of social and economic inequality, for individuals in society already have, via their social networks, diffe-*

Para las personas egresadas y potenciales a egresar de la FHycS, su relación con el inglés y la cultura estadounidense está atravesada por los medios de comunicación y entretenimiento, y por su acceso a los Estados Unidos que deriva de sus particulares formas de vida, más que por la mera contigüidad con el país vecino. Lo está también por sus aspiraciones profesionales y el cómo se ven a sí mismos insertos en el campo laboral internacional.

Al constatar la relación que existe entre el conocimiento del inglés, el estatus migratorio, los hábitos de consumo mediáticos y el área de formación, este estudio sugiere la necesidad de adoptar perspectivas interseccionales en su análisis como segunda lengua. No hay respuestas fáciles a qué es posible hacer para subsanar las desigualdades que el inglés reproduce. Sin embargo, estudios como estos aportan perspectivas más integrales para dimensionar las complejidades del bilingüismo antes de caer en generalizaciones o expectativas irreales derivadas de la contigüidad geográfica de la frontera.

Referencias

- Bustamante, Jorge A. "Frontera México-Estados Unidos. Reflexiones para un marco teórico." *Decadencia y auge de las identidades. Cultura nacional, identidad cultural y modernización*, editado por José Manuel Valenzuela Arce, El Colegio de la Frontera Norte, 2004, pp. 151–90.

rential access to English" (Park y Wee: 10).

- Crhova, Jitka, et al. "El perfil lingüístico de los estudiantes de la UABC". *La política lingüística de la Universidad Autónoma de Baja California*, editado por David Guadalupe Toledo Sarracino et al., Universidad Autónoma de Baja California, 2020, pp. 105–25, https://www.researchgate.net/publication/342183829_Politica_Linguistica_V4.
- Eberhard, David M., et al. "What Is the Most Spoken Language?" *Ethnologue: Languages of the World*, 2025, <https://www.ethnologue.com/insights/most-spoken-language/>.
- Fernández Sanjurjo, Javier, et al. "Assessing the Influence of Socio-Economic Status on Students' Performance in Content and Language Integrated Learning". *System*, vol. 73, abril de 2018, pp. 16–26, <https://doi.org/10.1016/j.system.2017.09.001>.
- Fishman, Joshua A. "Who speaks what language to whom and when?" *The Bilingualism Reader*, de Li Wei, Routledge, 2001, pp. 89–106.
- Grosjean, François. *Bilingual: Life and Reality*. Harvard University Press, 2010.
- Instituto Mexicano para la Competitividad (IMCO) y Consejo Empresarial Mexicano de Comercio Exterior, Inversión y Tecnología (COMCE). *Inglés es posible: Propuesta de una Agenda Nacional*. 2015, https://imco.org.mx/wp-content/uploads/2015/04/2015_Documento_completo_Ingles_es_posible.pdf.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). *Panorama sociodemográfico de Baja California 2020. 2021*, https://www.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825197735.pdf.

- . *Población total nacida en otro país residente en México por entidad federativa según sexo y países seleccionados, años censales de 2000, 2010 y 2020*. 2020, https://www.inegi.org.mx/app/tabulados/interactivos/?pxq=Migracion_Migracion_03_793b2477-4037-43d4-9a60-90fb2592cdbc.
- Mackey, William F. "The description of bilingualism". *The Bilingualism Reader*, de Li Wei, Routledge, 2001, pp. 26–54.
- Park, Joseph Sung-Yul, y Lionel Wee. *Markets of English: Linguistic Capital and Language Policy in a Globalizing World*. Routledge, 2012.
- Peterson, Elizabeth. *Making Sense of "Bad English": An Introduction to Language Attitudes and Ideologies*. Routledge, 2019.
- Sayer, Peter. "Does English Really Open Doors? Social Class and English Teaching in Public Primary Schools in Mexico". *System*, vol. 73, abril de 2018, pp. 58–70, <https://doi.org/10.1016/j.system.2017.11.006>.
- University of Winnipeg. "Countries in which English Language is a Mandatory or an Optional Subject (interactive)". *The University of Winnipeg*, 2024, <https://www.uwinnipeg.ca/global-english-education/countries-in-which-english-is-mandatory-or-optional-subject.html>.
- U.S. Department of State. *Table XVIII Nonimmigrant Visas Issued by Issuing Office (Including Border Crossing Cards) Fiscal Years 20214-2023*. 2024, https://travel.state.gov/content/dam/visas/Statistics/AnnualReports/FY2023AnnualReport/FY2023_AR_TableXVIII.pdf.

LITERATURA NORTEÑA, CONSTRUCCIÓN DE UNA SINTAXIS DEL DESIERTO A PARTIR DE LOS CONCEPTOS DE LENGUA MENOR Y LENGUA MAYOR EN GILLES DELEUZE Y FÉLIX GUATTARI

JULIÁN BELTRÁN PÉREZ

Quienes comparten la experiencia de vivir entre dos ciudades que lo arraigan a un contexto de narcotráfico, y que debe, constantemente, ir y venir entre las dos, tienen la impresión de entrar y salir constantemente, (sobre todo cuando tus familiares se quedaron y tú te fuiste), a un lugar conocido, pero que se ha deformado con el tiempo a causa el narcotráfico. Volver, y meterte debajo de la mesa, cuando se suelta una balacera en la calle cuyas balas resuenan en el patio trasero de tu casa, mientras están todos comiendo en el comedor familiar, a escasos metros, resulta cómico, incluso para tus familiares, quienes han aprendido a vivir en la normalización de la violencia. Porque irte, sería dejarlo todo, y la decisión de quedarte transforma tu vida. La violencia se ha desplazado de la calle hasta tu casa, ha atravesado hasta a tu familia.

Desde los años ochenta se ha producido en la franja fronteriza del norte de México una literatura que habla de temas que van desde la migración hasta la violencia generada en situaciones geográficas y sociopolíticas muy peculiares, y que son percibidos y descritos por autores regionales de una manera muy particular. Esta práctica de escritura ha generado un lenguaje singular con el que un puñado de autores fronterizos ha descrito el relieve de su comunidad, denominándose —desde el centro— como literatura nortena.

Lo que sobresale de esa literatura es un lenguaje que parece insistir en crear una literatura que dé nombre a ciertas prácticas culturales que se generan en una región geográfica, que parece contar una historia por comunidades de paso y que necesita ser escrita en otros formatos cuyo lenguaje reclame ser resignificado o resemantizado.

Para dar una sintaxis al desierto, me pregunto —dialogando con la obra *Por una literatura menor* de Gilles Deleuze y Félix Guattari—, si la literatura del norte de México es una literatura menor que se suscribe a una literatura mexicana mayor escrita en una lengua nortea que, a su vez, se registra como una variante de una lengua mayor como lo es, en este caso, el español. Pero ¿cómo, atendiendo la misma voz discursiva del texto teórico de Deleuze y Guattari, quienes dialogan a su vez con la obra de Kafka, entrarle a la literatura nortea? Para empezar el tema nos arroja un problema que parece preguntarnos, a nosotros mismos como investigadores de la literatura nortea sobre esta etiqueta, ¿qué es literatura nortea? Críticos como Víctor Barrera Enderle, en el caso de Nuevo León; Socorro Tabuenca Córdoba, en el de Chihuahua o Humberto Félix Berúmen, en el de Baja California, entre muchos otros, lo hicieron a lo largo de la década de los noventa intentando responderla mediante categorías como el lugar de origen del autor; su lugar de asentamiento a la hora de escribir sus textos —desde el norte de México en este caso—, o bien, por la temática que plantean dichas obras catalogadas como nortea.

El asunto, como se ve, es complejo; en mi caso, he optado acercarme a lo nortea por medio del lenguaje y por las reglas que operan al interior de este. En ese sentido me pregunto ¿con qué lenguaje se nombra al norte de Méxi-

co?, ¿qué significantes aparecen resignificados en la frontera norte de México?, y ¿qué estéticas definen al desierto norteño? Y para ello he de delimitar este estudio a la novela *Balas de plata*, del escritor sinaloense, Élmer Mendoza por ser una novela que tiene varias etiquetas: primero la de literatura norteña y en seguida la de narcoliteratura, pero también porque su autor nació en el norte de México y desde ahí nombra lo que escribe.

Lo que pretendo es extraer algunos principios teóricos de la propuesta de Gilles Deleuze y Félix Guattari, en la cual dichos autores hacen un análisis a la forma y al discurso literarios de la obra de Franz Kafka a partir de lo que ellos denominan como literatura menor, para después intentar identificar algunos de sus conceptos teóricos, que podrían funcionar para un análisis literario desde el cual se pueda arrojar alguna luz para acercarnos a estos textos escritos en latitudes geográficamente alejadas del centro monolítico que en muchas ocasiones dicta la norma, y que cuando fueron clasificados como norteños por las editoriales del centro de México, llevaron implícita la expulsión del canon literario mexicano.

Sobre literatura menor dicen los teóricos: “Una literatura menor no es la literatura de un idioma menor, sino la literatura que una minoría hace de una lengua mayor” (Deleuze y Guattari, 1978: 28), donde el idioma se ve afectado por un fuerte coeficiente de desterritorialización. En la propuesta de Deleuze y Guattari se identifican tres elementos que retomo a su vez para emprender una primera construcción que nos acercaría a la literatura norteña como literatura menor, que se escribe en una lengua menor a la que denominaré español fronterizo.

La primera condición a considerar para analizar la literatura del norte, a partir de esta premisa deleuziana de la literatura de Kafka sería la siguiente: una literatura menor queda decantada por una literatura de tradición o, dicho de otra manera, es una literatura que se produce en una tradición mediante una lengua que territorializa los significantes reductibles a una identidad idiomática, y relega otras literaturas que no son identificadas por la lengua a una literatura menor.

Gilles Deleuze y Félix Guattari proponen como literatura menor la obra de Franz Kafka, porque este es un escritor judío que escribe en alemán. El conflicto de la obra se produce y se revela en su escritura en la que los significantes funcionan como cajas de resonancia que manifiestan, en un proceso de significación, otra cosa distinta de lo que la palabra contiene y son arrastrados por un fuerte coeficiente intelectual que los teóricos llaman desterritorialización, y se relaciona con la operación de la lengua yidish en alemán, es decir, un hablante de yidish escribiendo en alemán va a producir significados distintos a partir de significantes territorializados en una literatura de tradición.

En el caso que me ocupa, no intento decir que la literatura nortea se escriba en una lengua distinta al español mexicano estándar, pero hago un intento de proponer un modelo metodológico para dar autonomía a una literatura que contiene en su interior, cual caja de resonancia, una cosa distinta cuando sus palabras son arrastradas a producir otra cosa. Por ejemplo, vocablos que se resignifican en el desierto y en la geografía nombran prácticas culturales que se resignifican en contextos con particularidades únicas como lo es la frontera con los Estados Unidos. No es, pues, nuestra literatura nortea una suerte de literatura escrita en

una lengua extraña, pero sí produce extraños usos menores por corresponder a la inmediatez con la que el hablante se relaciona con el entorno que nombra cuando ahí se vive.

Nuestra desterritorialización será entonces geopolítica, aunque sí se acerque a generar vocablos resignificados como encobijado, encajuelados, coyote o pollero; incluso los anglicismos que el hablante fronterizo ha introducido en su habla son resignificados en la forma de habitar el espacio que se produce cuando se habita la frontera entre dos países disímiles económica y culturalmente como México y Estados Unidos.

***Balas de plata* de Élmer Mendoza**

Para la operación que me propongo, de desterritorializar la literatura nortea, es necesario, para dar una muestra, comenzar por desarticular frase por frase el primer párrafo de la novela del escritor sinaloense nacido en Culiacán, Sinaloa: ciudad que funciona como el espacio narrativo desde el cual se narra una relación intensa entre personas importantes del mundo de la política, con otros no menos importantes del mundo del narcotráfico. He optado por poner en cursivas las frases de la novela, para destacarlas de mis comentarios.

“*Sala de espera*” (Mendoza, 2008: 11) las acotaciones suprimen la narración. “*La modernidad de una ciudad se mide por las armas que truenan en sus calles*” (11). Estas dos frases van juntas y dan la sensación de todavía no estar en la trama. “*Reflexionó el detective sorprendido por su insólita conclusión*” (11) enseguida tenemos al narrador para introducir al personaje seguido con esta pregunta: “¿*qué sabía él de modernidad, posmodernidad o patrimonio intangible?*”

Nada. Soy un pobre venadito que habita en la serranía" (11) continúa el reflexivo personaje, para inmediatamente, explicar: "*el narrador que: ver al terapeuta lo ponía nervioso y mataba el tiempo pensando en todo, menos en lo que debía enfrentar*" (11). Ahora sabemos muchas cosas de la historia, un detective nervioso que evade el problema. "*¿Cómo se escabecha en París, Berlín o islas Fidji?*" (11). Continúa la reflexión a manera de pregunta y finalmente: "*De una puerta ocre mal pintada salió una joven despeinada con cara de traer una mascarilla de huevo. Sin saludar siguió rumbo a las escaleras*" (11).

Deleuze y Guattari se preguntan, ¿cómo entrar en la obra de Kafka? Esta entrada a un problema de escritura me lleva a la misma pregunta, sobre todo cuando el proceso que seguiré es similar al de los teóricos: ¿cómo entrar en la obra de Élmer? Si el inicio aparentemente no nos dice nada, entonces entraremos por el absurdo. Desarticularé algunos referentes como títulos de libros a los que hace alusión esta novela, todos los platillos típicos de la gastronomía sinaloense, las marcas de los carros, los perfumes, los títulos de canciones en inglés y las frases y dichos populares, con la atención de advertir que la vasta presencia, sobre todo de la comida y las frases populares de dichos elementos en la historia, tienen la función de distraer al lector para dar con la pista verdadera del asesino, sobre todo si asumimos que se trata de una novela detectivesca porque al final sólo uno de ellos cumplirá su función reveladora de la trágica historia, la bala de plata, una pista nada convencional y mucho menos creíble para una literatura que se presume realista. (*Ver cuadro A).

Balas de plata, la novela del sinaloense Élmer Mendoza, cuenta la historia del asesinato en su departamento del

intachable abogado Bruno Canizales, hijo de un importante político sinaloense. Edgar “el Zurdo” Mendieta, el detective, investiga este crimen y destapa una cloaca, cuya trama revela las condiciones de corrupción en las que la ciudad de Culiacán vive día con día. La investigación parte de una pista que juega un papel importante en la narrativa: una bala de plata. Conforme avanza la novela, el lector comprende que la violencia que se vive es consecuencia del poder, cuando el mundo de la política se encuentra con el del narcotráfico.

El absurdo en la literatura menor

Ya he dicho que Gilles Deleuze y Félix Guattari llaman literatura menor a “la literatura que una minoría hace dentro de una lengua mayor... su primera característica es que, en ese caso, el idioma se ve afectado por un fuerte coeficiente de desterritorialización” (Deleuze y Guattari, 1978: 28). En este texto vamos a ver si la literatura nortea funciona como una literatura menor desterritorializando el tema del narcotráfico desde una visión centralista de la lengua.

Si bien la literatura del norte de México no se escribe en una lengua extraña, si hay ciertos usos menores que una minoría hace de una lengua, dicen los teóricos, “El alemán en Praga es una lengua desterritorializada, adecuada para extraños usos menores” (29). Vamos a considerar esos usos menores como la resignificación de algunos vocablos como encobijados, levantados, garita y desierto, que, si bien no son neologismos producidos en un contexto nuevo, al colocarse en un contexto fuera de su campo semántico asignado por el español (lengua mayor) adquieren un sentido que se asocia a las prácticas regionales permeadas por la geografía y la condición de frontera a ciertas ciudades del

norte de México como Culiacán, Sinaloa, y Tijuana, Baja California. En la literatura menor “el idioma se ve afectado por un fuerte coeficiente de desterritorialización” (28).

La Literatura menor, según Deleuze y Guattari, se identifica mediante estas tres características: desterritorialización de la lengua, articulación de lo individual en lo inmediato político y el dispositivo colectivo de enunciación. Cabe destacar que cuando los teóricos se preguntan por la entrada a lectura de la obra de Kafka, abren la multiplicidad como un sistema rizomático de múltiples entradas y salidas comparado con una madriguera por donde corre un animal, la analogía libro-madriguera, personaje-animal, es extraña. Los teóricos desterritorializan la lengua, la estructura y el personaje, para proponer una entrada de tantas que tiene la madriguera, para comenzar la lectura siguiendo al personaje principal, como si fuera un animal que se escapa por todas esas entradas y salidas. El personaje se animaliza y esta condición se vuelve imperativa para la desterritorialización, algo nuevo se remueve en su interior. El hombre se desterritorializa en animal.

Pero aquí no estamos en una madriguera como ocurre con la obra de Franz Kafka a la que aluden los críticos Gilles Deleuze y Félix Guattari para desentrañar el extraño fenómeno de desterritorialización del personaje kafkiano, sino en una pista de carreras, en una persecución policiaca y no precisamente por la literalidad del término policiaco, sino por la variedad de escondites por donde se van a ocultar policías y sicarios en la persecución que de aquí se infiere. Esos escondites aparecen en la desterritorialización del sistema literario, cuya narrativa está atravesada por el absurdo. En este sentido, el tema del narcotráfico se verá afectado por el absurdo mediante el agrandamiento de la

imagen, lo cual se relaciona con la deformación de las cosas cuando se ven demasiado cerca, tal como ocurre con la normalización de la violencia en espacios donde viven los narcos.

La novela de Élmer está ampliamente cargada de recursos semánticos que se oponen de lo que uno espera encontrar en una novela sobre narcotráfico: libros, en lugar de joyas, canciones oldies en lugar de narcocorridos, y canciones en inglés en lugar de música en español. Estos campos parecen funcionar como líneas de fuga para arrastrar el significativo violencia, pero que al mismo tiempo nos alejan de este. Por eso constantemente aparece la cercanía con ciertos objetos, como explicaré más adelante, para encontrar el verdadero significado de la violencia, y para dar con el asesino. Esto nos desplaza, como lectores, de afuera hacia adentro de la trama y cuando lo hacemos estamos viviendo en Culiacán, Sinaloa, en medio de la guerra entre narcos y policías. Este es el principal agrandamiento de la imagen, motivo necesario para la desterritorialización que sufrirán algunos objetos y palabras, pero además, también el mismo formato narrativo: trágico-cómico.

Las multiplicidades en la obra de Mendoza que identificador son la música, los libros, la comida, los refranes populares, la psicopatía del policía, los personajes reales y los coches. Todo esto conduce a la desviación del verdadero sentido de una historia de narcotraficantes cuyo significado es arrastrado por esas multiplicidades. La violencia del narcotráfico en Culiacán, Sinaloa, que se presenta en la novela *Balas de plata*, se agranda en su interior a tal grado que se deforma, y esa deformación nos lleva de la tragedia a la comedia. Este es el principal absurdo de la narrativa de Mendoza. Estas conectan con otras para tratar de inter-

pretar, lo mismo que Kafka, la voz de una literatura menor que, dentro de una lengua mayor (el español), transforma sus significantes para hablar de un tipo de violencia, y ubicarla en el norte de México. La narcoviencia se ha colocado en la vida real con personajes ficticios que son reafirmados por personajes de la vida real de Culiacán, lo que da territorialidad y arraigamiento al tema. La lengua, en el norte de México, normaliza la violencia en un discurso tragicómico.

El absurdo del primer párrafo que anuncié arriba, es, entonces, una advertencia de lo que viene, la historia se despliega en sí misma mediante el lenguaje simbólico que la hará emerger en una voz nortea reforzada por los refranes y dichos populares, la música y la vestimenta. Estos tres elementos funcionan como un lenguaje simbólico que encripta, como cajas de resonancia, otra significación distinta de lo que se remueve en su interior. “El problema individual se vuelve entonces tanto más necesario, indispensable, agrandado en el microscopio cuanto que es un problema muy distinto en el que se remueve en su interior”. (29).

Esta visión de lo absurdo está orientada por el tema de la violencia por narcotráfico y aparece en una suerte de imágenes agrandadas a través del acercamiento de la imagen manipulada como un efecto de cámara cinematográfica que se acerca hasta que se deforman y, en consecuencia, la caricaturizan. Como leemos en los siguientes ejemplos del siguiente apartado.

Efecto de caricaturización por el agrandamiento de la imagen.

La enumeración de elementos es un recurso constante que el autor usará para marcar el tono detectivesco, pero

también funcionan como agrandamientos del retrato, por ejemplo, de una casa común como escenario del crimen. “La finalidad es obtener una ampliación de la “foto”, un agrandamiento hasta el absurdo” (20).

Algunos ejemplos de agrandamiento de la imagen como los que se enumeran a continuación son comunes en la narrativa de Mendoza: “Cruzó la reja de la calle y avanzó lentamente hacia la casa: blanca, un piso, puerta de madera” (Mendoza, 2008: 16).

En ocasiones esta minuciosidad dará la sensación de lentitud de la narrativa, por ejemplo: “Las flores del jardín: pocas rosas, menos caléndulas, una buganvilia no se advertían en la mínima oscuridad” (16).

“Abrió la puerta azul con su llave. Casa tipo americano, de dos aguas, barrio de clase media” (16).

“La puerta abierta del estudio no le llamó la atención. La habitación de las visitas cerradas. Al fondo la recámara del licenciado Bruno Carrizalez” (16).

Estas enumeraciones de elementos parecen no ser necesarias en la trama, más bien obedecen a una cierta lentitud de la acción detectivesca y al arraigamiento del acto delictivo en cierta ciudad, pero hay más, a sensación de desviar el tema de la violencia de un asunto puramente ficcional. Lo que lo vuelve absurdo es lo innecesario del detalle que vuelve un asunto menor, algo mayor, como es un crimen, en los detalles se esconde también el autor para no exponerse a una novela de denuncia, pues corre el riesgo de exponerse en una ciudad donde todos se conocen, ley primordial, para una literatura menor, según los teóricos que aquí abordo.

En la siguiente imagen de un encobijado, la imagen de la cobija también es desterritorializada mediante el efecto de agrandamiento: “La cobija era café y se hallaba empa-

pada, con un alce entre los riscos estampado en el centro, sobre el que yacía el cuerpo del hombre, cuarenta y cinco a cincuenta años, calculó el detective, uno ochenta de estatura, camisa versase, descalzo, castrado y con un balazo en el corazón” (21).

Este agrandamiento de la imagen de la cobija se hace evidente por la combinación de elementos como el balazo, la forma de vestir y los estampados de la cobija en un mismo nivel de importancia; lo que se intenta destacar es la imagen común del lugar al que se refiere, por un efecto de su agrandamiento y en consecuencia se percibe la caricaturización de la tragedia. Aunque la cobija es el significante que debiera dirigir la atención al significado de violencia en el encobijado, significante por otro lado, que se reterritorializa en este contexto de narcotráfico, es el estampado de la cobija lo que desvía el nivel trágico al cómico del discurso.

He aquí otro ejemplo: “En un amplio estacionamiento para camiones de carga, en un barrio suburbano conocido como Piggyback, junto a una caja de tráiler abandonado yacía el cadáver de un hombre que aún no había sido identificado” (19). Aquí la descripción es más realista y menos metafórica, pero el agrandamiento de la imagen es evidente en la dicotomía caja de tráiler abandonado-cadáver.

Otro absurdo es que la violencia no es el tema central en *Balas de plata*; lo que destaca son las peripecias de un policía convertido en héroe por un autor que construye un narrador personaje que va a parodiar el mundo del narcotráfico en un exótico laberinto de relaciones extrañas de poder entre tres órdenes: civil, gobierno y narcotraficantes; el tema central es el poder, la violencia va implícita en el orden civil, quien recibe de ambos bandos cruzados las

consecuencias de dichas relaciones. La parodia de la violencia se destaca por el uso del lenguaje y el agrandamiento de la imagen y los referentes culturales los que, cual si fueran cajas de resonancia van a contener un significante vacío que se reterritorializa en otros significantes. La ausencia de narcocorridos, la música en inglés, el policía que es un ex estudiante de lengua y literatura. Y por ahí se esconde el autor en su denuncia.

Asimismo el hecho de que la literatura del norte haya sido nombrada así desde el centro de México, hace que esta quede implícitamente expulsada de una literatura mayor, en este caso la literatura mexicana. De tal suerte que “La literatura menor es completamente diferente; su espacio reducido hace que cada problema individual se conecte de inmediato con la política” (Deleuze y Gattari, 1978: 29). La literatura nortea no puede escapar a esta individualidad donde todo es político, en donde un asunto como el narcotráfico se vuelve “agrandado en el microscopio, cuanto que es un problema muy distinto en el que se remueve en su interior” (29) ¿Cuál es el problema que se remueve en el interior de la máquina del narcotráfico en la literatura nortea, que el centro político mexicano, no puede ver?

Individualidad y colectividad

En la trama de la literatura del norte, la colectividad participa del suceso o el escándalo del narcotráfico, las cosas suceden a la luz de todos sus integrantes. El asunto del narcotráfico en el norte de México ocurre en la vida cotidiana porque todos comparten los mismos espacios, van a las mismas escuelas, comen en los mismos restaurantes y compran en los mismos centros comerciales. Visto así, dicen

Deleuze y Guattari, “En la literatura menor todo adquiere un valor colectivo” (30).

En esta individualidad es donde aparecen las relaciones trianguladas atravesando diferentes sectores sociales de la misma comunidad como el burocrático, el familiar, el económico, el jurídico, etc. Vamos a ver en qué medida aparecen y se cruzan estos triángulos entre políticos, narcotraficantes y civiles en la literatura nortea: o mejor, en una cultura que tiende a exagerar el acto ya sea individual o social, de tal manera que se vaya deformando cada vez más, hasta que la tragedia se convierta en comedia.

(Si desterritorializamos la imagen que la colectividad desea ver en una novela sobre narcos, hasta llevarla, mediante un desplazamiento de sentido, el significante se convierte en otra cosa. En la literatura del norte ello ocurre mediante la insistencia, la alabanza, la repetición de voces, la exageración de objetos. La representación de la violencia se desterritorializa de un problema político a una forma de vida.)

La insistente práctica de la violencia en la vida cotidiana hace que ésta se asuma como real o verdad en un movimiento que se produce de la anomalía a la normalidad. La repetición se vuelve norma en la materialización, como el aplazamiento del proceso burocrático al que el protagonista de la novela del mismo nombre, de Franz Kafka, es sometido: el elemento de la exageración de la violencia hasta volverla cómica y producir un lenguaje sarcástico e irónico a partir de las situaciones violentas en las que se ven envueltos los personajes. “Es curioso que, practicando la insatisfacción bastante sistemáticamente, la comedia pueda convertirse en realidad” (Deleuze y Guattari, 1978: 21). Las imágenes se deforman mediante la repetición de

voces hasta volverse absurdas, como el ejemplo de la bala de plata, la misma novela pregunta: ¿quién mata con una bala de lata? Pero este dato, de ser el menos verosímil es el único que se mantiene como la pista verdadera. El absurdo se presenta en la trama, como recuerdan los teóricos con relación a la imagen del padre en la obra de Kafka, como un agrandamiento hasta el absurdo.

En las grandes literaturas al compartir un mismo proceso histórico-socio-político, el lenguaje tiende a desarrollar macroestructuras más amplias de tal suerte que el aparato del Estado se refleje en las dinámicas sociales a partir de la toma de decisiones económicas, por ejemplo, con lo cual se producen las grandes narrativas en donde una situación familiar se refleja en otra “el problema individual (familiar, conyugal, etcétera) tiende a unirse con otros problemas no menos individuales dejando el medio social como una especie de ambiente o de trasfondo; de manera que ninguno de estos problemas edípicos es particularmente indispensable, ni absolutamente necesario, sino que todos se unen en “bloque” dentro de un espacio más amplio (29).

La literatura menor es completamente diferente: un problema social como el narcotráfico se vuelve individual cuando alcanza (trastoca) a los otros sectores como el político, el empresarial y el civil, y en el caso de la novela *Balas de plata*, también trastoca al campo intelectual. En una ciudad pequeña todos estudian en las mismas escuelas, comen en los mismos restaurantes y compran en los mismos supermercados; el narcotráfico, así, se territorializa en las comunidades pequeñas en donde todos conforman una pequeña sociedad como engranes de una misma máquina. En ese sentido, quienes ahí viven, entienden las dinámicas que se generan entre policías y narcos, y son parte de las

imágenes violentas que se revelan en el texto literario como una suerte de significación. Al estar demasiado cerca, los tres niveles participan de este agrandamiento de la imagen.

Aquello que, dentro de las grandes literaturas, se produce en la parte más baja y constituye un sótano del cual se podría prescindir en el edificio, ocurre aquí a plena luz; lo que allí provoca una ocurrencia esporádica de opiniones, aquí plantea nada menos que la decisión sobre la vida y la muerte de todos (29). Todos son culpables mientras no se demuestre lo contrario, sentencia el detective Edgar Mendieta en la novela, reduciendo así todo el universo de sujetos en culpables para ser más fácil de clasificar en una ciudad donde todos se conocen. La responsabilidad de la violencia recae también en la sociedad civil.

Si el escritor está al margen o separado de su frágil comunidad, esta mínima situación lo coloca aún más en la posibilidad de expresar otra comunidad potencial, de forjar los medios de otras conciencias y de otra sensibilidad (30). La literatura del norte emerge así separada pero mirando de frente a la literatura mexicana a la que reta.

Esta situación de escasez de talento resulta de hecho benéfica; y permite la creación de algo diferente a una literatura de maestros. Precisamente porque en una literatura menor no abunda el talento, por eso se dan las condiciones para una enunciación individualizada, que sería la enunciación de tal o cual “maestro” y que por lo tanto podría estar separa de una enunciación colectiva (30).

Élmer Mendoza se mezcla en su literatura con los sujetos de su comunidad, ésta, al carecer de grandes maestros, lo coloca en un pedestal desde el cual este se convertirá en su conciencia colectiva. “Lo que el escritor dice totalmente solo se vuelve una acción colectiva, y lo que dice o hace

es necesariamente político, incluso si los otros no están de acuerdo. El campo político ha contaminado cualquier enunciado” (30).

Mendoza aparece de entre su comunidad como un narrador-personaje omnisciente que se confunde con muchos narradores, como la voz de la conciencia del detective Edgar Mendieta, quien en su calidad burocrática, empleado del Estado, defensor de los desvalidos, tiene que recurrir a los ansiolíticos para sobrellevar el peso del recuerdo de un pasado que lo perturba y que lo incapacita para amar. El narrador se vuelve su voz y se cruza con otros narradores que cuenta la historia, no de un personaje sino de una comunidad de narcotraficantes. “La conciencia colectiva o nacional se encuentra a menudo inactiva de la vida pública y siempre en dispersión sucede que la literatura es la encargada de este papel y de esta función de enunciación colectiva e incluso revolucionaria: es la literatura la que produce una solidaridad activa, a pesar del escepticismo” (30).

Recorre a la construcción de personajes y convierte en uno de estos al amigo, al profesor de literatura, a la porrista de béisbol, al bailarín, que sí existen en la vida real y su función es reafirmar a los ficticios como el abogado, el candidato político y el capo, empresario, que representan la realidad en un plano. Élmer Mendoza, ficcionaliza la realidad como en un efecto de espejo y dota de veracidad a la ficción; parodiando la realidad y exagerando la ficción logra desterritorializar la tragedia de la violencia en comedia para hacer mofa del gobierno y al mismo tiempo para escapar de su responsabilidad de denunciante social. De esta manera la literatura no denuncia la forma que opera la máquina de la violencia, la cual siempre ha estado ahí, en la

naturaleza de la comunidad, en su territorio, en su lenguaje; sino tan solo revela los mecanismos de esta.

El lenguaje y los regionalismos

Es precisamente en el lenguaje norteno donde ocurre una reterritorialización de los regionalismos: “El reimpulso de los regionalismos con reterritorialización a través del dialecto o del patois” (40).

Una literatura mayor se vuelve el referente de una lengua tradicional —el español—, este referente ha sido rebasado por la vastedad territorial y la diseminación de sus hablantes en ese territorio; en cada una de estas regiones se produce una forma peculiar de habitarlas. El habla refleja las prácticas socioculturales del lugar y se produce una literatura menor, escrita en una lengua menor. En este caso, la lengua del norte de México, en la cual se escribe la literatura nortena. “Las categorías espacio-temporales de estas lenguas difieren, para decirlo brevemente de esta forma: la lengua vernacular es aquí; la vehicular, por todas partes; la referencial, allá; la mítica, más allá” (39).

En la frontera norte de México, y bajo esta óptica que intento expresar, la lengua vehicular sería el inglés, la lengua vernácula es el español, la lengua referencial es también el español, y la lengua mítica es ¿náhuatl? Por lo menos en esta porción del país, no queda nada de esta familia, salvo algunos vocablos que remiten a la añoranza cuando los hablantes lo hacen desde la distancia.

La metáfora rulfiana, de la búsqueda por el padre, denuncia el significante de la migración: el emigrante regresa a su lugar de origen, Aztlán, en el norte. Hacia allá lo lleva la inercia de su inquietud natural por emigrar, irse, dejarlo todo y buscar mejores condiciones de vida. Pero no solo

eso, el mexicano no emigra al sur, siempre su referente es el norte. ¿Es el náhuatl su lengua referencial de reterritorialización cultural?

En la literatura mexicana, el referente es Juan Rulfo, por su relación con la tierra, la identidad mexicana y la búsqueda del padre. La lengua rulfiana es la metonimia de la literatura mexicana. Pero el referente, la reterritorialización en la frontera lo desplaza hacia nuevos significantes. El padre que se busca, no está. El personaje de Juan Rulfo camina en círculos, los personajes de la literatura fronteriza no caminan, se estacionan; no buscan, producen un nuevo padre. Al no encontrarlo en la literatura mexicana, lo buscan en la lengua muerta. Un ejemplo e ello es el chicano, quien reafirma su identidad: reterritorializa los conceptos de la Virgen de Guadalupe, con imágenes aztecas. Visto así, la literatura chicana es un impulso para la literatura del norte de México.

El lugar desterritorializado

En la narrativa nortea intenta reconstruir los contextos violentos para construir estereotipos de personajes que se asocian al lugar, en este caso, el policía, el narcotraficante y el funcionario de gobierno, van a detonar una sociedad cuyas prácticas sociopolíticas quedará demarcada por la música de viento, la gastronomía, la forma de vestir y una forma particular de hablar que hace que el nombre de las cosas, de nueva cuenta vuelva a ser una de las piezas claves para delimitar los márgenes diferenciales del centro y del norte de México.

La literatura nortea experimenta un nuevo realismo, diríamos un hiperrealismo. Al ser una propuesta desde el norte, la narrativa nortea se ha visto como un espacio de

experimentación de nuevas voces. Esa voz será una de las primeras características estructurales del relato norteño. En México, muchos de los debates han girado en torno a la identidad del autor de la literatura fronteriza o norteña, a saber tres, si nacieron en el norte y viven en el norte, si nacieron en el norte y ya no viven en el norte, o bien si no nacieron en el norte pero viven en el norte.

Estas voces discursivas nombrarán el lugar con sus referentes geográficos y temáticos como el narcotráfico, la migración y la frontera apropiándose de estos temas en una especie de metamorfosis con el lugar en el que se ubican, así, tema y lugar producirán una nueva forma literaria expresada con sus propios referentes como el muro fronterizo o línea divisoria, carreteras, arquitectura etc. Las cuales moldearán el carácter del norteño haciendo que se reproduzcan de manera peculiar los temas antes mencionados, que si bien no son temas regionales, tampoco nuestra intención es afirmarlo, sí se resignifican o reterritorializan en las prácticas culturales norteñas.

Los espacios narrativos también funcionan como agrandamientos del detalle para caricaturizar la imagen:

Observó el cuerpo sobre las sábanas revueltas y la mancha de sangre. Pantalón negro, camisa blanca, calcetines oscuros. El tiro lo tenía en la sien izquierda (Mendoza, 2008: 30).

Abrió con cuidado el clóset, que también era un modelo de orden perfecto. Un típico ejemplo de pulcritud, juro que seré igual cuando sea grande. Camisas, pantalones y trajes colgaban en una hilera impecable, los zapatos brillaban acomodados. Por la ventana se veía el patio trasero: plantas, un tendedero de ropa, algunas llantas viejas. Baño immaculado: bata, toallas, jabones, perfumes (31).

Estos lugares son espacios que aparecen en la enumeración de detalles cuando se describen objetos que sirven de referentes para territorializar el lugar. El cuerpo, la ropa, las plantas, todos en conjunto conforman lugares que se identifican por la cercanía del sujeto norteño y generan imágenes agrandadas en los objetos personales.

Conclusiones

He insistido en el riesgo que conlleva este análisis al des-territorializar la estrategia narrativa de una novela norteña. La teoría de Deluze y Guattari propone otras entradas además de las revisadas en este texto. En la obra de Élmer Mendoza aparecen elementos estructurales que sobresalen de su narrativa.

También la novela de Mendoza presenta una multiplicidad de entradas que distraen o esconde el engranaje que opera en el centro de la misma. La novela del narco se orienta más hacia un relato cómico, que trágico, debido a la cercanía del escritor y su relación con los objetos que mira; además de su relación con el mundo, desde donde lo observa. Desde adentro de la trama, ese acercamiento vuelve caricaturesco algo trágico, de ahí que el absurdo del lenguaje dé la impresión de algo grotesco cuando se generan imágenes de la persecución, del encobijado, etc.

Si bien toda la máquina narratológica de la literatura norteña como el autor, el tema, el contexto, el espacio, los personajes, el lenguaje apunta hacia una literatura regional, parece que la práctica de la escritura en estas latitudes tiene la intención de usar el tema de la violencia para atraer lectores a una ciudad donde se gesta la materia prima para los narcocorridos, donde los narcos y los policías aparecen como personajes estereotipados. La narcoliteratura es más

un best seller o un triller cinematográfico que una literatura de maestros, en el término de Deleuze y Guattari.

La literatura del narco está demasiado cercana a su realidad, que lo literario tarda en aparecer. Esta cercanía con la cotidianidad genera imágenes demasiado agrandadas que se deforman en su contenido dejando aparecer lo contrario de su significado. La caricatura aparece cuando se usa la violencia del narco para crear personajes estereotipados que alimenta la fantasía del mundo del narco. Un asunto fuertemente social como lo es el narcotráfico que se acerca más a lo cómico que a lo trágico, cae en lo grotesco.

En el siguiente cuadro mostro la presencia de elementos que funcionan como multiplicidades que retrasan la lectura y nos llevan hacia la orilla, alejándonos del centro donde aparece el verdadero asunto de la novela, la relación entre políticos y narcotraficantes y que funcionan como puntos de fuga para alejarnos de la denuncia del narcotráfico, de tal manera que el autor no se vea comprometido. Pero también cumplen la función de llevar hacia lo caricaturesco, un asunto social de dimensiones trágicas como lo es la violencia por narcotráfico. Estos elementos son los elementos de engranaje de la máquina literaria interna de la literatura de Élmer Mendoza y que operan como líneas de fuga, de lo realmente serio a lo puramente cómico.

*Cuadro A

Personajes	Obras de arte	Artistas
. Pedro infante, actor y cantante (12) . Malverde, santo (155) (197) . Vinicio Castilla, beisbolista (69) . Shakespeare (88) Shakira O'Neil . El Buki (105) . Chespirio (105) . Vicente Fernández (105) . Joan Manuel Serrat (106) . James Bond (110) . Christina Aguilera (135) . Javier Valdés, periodista (159) . Los Tigres del Norte (159) . Romeo y Julieta, personajes literarios (165) . El llanero Solitario, personaje de cine (180) • Álvaro Rendón, profesor de Literatura (172) (204) • Oscar Loza Ochoa, Presidente de la CEDH (181) Luis Miguel, cantante (195) (207) (208) . Walter Mercado (208) . Kennedy (218) . Gandhi (218) . Lennon (218) . Colosio (218) . El Che (218) . Sócrates (218) . Marilyn (218) . Ruben Blades (225) . Hamlet, personaje literario (248) . Jack el Destripador, personaje literario (253)	. Skirk (15) . Las dos Fridas (15) (38) . El grito (38) . La maja desnuda (38) . Muchacha del alma (obra de teatro) (65) (121) . Kijano , cuadro (116)	. Edward Munch, pintos (15) . Frida Kahlo, pintora (15) (94) ..Herman's Hermits, músico (19) (43) Jesús González Dávila, dramaturgo (65) . Barry White (73) . The Rolling Stones (75) . Joe Cocker (75) . Janis Joplin (75) . Tina Turner (75) . The Monkees (75) Kijano (pintor) (116) . Frank Sinatra . Chicago (149) . The Beach Boys (153) . Elton John (195) . The Marmalade (226) . Rocio Durcal (229)

Música	Libros	Escritores	Cine
. Theres a kind of hush (19) . Ther is a house in New Orleans (43) . Under influence of love (73) . Like a Rolling Sotone (75) . A Little Help for my Friends (75) . I Love somebody (75) . Proud Mary (75) . A Little Bit Me, A Little Bit You (75) . My Way (145) . Question 67 and 68 (149) . Mr. Tambourine (153) . Música de New age (169) . Daniel (195) . Reflexions of may life (226) . Amor eterno (229)	. Noticias del imperio (23) (62) (81) (89) (95) (107) (137) (244) . Pedro Páramo (107) (115) (150) . El amor en los tiempos del cólera (132) El llano en llamas (243)	. Fernando del Paso (23) . Carlos Fuentes (28) . Eduardo Antonio Parra (41) . Cristina Rivera Garza (41) . Rafa Saavedra (41) . Erich Fromm (161) . Sor Juana (185) . Ricardo Piglia (204) . Neruda (223) . Rulfo (243)	. The Good, the bad and the ugly (28) . Morir en tu pecho, telenovela (84) . Los cuatrocientos años del Quijote, documental (105) . John Lenon, especial (105) . Capote (121) . Brokeback Mountain (143)

Referencias

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Por una literatura menor*.

Ediciones Era, 1978.

Mendoza, Élmer. *Balas de plata*. Tusquets, 2008.

PARODIA E IRONÍA EN *LA PUTACIÓN* DE SERGIO VALENZUELA

RUBY ARAIZA OCAÑO

Sergio Valenzuela Calderón (1941-2012), escritor sonorense, construye una literatura fronteriza que parte del paisaje árido del desierto para expandirse hacia una dimensión universal, donde conviven lo local y lo canónico mediante una densa red de referencias intertextuales. Su obra, arraigada en el entorno norteno, se caracteriza por una mirada crítica e irreverente que dialoga tanto con la tradición literaria mexicana como con voces de alcance global. Al combinar escenarios y personajes profundamente ligados a Sonora con estrategias discursivas que dismantelan los grandes relatos del progreso, Valenzuela propone una escritura que subvierte las formas tradicionales, abriendo espacio para una narrativa ambigua, irónica y políticamente incisiva.

En este marco estético e ideológico, *La putación* (1984) representa un punto nodal en su producción. Concebida como la segunda entrega de una trilogía inconclusa titulada *Llorona en Sonora* —iniciada con *De oráculos dispares* (1975)—, esta colección de relatos despliega una crítica incisiva a las estructuras políticas e ideológicas que han moldeado el imaginario social del norte de México. No obstante, la potencia de su contradiscurso no se limita a la

subversión temática o a la dislocación de formas narrativas; se articula también mediante una densa red de referencias intertextuales que operan en múltiples registros: burla, parodia, homenaje y apropiación crítica.

Este proyecto literario de desarticulación de los discursos hegemónicos —visible en la obra de Valenzuela y específicamente en *La putación*— tiene consecuencias estéticas y políticas más amplias, compartidas por varias autoras y autores contemporáneos. Figuras como Cristina Rivera Garza, Daniel Sada, Dolores Dorantes, Luis Humberto Crosthwaite, Eve Gil, Jesús Gardea y el propio Valenzuela no solamente se apartan de las vías comunes y normativas en un nivel temático, sino también estético. De esta manera, suelen excluir, por ejemplo, todo discurso épico típico de los grandes relatos que sostenían el ideal moderno de desarrollo social, político y económico, así como cualquier otra forma asimilable a la propaganda. Desde distintos territorios del norte de México y sus márgenes simbólicos, sus obras desmontan las formas narrativas canónicas y articulan su propuesta literaria a través de la ambigüedad, la fragmentación, la ironía y la hibridez genérica. Lejos de construir narrativas afirmativas o redentoras, esta literatura transita por zonas de incertidumbre donde lo marginal, lo corporal, lo popular y lo desértico emergen como ejes de una reflexión crítica sobre el presente.

Más desilusionados que vindicativos, estos autores formulan una crítica al sistema que rara vez se asocia a un proyecto de sustitución o reparación. La desconfianza hacia los discursos teleológicos y las promesas incumplidas de modernidad los conduce a una escritura que privilegia la ambigüedad y la no-afirmación. El sarcasmo, más que la denuncia frontal, da forma a la amargura, la decepción y la

irreverencia; y figuras como la ironía, la parodia y el pastiche proliferan en la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del XXI. En el caso específico de Sergio Valenzuela, estas estrategias se convierten en constantes estilísticas, particularmente en obras como *La putación*, donde la escritura se configura como un espacio de tensión entre el homenaje y la subversión. Este texto se centrará en el análisis de dichos recursos —en especial la ironía y la parodia— como formas de escritura moderna arraigada en la periferia.

La parodia, entendida como un procedimiento que reescribe obras anteriores con fines críticos, lúdicos o incluso afectivos, se convierte en una herramienta central para muchos escritores contemporáneos que buscan desmontar el canon desde sus márgenes. Tradicionalmente asociada a la burla o a la sátira, su función ha evolucionado con el tiempo. Linda Hutcheon señala que, aunque históricamente fue un “vehículo malicioso y denigrante de la sátira”, esa no es su única función en la modernidad, donde también puede operar como homenaje, juego o subversión crítica: “The function of parody was often to be the malicious, denigrating vehicle of satire, a role it continues to play to this day in some forms of parody” (2000: 10–11). En este sentido, la parodia moderna no necesariamente implica una postura destructiva, sino que puede permitir el diálogo creativo con los textos que reutiliza.

A lo largo de la historia de la literatura, la parodia ha pasado de ser una mera imitación burlesca —como ocurría en la antigüedad con formas poéticas— a convertirse en una operación compleja de relectura y resignificación. En el contexto de la literatura moderna y posmoderna, la reelaboración de estructuras narrativas preexistentes se ha

vuelto una constante, particularmente entre autoras y autores que buscan cuestionar los discursos hegemónicos desde nuevas formas expresivas. Esta práctica implica recuperar elementos del pasado —formas, géneros, motivos— para resemantizarlos en función de contextos actuales, produciendo así distintos niveles de ironía, parodia o intertextualidad crítica. Lejos de replicar la tradición, estos escritores reescriben el canon desde el disenso, generando una literatura que representa la realidad y sus contradicciones a través de estrategias que combinan irreverencia, crítica y reflexión estética.

Este enfoque se confirma desde el inicio de la obra, donde Valenzuela despliega estrategias discursivas propias de la literatura moderna. A lo largo de su obra, el autor ha explorado con agudeza los niveles narrativos del discurso, transformando el lenguaje en un dispositivo laberíntico que desafía al lector a reconstruir fragmentos, signos y voces, como si se tratara de un rompecabezas literario. Asimismo, Valenzuela recurre a elementos reconocibles de textos representativos del canon para subvertirlos lúdicamente desde una perspectiva crítica e irreverente.

Rita Plancarte, al analizar su poética, señala que el escritor “parodia los usos y costumbres sociales, presentando generalmente una imagen caricaturizada de la sociedad, y de la misma manera escandaliza introduciendo temas socialmente proscritos” (2009: 24). Esta afirmación se vincula estrechamente con la concepción contemporánea de la parodia propuesta por Linda Hutcheon, quien destaca que “what is remarkable in modern parody is its range of intent—from the ironic and playful to the scornful and ridiculing. Parody, therefore, is a form of imitation, characterized by ironic inversion, not always at the expense of

the parodied text” (2000: 6). En este sentido, Valenzuela no solo burla o ridiculiza lo parodiado, sino que establece con ello un diálogo estético complejo, en el que la crítica y el homenaje pueden coexistir.

En el caso de Sergio Valenzuela, lo lúdico, lo irreverente y su manejo preciso del lenguaje permiten desplegar distintas concepciones de parodia. Como señala Rita Plancarte, esta puede operar “caricaturizando a una sociedad”, pero también se manifiesta cuando el autor toma como objeto obras canónicas de la literatura latinoamericana para reescribirlas críticamente (2009: 24). Tal es el caso de *La putación*, cuyo inicio evoca de forma paródica el célebre arranque de *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo” (2007: 9). Esta apertura mítica funda el universo de Macondo sobre una temporalidad ambigua, donde la memoria y lo extraordinario se entrelazan.

Valenzuela recoge esta estrategia, pero le imprime un giro desmitificador, situado en el contexto histórico y geográfico del norte de México: “Después de que los siglos secaron las minas de plata. Mucho tiempo después de que reconstruyera el andamiaje de cuento, volvieron los recuerdos a incrustarse en las rendijas del desierto” (1984: 13). El tono elegíaco reemplaza aquí la maravilla. En lugar de hielo, hay polvo; en lugar de asombro, hay deterioro y traición. El narrador continúa evocando este paisaje desolado: “Los pozos entelarañados eran ya sarcófagos tragados por el abandono y la soledad, donde cada veinte de noviembre se reunían los yaquis revolucionarios que engañó el general Álvaro Obregón” (13). La mención directa a la traición

del caudillo, lejos de edificar un relato heroico, introduce una ironía corrosiva hacia los mitos de la Revolución. El lenguaje, por su parte, combina imágenes poéticas con giros populares: “Mientras revivían glorias e inmensidades y maldecían al caudillo que comercializó la revolución, los yaquis bebían bacanora en la cuenca de sus polvosas manos, robando a la eternidad su impasible movimiento y a la sequía del alma la sal de su fatalidad” (13).

Este fragmento condensa la operación paródica de Valenzuela: toma la estructura de la novela fundacional latinoamericana —el comienzo mítico, la aldea, el recuerdo que inaugura— y la traslada a un escenario árido, marcado por la historia reciente, el abandono estatal y la memoria indígena violentada. Así, el referente de García Márquez no es objeto de burla, sino de reescritura crítica, en el sentido que Linda Hutcheon plantea: “Parody, therefore, is a form of imitation, characterized by ironic inversion, not always at the expense of the parodied text” (2000: 6).

Además, Valenzuela reproduce esta estrategia narrativa a lo largo de la obra con expresiones como “siglos después”, “pero mucho tiempo antes”, “años antes” o “muchos años después”. Estos recursos desestabilizan la linealidad cronológica y refuerzan una narrativa donde el tiempo funciona no como marco fijo, sino como dimensión simbólica. En lugar de ubicar al lector en coordenadas temporales precisas, lo sitúa en una historia construida a partir de ideologías, evocaciones y traumas colectivos. El tiempo, entonces, no es cuantificable: es político.

Obras literarias como *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez pueden convertirse en objeto de giros paródicos e intervenciones críticas debido a su amplio reconocimiento cultural. Su alto grado de iconicidad permite

que sean fácilmente identificadas y resignificadas por el lector. Como señala Linda Hutcheon, “often the works of the past become aesthetic models whose recasting in a modern work is frequently aimed at a satirical ridicule of contemporary customs or practices” (11). En este sentido, la parodia se sostiene sobre un diálogo consciente con referentes culturales que el nuevo texto invoca, subvierte o transforma.

En el caso de Sergio Valenzuela, esta estrategia se materializa mediante un ir y venir entre distintos momentos históricos que, filtrados por una voz narrativa moderna, revitalizan episodios vinculados a la evolución urbana, política o cultural de Sonora. Lo que podría percibirse como materia árida o institucional —fechas, personajes públicos, efemérides— es desplazado hacia escenas cargadas de humor, ironía o desmesura, como ocurre en *La putación*, generando un efecto de distanciamiento que estimula al lector a reinterpretar la historia desde los márgenes.

No obstante, la intención paródica de Valenzuela va más allá del gesto burlesco o lúdico. Su reescritura de referentes culturales y literarios consagrados se convierte en una herramienta crítica frente a los discursos oficiales y al canon hispanoamericano. A través de la distorsión de frases, la hiperbolización de episodios históricos y la inversión de figuras emblemáticas, Valenzuela revela las grietas ideológicas del relato dominante, construyendo una escritura ambigua, híbrida y profundamente política.

En otro nivel, puede decirse que Sergio Valenzuela retoma una tradición literaria latinoamericana en la que un personaje, pueblo o comunidad indígena encarna el sentido común o la preservación de valores antiguos y autóctonos. Tal es el caso de *La región más transparente* (1958),

donde Ixca Cienfuegos funciona como una especie de dios secular que transita entre los personajes representando la conciencia histórica del pasado prehispánico de México. De forma similar, en *El reino de este mundo* (1949), Alejo Carpentier presenta a Ti Noel como un personaje profético-eterno, custodio de la memoria colectiva y los valores de la cultura ancestral.

Siguiendo esta línea, Valenzuela inscribe en *La putación* la figura de los yaquis, quienes representan un vínculo con el pasado de Pitic, aunque de forma irónica y distorsionada. Su historia está dispersa a lo largo de los relatos, pero siempre aparece filtrada por una voz narrativa que pervierte, mediante recursos paródicos y lúdicos, el valor tradicional de este pueblo. A diferencia de la solemnidad que otros autores reservan a lo indígena, Valenzuela deslegitima cualquier esencialismo identitario, insertando la voz yaqui en registros marcados por el humor, la duda o la ambigüedad.

En muchos relatos, los yaquis emergen como una voz colectiva, lejana, que observa la involución de sus costumbres y la transformación de su vida cotidiana bajo distintos regímenes de poder. Su voz se asocia frecuentemente a fórmulas orales con matices de incredulidad, como en el fragmento: “Cuentan los yaquis que los hermanos Cruzado empezaron a rodar por el mundo durante un eclipse lunar y en el más desgraciado lupanar de Pitic” (1984: 48). Lejos de ser representados como héroes o mártires, los yaquis encarnan una conciencia histórica en tono menor: cómica, decadente y marginal. En ese gesto paródico, Valenzuela recupera una identidad regional no para enaltecerla, sino para problematizarla desde la ironía y la fragilidad de la memoria colectiva.

La parodia en *La putación* no se limita a las grandes estructuras narrativas, sino que se despliega también en alusiones breves y culturalmente densas. Un ejemplo es la revalorización irónica de las prostitutas que participaron en la Revolución mexicana, a quienes se les otorga una importancia simbólica comparable a la de Helena de Troya, cuya belleza —según la tradición clásica— desencadenó una guerra desastrosa. Esta equiparación paródica subvierte las jerarquías del relato heroico al colocar en el centro de la historia cuerpos femeninos generalmente marginalizados por la historia oficial.

Otro gesto paródico significativo es el título del primer relato del libro: *Bajo los sahuaros en flor*, una clara referencia a *A la sombra de las muchachas en flor*, segunda parte de la célebre serie de novelas *En busca del tiempo perdido* (1908–1927) de Marcel Proust. Desde esta elección nominal, Valenzuela tensiona el canon literario europeo desde un imaginario desértico, periférico y norteno. ¿Romper con el canon? ¿Ridiculizarlo? ¿Dialogar irónicamente con él? Linda Hutcheon amplía la definición de parodia al afirmar:

while we need to expand the concept of parody to include the extended 'refunctioning' (as the Russian formalists called it) that is characteristic of the art of our time, we also need to restrict its focus in the sense that parody's 'target' text is always another work of art or, more generally, another form of coded discourse (2000: 16).

En este sentido, la parodia en Valenzuela no es un gesto menor ni meramente decorativo: es una forma de intervención crítica que, desde la literatura, desestabiliza los códigos establecidos de la alta cultura y propone nuevas formas de narrar desde el margen.

En la obra de Sergio Valenzuela, la parodia funciona como una forma de conciencia literaria, una herramienta de reflexión estética que articula su visión del mundo y de la historia. Como señala Linda Hutcheon, “parody is one of the major forms of modern self-reflexivity; it is a form of inter-art discourse” (2). Más que un simple juego formal, la parodia se convierte en su escritura en una operación crítica que permite cuestionar discursos culturales, alterar jerarquías simbólicas y reformular modos de narrar desde lo regional. Su uso revela una poética que apuesta por la complejidad, por el desvío y por la lectura activa, haciendo de cada alusión un espacio de interpretación.

La ironía es otro de los recursos fundamentales en la prosa de Sergio Valenzuela. Al igual que la parodia, forma parte del repertorio de estrategias que emergen con fuerza en la literatura moderna y que permiten al escritor construir un contradiscurso político a través de múltiples niveles narrativos. En *La putación*, la ironía se manifiesta con frecuencia de manera sutil entre líneas, pero también a través de gestos más evidentes que intensifican el carácter crítico del relato. Por ello, es necesario considerar este recurso como eje estructurador de su propuesta literaria.

Si se acepta que la ironía puede surgir desde un lugar de desencanto o conflicto —como sugiere la tradición romántica y moderna—, no sorprende que Valenzuela acuda a episodios históricos como la Revolución Mexicana y el Porfiriato para canalizar esta mirada irónica. Estas etapas, cargadas de promesas incumplidas y discursos glorificados, han generado en la cultura popular formas de burla y ridiculización hacia la política nacional. En las distintas narraciones que componen *La putación*, el narrador construye críticas hiperbólicas de figuras históricas, muchas ve-

ces cediendo la palabra a personajes que encarnan esa voz colectiva desengañada.

Uno de los ejemplos más complejos de esta operación se encuentra en el relato dirigido a Faustino, donde se introduce una voz en segunda persona que interpela directamente al personaje. Este desplazamiento en el punto de vista no solo intensifica la carga irónica del fragmento, sino que articula un sarcasmo político que desenmascara la retórica oficial del poder. En este juego narrativo, el narrador denuncia la comercialización del discurso revolucionario mediante un tono ácido y deliberadamente exagerado:

A las seis de la tarde, después de la ceremonia de inauguración, preguntaste por el señor secretario de Educación Pública, representante del primer magistrado de la nación y con aroma de presidenciable. Una hora después te encontrabas con él y le comprabas por varios millones de pesos, el derecho para editar las biografías de Villa (la revancha), Zapata (la reivindicación), Obregón (la justicia social se llama como él manda) y Calles (las instituciones permanecen cuando el resto del país se ha marchado), cuatro de los meros-meros jefes revolucionarios que descansaban bajo el escudo nacional del monumento en el noroeste de Pític, y por otros varios millones de pesos adquiriste también la concesión para explotar lucrar, putas, rameras, hetairas, pirujas, suripantas y güilas de todo el estado, incluyendo islas adyacentes (1984: 50).

En este pasaje, la voz narrativa construye una escena grotesca en la que la memoria histórica y el poder político se convierten en mercancía, mientras el lenguaje popular y vulgar desestabiliza cualquier intento de solemnidad. La ironía aquí no solo produce risa, sino que revela una profunda crítica al uso simbólico del pasado revolucionario.

La escena irónica que retrata Valenzuela en el relato dirigido a Faustino condensa varios de los recursos discursivos

más significativos de su obra: el lenguaje popular, la exageración y la inversión semántica. El uso de paréntesis para insertar frases como “la revancha” o “la justicia social se llama como él manda” actúa como una glosa burlesca que deforma el discurso oficial y expone el vacío retórico de las grandes figuras de la Revolución. En este juego de desplazamientos, el autor reelabora el significado político de esos personajes, desplazándolos desde la historia hacia la sátira.

Este procedimiento deconstructivo se inscribe en una tradición estética moderna en la que la ironía se vuelve un modo de producir sentido a partir de la negación. Como afirma Víctor Bravo,

sin duda que la fuerza negativa de la ironía pone en crisis el sentido, que es consustancial con lo real, pero en esa negatividad [...] se produce la reconciliación, el proceso de reconstrucción del sentido. [...] La expresión estética de la modernidad, a la par de irónica, es utópica: en la negación de lo presupuesto busca la revelación de una realidad esencial (91).

En este contexto, la ironía no sólo funciona como un ataque al poder o al lenguaje hegemónico, sino como una forma de explorar posibilidades expresivas que reconfiguren el mundo.

En la literatura moderna —como en la de Valenzuela— la realidad ya no se imita de forma directa, sino que se reconstruye a través de juegos lingüísticos, distorsiones y ambigüedades. El proyecto moderno de representación, marcado por su afán de orden y perfección, genera también sus propias paradojas: al pretender fijar el sentido, revela las fisuras del discurso que lo sostiene. La ironía y la parodia surgen, entonces, como respuestas estéticas que desestabi-

lizan lo establecido para imaginar nuevos modos de narrar lo real.

Sergio Valenzuela, desde su poética fronteriza y crítica, toma estructuras narrativas representativas de la modernidad para intervenirlas y transformarlas. Las variaciones que introduce —parodia, ironía, ambigüedad, hibridez— le permiten situarse dentro del conjunto de autores contemporáneos que desde la periferia reformulan los modos de narrar el presente con una escritura que es, al mismo tiempo, política, estética y radicalmente moderna.

Referencias

- Bravo, Víctor. *Figuraciones del poder y la ironía*. Monte Ávila Latinoamericana, 1997.
- Hutcheon, Linda. *A Theory of Parody: The Teachings of Twentieth-Century Art Forms*. University of Illinois Press, 2000.
- García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. Alfaguara, 2007.
- Plancarte, Rita, ed. *Escritura en los márgenes: ensayos sobre la obra de Sergio Valenzuela*. Universidad de Sonora, 2009.
- Valenzuela, Sergio. *La putación*. Encuentro Editores, 1984.

REFLEXIONES EN TORNO A LA DESAPARICIÓN FORZADA EN LA NOVELA EL HALCÓN BLANCO

ESTEFANÍA HERNÁNDEZ CERÓN

ALBERTO ALEJANDRO ALONSO GUERRERO

No es un secreto que la violencia en México ha venido en aumento de forma desmedida después de la famosa *guerra contra el narco* instaurada en el sexenio de Felipe Calderón (Llorente, 2020: 9; Michael, 2013: 45), y su continuación dentro de los dos posteriores ciclos presidenciales. No obstante, para los límites de este trabajo, nos referiremos a la cuestión de los desaparecidos, ya que, según cifras del Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas suman un total de 358,158²⁴ personas sin ser halladas dentro de los periodos mencionados, y lo que da como resultado que cada 40 minutos exista la desaparición de alguna persona dentro del país, esto dicho por la Fundación para la Justicia, en un comunicado del 2024.

Teniendo presente los grandes números que arrojan las plataformas institucionales, lo primero que surge es la necesidad de vincular de forma representativa este fenómeno al crimen organizado, ya que estas prácticas parecieran ser de uso exclusivo de dichas entidades delincuenciales, pues como señala Rodríguez Fuentes, las prácticas de secuestro y desaparición forzada son una réplica de las que empleaban, a través del uso de la fuerza, el Estado (2017: 259); ya que se debe reconocer que es el propio Estado quien impone

²⁴ Información consultada 29 de abril del 2025.

de una u otra manera los modos en cómo se lleva a cabo la violencia, pues determina y manifiesta quiénes la pueden utilizar y con esta narrativa se establece a quién se debe voltear la mirada y hacer de él un enemigo “verdadero”, así pues, se creó un antagonista y todo debe apuntar hacia él: el narcotráfico. No obstante, como indica Delgado Parra, “el discurso estatal de la “guerra contra las drogas” permitió a la clase gobernante designar al narcotráfico como un enemigo permanente para justificar la militarización del país y un estado de excepción, responsable de violentar los derechos humanos” (2022: 52).

Teniendo presente lo anterior, se puede señalar el siguiente punto, si este enemigo imaginario llamado narcotráfico, el cual en su totalidad es demasiado abstracto, ya que deja de lado todas las demás prácticas estructurales que permiten su funcionamiento, lo que da como resultado que, dicha entidad “fantasmagórica”, se encuentre por todos lados, lo que permite que las fronteras entre gobierno y crimen organizado se diluyan, y al solo mirar exclusivamente de un lado, *al observar al enemigo*, se caiga en la lógica de buenos contra malos. Ahora bien, con esto presente se puede señalar que la figura inventada sirvió para encubrir las fallas estructurales, pues “el principal motivo de la “guerra” fue el restablecimiento de la autoridad del Estado y la recuperación de los espacios públicos. Sin embargo, el resultado, cuatro años después, parece ser todo lo contrario ya que el Estado se muestra más debilitado” (Michael, 2013: 46). Lo que da cuenta es que el Estado no cumple como entidad que debería brindar seguridad a quienes se encuentran en él, sino que aquí se demuestra todo lo contrario, el Estado mexicano evidencia con esto un nulo funcionamiento, pues, si lo vemos de esta manera, lo único

que ha ocurrido es la perpetuación de una violencia sin parangón y que olvida que el propio enemigo se encuentra en sí mismo, o dicho de otra manera, se establece la guerra como el elemento primordial para eliminar al antagonista, pero no se atiende a todos los demás conflictos que se hallan dentro del propio Estado y, con esto, se alcanza a ver que más que solución, él mismo se ha vuelto un problema.

Ahora bien, si el Estado ha inventado un enemigo que es el crimen organizado y, a su vez, busca que ser el único que establece de qué manera se puede llevar a cabo la violencia, se podría decir que existe una confrontación por el dominio de ella porque “la violencia busca siempre ser hegemónica y en esto la delincuencia y el Estado parecen funcionar bajo la misma lógica” (Guzmán, 2019: 73). De esta manera, se afirma que la violencia no permite la existencia de otro ser violento, dando como resultado que la lucha por el poder no sólo sea de manera fáctica, sino también simbólica, pues lo que está en juego es el control absoluto del miedo, la imposición de una narrativa que indica quién es la autoridad, porque “la “guerra contra el narco” constituye una puesta en escena de las formas de operación utilizadas por una gramática moral capaz de producir “legal y justificadamente” una fábrica de muerte, de destrucción de personas clasificadas como “superfluas, de vidas dañadas” (Delgado, 2022: 63). De este modo, si lo que se busca es establecer la violencia a toda costa, se puede decir que el despliegue militar tan sólo fue un recurso para combatir aquella otra fuerza que también procura sostenerse.

Todas estas manifestaciones de violencia por parte del Estado, principalmente la de la desaparición forzada, permiten señalar que “la autoridades entendieron que la desaparición en un contexto de control autoritario era una

manera práctica de eliminar a los opositores políticos, pues simplemente no se sabía nada de ellos” (Rodríguez, 2017: 253), así pues desde la llamada Guerra sucia, se estableció como una manera de eliminar a todo aquel que perteneciera a la oposición -en un inicio émulos de izquierda y campesinos pertenecientes al Partido de los Pobres- y esta manera de represión fue instaurándose como modelo institucional, pues como el propio Rodríguez menciona, si esto comenzó en lugares específicos del país, como fue el Estado de Guerrero, eventualmente inició a utilizarse dicha práctica en todo México (254). No obstante, después de 1970, no necesariamente se requería pertenecer a la oposición para que se llevara a cabo dicha actividad, porque “la desaparición se transformó así en un método de castigo, igual daba que fueras comunista, narcotraficante o enemigo político” (257). Con esto se van modificando los perfiles, pues como se ha observado, en principio era una forma de represión política, posteriormente se da como forma de reprender o silenciar a quien se consideraba incómodo, la pregunta que ahora se plantea, ¿qué fin tiene la desaparición forzada en la actualidad?

Antes de contestar a ese cuestionamiento, se hace evidente que esta práctica estatal ahora forma parte del arsenal para el amedrentamiento por parte del crimen organizado, ya que es esencial dentro de su lógica de terror y dominación. No obstante, aunque podría parecer que esta actividad es realizada por una entidad delincuencia, aquí afirmamos dos cosas: la primera que la desaparición forzada se produce gracias a la colusión de las autoridades con el crimen organizado y, la segunda, que, como ya hemos venido anunciando, es el reflejo de un Estado fallido. A raíz de esto es que se puede realizar un rastreo de los agentes

participantes, pues “en el contexto actual, la desaparición forzada o involuntaria puede ser por fuerzas del Estado, por el crimen organizado o por ambas, a diferencias de los casos de las décadas pasadas, donde los motivos eran preponderantemente políticos por lo que solamente intervenía el Estado” (264).

Al tratar de responder la pregunta planteada, se puede contestar de la siguiente manera: al ser una práctica aprendida por parte del Estado y perfeccionada por el crimen organizado, dicha actividad tan sólo es un reflejo de la imposición de un orden de poder sobre otro, pues como se dijo en un inicio, el violentador busca hegemonizar su práctica sobre el otro, que se le reconozca como tal; ya que, al desaparecer los perfiles de las personas desaparecidas y, a su vez, el porqué de la realización del acto, se puede afirmar con Rodríguez

El perfil ya no obedece a un grupo determinado, de hecho ya no hay forma de encasillarlo salvo por la edad y el género, la gran mayoría en este periodo son hombres entre 19 y 30 años, las profesiones, ideologías y otras características son tan variadas como el número de casos que existen [...] Las motivaciones obedecen a todo tipo de actos: abusos por parte de las autoridades, ajuste de cuentas entre grupos rivales, esclavitud, trata de personas, tráfico de órganos, o simplemente como ejemplo o advertencia a grupos delincuenciales o ciudadanos que no quieran someterse a la voluntad de los criminales (267-268).

Desde esta perspectiva, se puede concluir con lo siguiente: es probable que ya no exista un patrón específico en la desaparición forzada, pero sí una lógica que indica quién vive y quién muere, pues de esta manera se cancelaría toda práctica anterior con sus fines establecidos, o sea, los perfiles, y

sólo tendría como punto último una economía del miedo, ya que de esta manera, cada uno de nosotros entraría en el espectro de posibilidad de ser desaparecido, debido a que para “definir a los seres humanos a partir de categorías implica despojarlos de su singularidad, de su nombre propio [...] Para que una víctima de desaparición y sus familias puedan acceder a la ley, previamente deben ser reconocidas como seres genéricos” (Delgado, 2022: 65). De este modo, para tener acceso a una especie de ley, será esta misma la que tenga que reconocernos como sujetos de derecho, pero dicha *ley* determina quién sí y quién no.

Con lo anterior, la vida se vuelve contingente o una mera mercancía. Al existir un vacío de poder y, a su vez, la formación de una única manera de entender la vida -o sea, por medio de la imposición de una lógica a través de la violencia, que quien opera desde ella la establece- más que biografías son meros números, ya que es la ganancia que se espera al emplear la desaparición forzada: volver cifra todo lo que hace tiempo fue una persona, pues “un aspecto de la lógica de la crueldad es minar el deseo de seguir adelante [en referencia a las madres buscadoras], de permanecer abiertos, de seguir siendo deseos. Por esta razón, apela al miedo y al odio para horadar el alma, la vida y los sueños y así evitar que continúen perseverando en su deseo” (69). Así pues, dentro de esta lógica de crueldad y de horror, hay agentes que pretenden negar dicha imposición del miedo, como en el caso de las madres buscadoras o, para los fines de este trabajo, la literatura, ya que tanto la una como la otra, pretenden que el olvido no se vuelva una constante, que el dolor sea el motor para la concientización y hacer de lo íntimo y personal una cuestión política.

El halcón blanco de Salud Ochoa

Salud Ochoa es una escritora y periodista originaria del estado de Chihuahua. Tiene una formación académica en Filosofía y Periodismo en Investigación y Poder. Ha escrito antologías de poesía: *La tinta de los cerezos* (2020); y novelas: *Mariposas en la tormenta* (2019), *Sobrevivientes* (2019) y *El halcón blanco* (2023). Ha sido galardonada con algunos reconocimientos como el premio Espiga de Oro en Perú en el año 2018.

Para fines de este trabajo se tomará como objeto de estudio la novela *El halcón blanco*. En ella se desarrolla la historia de Helena Terreros una agente de la policía especializada en investigaciones sobre delitos contra la mujer, sobre todo de niñas y adolescentes desaparecidas de forma constante dentro de la región. Helena enfrenta la desaparición de una nueva víctima: Paloma, quien es sustraída de su hogar durante la noche. Como es de esperarse, la búsqueda se ve entorpecida por los constantes obstáculos que experimenta Helena por parte de todos los agentes delictivos que participan en el crimen. Desde el comienzo de la novela, la autora deja en claro los personajes que serán esenciales para el desarrollo de la línea narrativa: la agente (Helena), el intruso, los testigos (un periodista, vecinos, la ciudad), la Palomita (víctima) y la madre (Teresa).

Desde un inicio y a lo largo de la novela se reconoce la violencia, no solo por la obviedad del suceso principal, sino por todo lo que conlleva el contexto. La historia se desarrolla en Chihuahua, estado que colinda con la frontera de Estados Unidos, una ciudad industrial que se reparte en una dualidad de sociedades, la clase alta y baja, que nunca se mezclan. La segunda, como es de esperarse, vive en una

constante invisibilización, sumergida en actos violentos, atada a la rutina que los mismos espacios exigen. En esta frontera, las maquilas son una fuente principal de trabajo y su personal más común son mujeres y madres solteras que se ven obligadas a dejar sus hogares para poder sostener a su familia. En la novela, este abandono obligado por parte de la madre a sus hijos es relevante, pues es una oportunidad para que el acto delictivo pueda desarrollarse. Si la violencia define quién sobrevive y quién no, se podría decir que las madres solteras, por su condición de vulnerabilidad, son víctimas de esta lógica que perpetúa la brutalidad:

Siente el cuerpo como una gelatina temblorosa. Atacada por el dolor y la desesperación. Teresa mantiene, sin embargo, la esperanza de encontrar con vida a su hija [...] En algún lugar tiene que estar, tal vez alguien la ha visto pero no sabe que está desaparecida o piensa que es otra niña. Sabe que entre tantas noticias malas, la desaparición de su hija podría quedar en el olvido muy pronto (Ochoa, 2023: 41).

La desaparición forzada va en aumento en el país, causando una deshumanización de las víctimas convirtiéndolas en simples números. Encontramos que la novela es este espacio que busca no invisibilizar a aquellos que desaparecen, pues les ofrece una resignificación de lo que son: seres humanos. Asimismo, busca reflejar los estragos que la ausencia provoca en la familia (sueños y vidas interrumpidas, angustia, tristeza, impotencia) y en el contexto donde la víctima se desarrollaba (miedo). Estos son datos que no encontramos en los documentos institucionales, pues ¿no es más conveniente que la sociedad observe estos hechos desde la indiferencia para llegar al olvido? Una de las reflexiones en la narrativa Salud Ochoa es que la población

no tiene memoria colectiva, de lo contrario la indignación seguiría latente exigiendo la resolución de estos casos que, en su mayoría, queda en una carpeta de investigación sin concluir: “Si el vulgo tuviera la capacidad de retener en su cabeza ciertas cosas, no se repetirían. Pero no lo hace, gran error, y las tragedias siguen ocurriendo de formas similares y, a veces, conectadas” (50).

De esta forma, la novela se convierte en una insistencia contra el olvido colectivo, evidenciando quiénes son los perjudicados por la desaparición y cómo viven el duelo. Desde la perspectiva de los familiares directos, especialmente de Teresa, se observa una desconexión con el mundo que la rodea, no existe nada, excepto esa hija desaparecida y el imaginario de situaciones por las cuales está pasando, atormentando los pensamientos de la madre. Lo que parecía importante en un momento, ya no lo es: el trabajo, la búsqueda de mejores oportunidades, e incluso la convivencia con sus demás hijos. Estos factores juegan un papel contraproducente, ya que si Teresa no tuviera la obligación de ser una figura ausente para el sustento económico los hechos nunca hubieran ocurrido, con esto llega la culpa y la revictimización: “Ellos no tienen la culpa de nada, tampoco Paloma. Si hay que buscar culpables quizá sea ella misma” (217).

Por otro lado, la figura de Helena Terreros tiene un contraste diferente: en ella observamos características poco comunes de un miembro de la autoridad policial, pues, a diferencia de la mayoría, Helena tiene una preocupación genuina por resolver los casos de desaparición, es consciente de las afectaciones que estos sucesos crean en una ciudadanía y en la actuar colectivo. Helena observa que la comunidad presenta un recelo hacia las autoridades, el cual

se ha construido durante años ante la poca efectividad por resolver las desapariciones, pero ¿qué implica resolver una desaparición? La respuesta más evidente sería el regreso de la víctima con su familia, no obstante, esta circunstancia es poco común o nula. Ante la falta de este escenario se ha normalizado asociar la solución con la recuperación de un cuerpo físico, con el fin de cubrir algunas necesidades de los familiares: seguridad del paradero de la persona, no importa que esté muerta, este hecho sosiega - en la mayor medida posible - la situación tormentosa de la incertidumbre; la práctica de rituales, por parte de los familiares, ofrecen un fin simbólico al dolor y a la lucha que han sobrellevado por el tiempo de la desaparición.

El cuerpo es fundamental en los procesos de búsqueda, identificación y reconciliación social, gran parte de los colectivos de víctimas han hecho esfuerzos indescriptibles para lograr tener alguna certidumbre de su paradero, ya sea vivo o muerto [...] Sin el cuerpo, el duelo no es concebido como un tiempo para aceptar la muerte [...] La práctica del rito mortuario a través del velatorio inscribe el cuerpo como una necesidad tanto material como ritual en la comunidad social (Maldonado, 2022: 443).

La novela señala de manera clara esta situación: observamos que Teresa tiene un deseo de encontrar el cuerpo de su hija, no importa que esto implique el deceso de la misma, tenerlo será el fin de un ciclo tormentoso y, por primera vez, tener el control sobre algo en esta situación: “Quiere encontrar a Paloma, saber algo de ella, lo que sea, no importa, incluso si está muerta. Quiere saberlo porque entonces podrá llorar y desahogar la pena definitivamente” (Ochoa, 2023: 217). Sin embargo, la narrativa se vuelve más violenta, pues no se logra esta solución: el cuerpo de

la víctima no es recuperado. Esto significa que la agonía de la madre será prolongada y, a su vez, marca un fracaso por parte de la agente Terreros y de las instituciones encargadas de garantizar la seguridad de la ciudadanía.

Por último, el acto violento de la desaparición no es aislado, pues es rodeado por otras situaciones de la misma índole. En la novela, existen otros agentes relacionados con la situación de Paloma. Por un lado, Demetrio, un periodista que exhibe la situación de violencia a la que sobrevive la ciudad, narrando las noticias sobre los desaparecidos en su comunidad, aportando a que el olvido colectivo no se presente, al menos, de forma no tan repentina. Demetrio, al igual que Helena, es hostigado por los grupos delictivos que buscan silenciar el activismo de visibilizar a las víctimas y a sus familias. Por otro lado, la novela involucra a toda la comunidad donde vivía Paloma, aunque en su mayoría, son personajes pasajeros, aportan una relevancia a la construcción de la historia. Estos observan y denuncian de forma anónima con el temor de ser involucrados o de convertirse en próximas víctimas. Son un vivo reflejo de los estragos que han dejado los actos violentos, ya que la crueldad se volvió parte de su cotidianidad y no existe otra cosa más que resignación y temor.

Conclusión

A lo largo del trabajo se realizó un recorrido tanto histórico como reflexivo sobre la violencia, pero, sobre todo, de la desaparición forzada; la cual, como se observó, fue una práctica llevada a cabo por el Estado, pero perfeccionada por el crimen organizado. A su vez, señalamos que la violencia busca ser hegemónica y que el Estado es el encargado de mostrar de qué manera se puede emplear. No

obstante, el uso de dicho fenómeno da cuenta de dos cosas, la primera, el Estado ha inventado a un enemigo llamado crimen organizado, pero que éste, a su vez, convive y se mezcla dentro del propio Estado, lo que da como resultado y como segundo comentario, una descomposición estatal muy profunda. La desaparición forzada es un síntoma de dicho deterioro y, además, una manera de imposición y hegemonización de la violencia, y de esta forma, aunque ya no hay perfiles de personas dentro de la desaparición, lo que sí es que señala una lógica que indica quién vive y quién muere. No obstante, fue la tesis principal del trabajo, la obra de Salud Ochoa, *El halcón blanco*, es una manera de resistencia ante el olvido y el descaro de las autoridades para volver número lo que alguna vez fue persona; ya que al negarle a ésta la dignidad que tiene, se le cancela a la familia la capacidad de sufrir y sentir a sus seres queridos. Lo que se busca es la humanización de las víctimas tanto en su dolor como en el recuerdo de sus personas, porque, como se señaló, la desaparición forzada no sólo es la negación de un cuerpo, sino la cancelación dentro de los familiares de sentir un sufrimiento, de llorar sus tristezas, de saber quién lo cometió y su porqué; en pocas palabras, es desentrañar un sentido oculto y que niega muchas emociones, es negar, como se mencionó anteriormente, una cifra a lo que alguna vez tuvo rostro.

Referencias

- Llorente, María. *La patria en fuga. Violencia, memoria y desaparecidos en la literatura mexicana actual*. México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2020.
- Ochoa, Salud. *El Halcón Blanco*. México, Nitro Press, 2023.
- Delgado, Concepción. “La lógica de la crueldad y las desapariciones forzadas en México”. *Andamios*, n. 50, 2022, pp. 47-76.
- Michael, Joachim. “Narco-violencia y literatura en México”. *Sociologías*, n. 34, 2013, pp. 44-75.
- Maldonado, Salvador. “Una tumba a donde llorar: cuerpo, rituales y justicia en torno a la desaparición en México”. *Dilemas*, n.2, 2022, p.431-454.
- Rodríguez, Óscar. “Historia de la desaparición en México: perfiles, modus y motivaciones”. *Derecho y ciencias sociales*, n.17, 2017, pp. 247-271.
- Guzmán, Nelson. “Reflexiones en torno a la violencia y el estado”. *Reflexiones filosóficas sobre la violencia en México*, Ibarra Hugo, Delgado Liliana y Martínez Ricardo (cord.), Zacatecas, 2019, pp. 69 - 86.
- Fundación para la Justicia. “Una persona desaparece cada 40 minutos en México”. 30 de agosto 2024, <https://www.fundacionjusticia.org/wp-content/uploads/2024/09/Comunicado-Dia-Internacional-Desaparicion-2024-1.pdf>
- Registro de personas desaparecidas y no localizadas. “Versión estadística”. s.f., <https://versionpublicarnpdno.segob.gob.mx/Dashboard/Index>

La obra *El espacio circundante. Conjunciones lingüísticas y literarias*
se publicó en diciembre de 2025.